

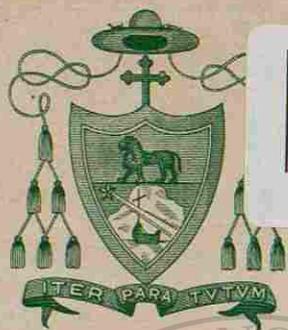
DAD AU
CIÓN GE



LOS
FUNERALES
DE D.
FEDERICO
GRAVINA

DP80
.7
.G7
F8
C.1

006749

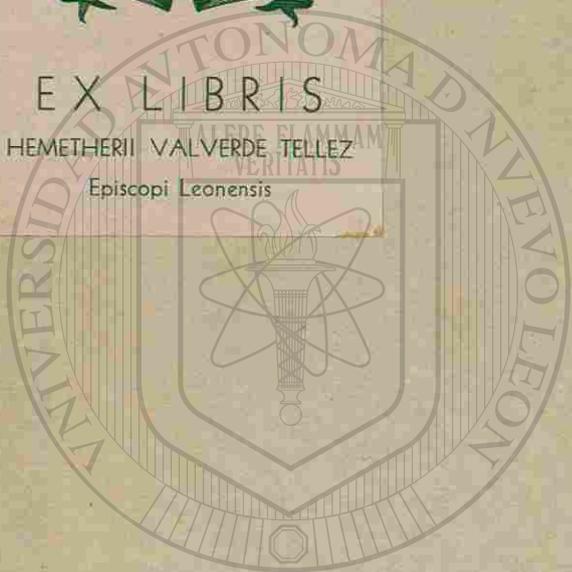


1080020204

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



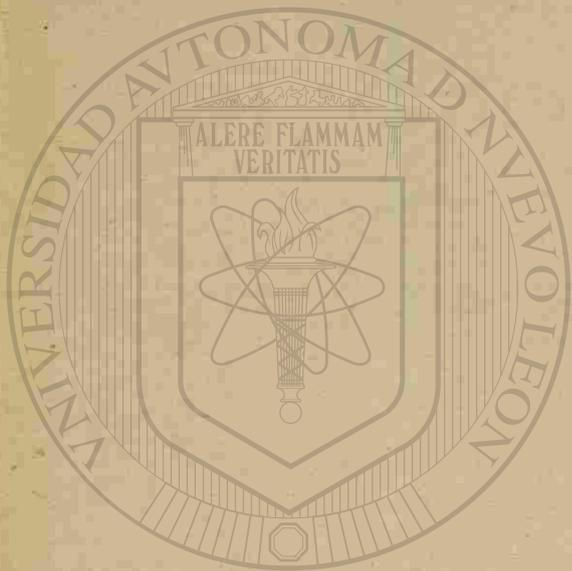
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

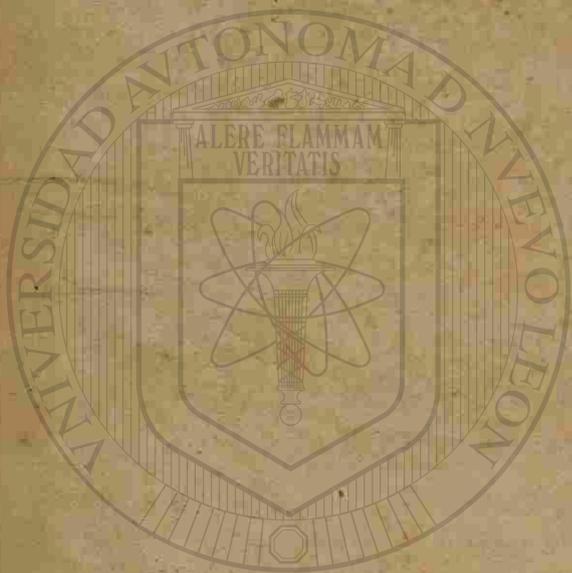
ON BOND



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOS FUNERALES
DE
D. FEDERICO GRAVINA

CAPITAN GENERAL

DE LA

ARMADA ESPAÑOLA.



EDICION DE "LA IBERIA."

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

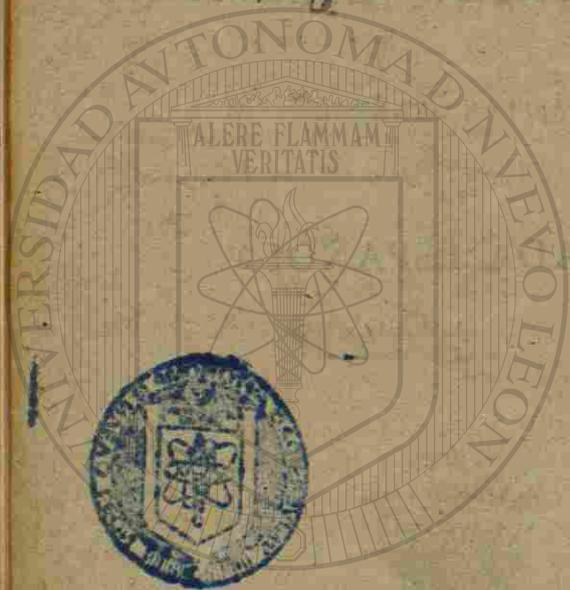
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
MÉXICO

IMPRESO POR F. DIAZ DE LEON Y S. WHITE,
Bajos de San Agustín número 1.

1868

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Verde y Telles
43674
FEBRERO
VA VERDE Y TELLES

V
923
G
DP86
-7
.67
F8



Capilla Alfonso
Biblioteca



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Ha llegado á nuestras manos un opúsculo impreso en Cádiz el año de 1806, cuyo título es el siguiente:

ORACION FUNEBRE,
QUE
EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS
DEL EXC.^{MO} S.^R D. FEDERICO GRAVINA,
CABALLERO GRAN CRUZ
DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN ESPAÑOLA
DE CARLOS III,
GENTIL HOMBRE DE CÁMARA DE S. M. CON EJERCICIO,
CAPITAN GENERAL DE LA R.^{LA} ARMADA &c.
CELEBRADAS POR SUS ALBACEAS
EN LA IGLESIA DE RR. PP. CARMELITAS
DESCALZOS
DE LA CIUDAD DE CÁDIZ,
A XXIX DE MARZO DE MDCCCVI,

DIXO
EL DOCTOR D. JOSEPH RUIZ Y ROMAN,
Cura propio del Sagrario en la Santa Catedral de ella, Exáminador Sinodal de su Obispado, Teólogo Consultor y Exáminador de la Nunciatura Apostólica en estos Reynos.

REIMPRESA EN DICHA CIUDAD:
Por Don Nicolás Gomez de Requena, Plazuela de las Tablas.

El opúsculo contiene, ademas de la oracion fúnebre, la dedicatoria que su autor hizo de ella á un hermano del general Gravina; el prólogo del editor de Cádiz, en

006749

que se describe la magnificencia fúnebre del templo donde se celebraron las exequias; y unas notas que contienen muy importantes noticias biográficas sobre el inmortal marino.

Vamos á reimprimir todo esto, seguros de que nuestros lectores verán con placer este recuerdo religioso y patriótico de una de las glorias mas puras de la marina española.

México, Febrero de 1868.

Redactores de «LA IBERIA.»



AL EXC.^{MO} SEÑOR

D. PEDRO GRAVINA, DE LOS DUQUES de S. Miguel, Príncipes de Montevago, y Grandes de España de primera clase, Abad Comendador de Santa Maria de Rocammador de la Diócesis de Mesina en Sicilia, Arzobispo de Nicea, prelado Doméstico, Asistente al Solio Pontificio, y Nuncio Apostólico de S. S. con potestad de Legado á latere cerca de S. M. Católica en estos Reynos &c. &c. &c.

EXC.^{MO} SEÑOR.

Estoy bien cerciorado de que no hay una reflexion suficiente á calmar en V. E. el justo dolor que habrá impreso en su alma la desgraciada aunque gloriosa muerte del Excmo. Sr. D. Federico su hermano. Aun creo que este débil retrato de sus virtudes, tan tosco como hijo de mi pluma, y tan rápido como fruto de un violento trabajo de diez días, excitará mas su ternura, porque le renovará lo apreciable del sugeto perdido, y le hará derramar lágrimas su leccion. Sin embargo, en la triste necesidad de no poderlo recuperar, y de hacer patente su mérito para llorar con mas viveza su muerte; ¿quién mejor que

V. E. deberá ser en España el protector de su elogio, quando tiene todo el mérito de la justicia y la verdad? Acaso este podrá ser un consuelo, por estar libre de la adulacion, que mas vitupera que alaba á los difuntos á quien ella inciensa en su parentacion. Mas quando no lo sea, recíbalo V. E. por un testimonio de mi gratitud al afecto que le merecí en esta ciudad, ya que la suerte infausta ha prohibido que mi pobre talento se exercitase sobre asunto plausible para mostrársela de un modo que le fuera mas lisonjero. Siento con V. E. la pérdida de nuestro General; á pesar de ella, en mí será indeleble la memoria de su virtud en todo orden, y el reconocimiento sencillo con que soy de V. E. para siempre,

EXC.^{MO} SEÑOR,

su mas atento servidor y Capellan

Josef Ruiz y Roman.

PROLOGO DEL EDITOR.

Como la Oracion Fúnebre que presento, haya merecido una general aceptacion en el Público, y como el número de sus exemplares impresos en la Corte, no ha guardado proporcion con el de las personas que anhelan leerla y conservarla, he resuelto por tanto reimprimirla, si no con la magnificencia con que fué estampada la primera vez, á lo ménos con una decencia regular que pueda satisfacer los deseos de sus aficionados.

Si para este fin fuera necesario recomendarla, yo lo haría diciendo que el acreditado nombre de su Autor era suficiente para su elogio, y que si lo han merecido justamente las piezas de esta y otra especie que tiene publicadas, de mucho mayor es digna la presente, no solo por la dificultad intrínseca de su composicion, sino tambien por el escaso término de diez dias, en que fué concebida, dispuesta, escrita, tomada de memoria y pronunciada. Mas no siendo necesario este requisito, ni posible describir con propiedad el mérito que la accion y diction le añadieron en aquel dia, dándole un extraordinario realze, y queriendo sin embargo suplir lo que faltó á la impresion primera, me ha parecido muy oportuno dar una relacion del aparato fúnebre, que decoraba la Iglesia donde fué predicada.

V. E. deberá ser en España el protector de su elogio, quando tiene todo el mérito de la justicia y la verdad? Acaso este podrá ser un consuelo, por estar libre de la adulacion, que mas vitupera que alaba á los difuntos á quien ella inciensa en su parentacion. Mas quando no lo sea, recíbalo V. E. por un testimonio de mi gratitud al afecto que le merecí en esta ciudad, ya que la suerte infausta ha prohibido que mi pobre talento se exercitase sobre asunto plausible para mostrársela de un modo que le fuera mas lisonjero. Siento con V. E. la pérdida de nuestro General; á pesar de ella, en mí será indeleble la memoria de su virtud en todo orden, y el reconocimiento sencillo con que soy de V. E. para siempre,

EXC.^{MO} SEÑOR,

su mas atento servidor y Capellan

Josef Ruiz y Roman.

PROLOGO DEL EDITOR.

Como la Oracion Fúnebre que presento, haya merecido una general aceptacion en el Público, y como el número de sus exemplares impresos en la Corte, no ha guardado proporcion con el de las personas que anhelan leerla y conservarla, he resuelto por tanto reimprimirla, si no con la magnificencia con que fué estampada la primera vez, á lo ménos con una decencia regular que pueda satisfacer los deseos de sus aficionados.

Si para este fin fuera necesario recomendarla, yo lo haría diciendo que el acreditado nombre de su Autor era suficiente para su elogio, y que si lo han merecido justamente las piezas de esta y otra especie que tiene publicadas, de mucho mayor es digna la presente, no solo por la dificultad intrínseca de su composicion, sino tambien por el escaso término de diez dias, en que fué concebida, dispuesta, escrita, tomada de memoria y pronunciada. Mas no siendo necesario este requisito, ni posible describir con propiedad el mérito que la accion y diction le añadieron en aquel dia, dándole un extraordinario realze, y queriendo sin embargo suplir lo que faltó á la impresion primera, me ha parecido muy oportuno dar una relacion del aparato fúnebre, que decoraba la Iglesia donde fué predicada.

A la verdad, el gran Templo de los RR. PP. Carmelitas Descalzos, adonde con todos los honores militares habia sido conducido ántes el Cadáver del General para el Funeral primero, y que fué elegido tambien por sus Albaceas para la celebracion del segundo ú Honras, presentaba por todas partes el luto y la tristeza, pero con un decoro y magnificencia tal, que sin dexar de excitar los ánimos á una compasion religiosa, les recordaba al mismo tiempo toda la grandeza del Sugeto perdido, y aun la escena dolorosa que fué el motivo funesto de su pérdida. No era necesario pisar su pavimento para penetrarse de todas las circunstancias y espíritu del Oficio Fúnebre que en aquel día se celebraba dentro de su sagrado ámbito: si bien lo anunciaba el lúgubre clamor de sus campanas, lo expresaba no ménos, y aun con mayor eloqüencia, el fingido mármol que entre los verdaderos de su portada aparecia, previniendo con su Inscricion á quantos lo miraban. Decía pues:

FEDERICO. GRAVINA. CLASIS. IMPERA.
 ARMIS. RELIGIONE. NEMINI. SECUNDO
 AD. TRAFALGAR
 BRITANN. VULNERE GADIBUS.
 ET. IBERICE. PRÆREPTO
 JUSTA. FUNEBRIA.
 ANNO ÆRAE VULGARIS MDCCCVI.
 IV. KAL. APR.

No podian ser leidas estas muy bien dispuestas clausulas sin que estimulado el patriotismo del espectador, tomáse una gran parte en el llanto comun á que excitaban. Mas apenas así enternecido entraba en el Templo, quando otra Inscricion de igual naturaleza, que estaba colocada sobre el arco del coro dando vista al Altar mayor que tenia á su frente, aumentaba su ternura, por quanto expresaba el dolor de su Padre y Hermano, que llorando su muerte,

honraban á proporcion de su mérito sus recomendables cenizas. Con efecto, su contesto era tan oportuno á este fin, como que hablaba de esta manera:

FEDERICO GRAVINA

DOMI. ET. FORIS

DULCISSIMO. CLARISSIMO

PATER. FRATER. QUE. MÆRENTES

FUNERUM. SOLEMNIA. ET. LACRIMAS.

El espectador, así movido por los sentimientos naturales y patrióticos que vivamente imprimian en su corazon aquellas letras, no podia ya mirar los ángulos, frente y centro de la Iglesia, sin que las lágrimas se unieran á su curiosidad. Al luto que cubria los Altares (propio del tiempo de Pasion, cuya semana corría) añadian todos los costados ó pilastras de su nave mayor, el triste y magestuoso del Funeral que se actuaba. Desde las cornisas hasta el pavimento se registraban cubiertas de negro, guarnecido con franjas de oro, teniendo cada una de las quatro principales de su centro geroglificos sobre blanco y morado, que en ocho cuadros anunciaban las qualidades civiles del objeto difunto. Genios llorosos presentaban ya los tímbrs de la Casa Gravina, ya la gran Cruz de Cárlos Tercero, ya la Militar de Santiago, ya dos Anclas unidas, símbolo de la alianza marítima, en cuya época combatiendo por sus intereses fué herido, y ya varias coronas de laurel, que representando sus hazañas, se veian como marchitos por la muerte. El Altar principal y sus quatro colaterales se veian iluminados con gruesas hachas de cera, pintadas de un amarillo fúnebre, que inspiraba tristeza. En el centro de la nave mayor, y perpendicular á su media naranja, descollaba un Túmulo, Catafalco ú Cenotafio, cuerpo de Arquitectura de 48 pies castellanos de altura, que estaba dispuesto en esta forma:

Primeramente sobre el pavimento del Templo descansaba un gran zócalo de 15 pies en quadro, y 7 de alto, que representando ser de jaspe negro veteado de blanco, era de clase rústica, antigua y magestuosa por los amodillonados que se notaban en sus ángulos, y todo él estaba guarnecido de faxas negras en lugar de cornisa y basamento. En sus intermedios ó espacios, se notaban como embutidas quatro lápidas apaísadas, sostenidas en quatro clavos romanos bronceados con sus micelas ó gotas al pie, coronadas con un festón tambien bronceado, que colgaba por sus costados como hasta un tercio de su altura, apareciendo ser todas de jaspe blanco veteado de negro en contraposición á los colores principal y accesorio del zócalo que las contenía y manifestaba.

En la del frente se leía:

Consummatus in brevi, explevit tempora multa.

A su derecha:

*Dilectus Deo, et hominibus, cujus memoria
in benedictione est.*

A su izquierda:

*Eleemosinas illius enarrabit omnis Ecclesia
Sanctorum.*

A su espalda:

In fide, et lenitate sanctum fecit illum.

Todas estas Inscripciones eran tomadas de la Sagrada Escritura, cuyo concepto ú aplicacion sobre el Túmulo confirmó en su Oración el Orador. Encima de los ángulos se colocaron quatro Etruscos de graciosa estructura fileteados de oro, que exhalaban incienso durante el funeral, y hacian una muy vistosa combinacion, con otros tantos candelabros ó flámeros de 7 pies de altura, que debaxo de ellos estaban situados sobre el pavimento.

Sobre este grande y magestuoso zócalo se levantaba un plinto ú banquillo de 12 pies en quadro y uno de alto, que servía de base á quatro grandes Estatuas de 6 pies y 9 pulgadas de estatura que parecían ser de marmol blanco, y representaban, segun sus insignias ú atributos, la Religion, la Justicia, la Liberalidad y la Fortaleza. En el centro de este plinto descollaba un hermoso pedestal dórico de 15 pies de altura, cuyo colorido imitaba al jaspe morado ú piedra de granito, y daba una grande elegancia al edificio. A su pie y por su frente principal ofrecia una losa sepulcral negra, que en letras de oro tenia esculpida esta bella Inscripcion:

PRECLARISSIMO. USI. PROPUGNATORE

VIVO

PACEM. ORATE

MORTU

ET. VIVAX. STET. GRATIA.

Sobre ella se divisaba colocado el Escudo de armas del General Gravina, con el qual alternaban en las tres caras restantes del pedestal, otros grandes medallones, en cuya pintura se representaban varios trofeos militares de mar y tierra.

Hasta aquí nadie podia mirar estas representaciones sin enternecerse; pero al elevar mas la vista, era preciso que tomase incremento la sensibilidad y el dolor. Con efecto sobre la cornisa ó parte superior de dicho pedestal aparecia sentada otra Estatua, símbolo verdadero de la Marina, que triste y affigida descansaba la cabeza sobre su mano diestra, sosteniendo con su siniestra un Ancla dorada, rodeada de libros, cartas geográficas, globos, sextantes, cronómetros y otros instrumentos propios de la noble y científica profesion que representaba.

Sobre este gran pedestal descansaba una gran Urna Sepulcral con su correspondiente base, de 8 pies y 6 pulgadas de altura, que

figuraba contener las cenizas del difunto. Su colorido imitaba al pórvido celeste, ú bien lapislazuli, y en cada uno de sus ángulos tenia un argollón dorado. Ultimamente, descollaba sobre este gran Sepulcro una hermosa pirámide ó aguja de 16 pies y 6 pulgadas de elevacion, la cual se interrumpia casi en su extremo con el globo celeste que la coronaba. Eran sus centros de color gris, y las faxas ó ángulos que figuraban su relieve, denotaban ser de jaspe blanco veteado de negro.

Cubria todo este elegante y magestuoso edificio, un magnífico pabellon blanco, morado y oro, que desprendiéndose del centro de la media naranja, se dividia graciosamente en quatro partes, que se extendian hasta las cornisas de las quatro pilastras mayores donde descansaban sus extremos. Pequeños pabellones de la misma especie adornaban sobre lo negro las boquillas de los arcos de las capillas, ofreciendo de esta manera el Templo un grandioso aparato, en que se veian unidas la mágestad y la tristeza.

Toda esta suntuosidad era correspondiente no solo al mérito de un Capitan General, tan amado de la Nacion, sino tambien al lustre y nobleza de su Casa. Ya dice el Orador, en la tercera de sus notas al discurso, que los Gravinas gozan en Sicilia el privilegio de Sepultura Real, refiriéndose al expedido por el Rey Martino. En su comprobacion me ha comunicado posteriormente, que en el Templo de Santa Agata ú Agueda, Catedral de Catania, donde existe hoy la Capilla Real, está el Panteon de sus Monarcas, en cuyo ingreso ú frente se miran colocados juntos el Escudo de las Armas Reales y el de la Casa de los Gravinas, orlado con la siguiente Inscripcion:

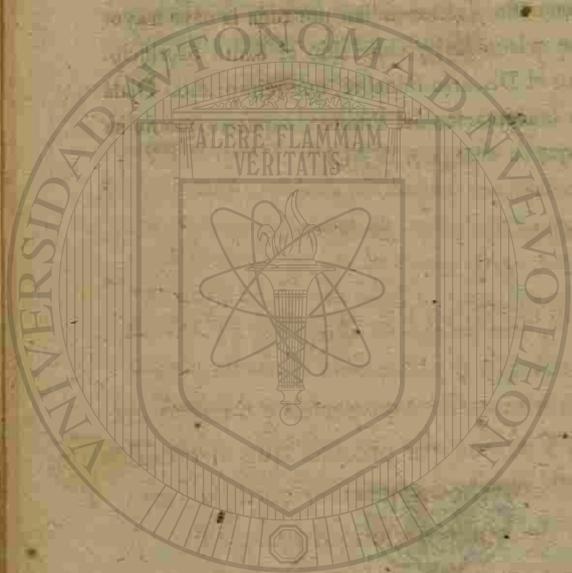
*Gravinensibus, consanguineis Regum, datum est una
cum Regibus sepeliri. Anno MCCCCV.*

Por tanto, si el aparato del Funeral del Señor Gravina fué magestuosísimo, nada hubo en él que no correspondiese á sus quali-

dades naturales y gerarquía. Perteneciale una Sepultura Real, y el adorno fúnebre de sus exéquias debió ser igualmente extraordinario y regio. A vista de él, y en medio de un concurso grande y lucido de Militares de mar y tierra, que con los demas Cuerpos rodeaban el Cenotafio y se extendian por toda la nave mayor de la Iglesia, fueron celebradas; y concluido el Santo Sacrificio, pronunció el Orador el Discurso Fúnebre, que reimprimo. Ojalá mi trabajo merezca la aceptacion del Público, supuesto que no ha tenido otro objeto que su obsequio. VALE.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tella



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

Fleuerunt cum omnis populus Israël planctu magno, et dixerunt: quomodo cecidit potens, qui saluum faciebat populum Israël.

Ex lib. I. Machab. cap. IX. V. 20 et 21.

Todo el pueblo le lloró amargamente, y dijo: cómo ha muerto este caudillo valiente, que defendía á Israel!

EXC.^{MOS} SEÑORES: *

¿Aun quedaba que sufrir esta herida á nuestro gravísimo dolor? ¿Todavía era preciso que derretidas la mirra y el acíbar rebosasen, cubriendo las membranas sensibles de nuestro delicado corazón? En fin, ¿era necesario que apurásemos hasta las heces el funesto cáliz de la amargura y aflicción? ¿No bastaba haber llorado sobre esas nuestras naves, antes tan hermosas, ya desmanteladas y deshechas, siendo á nuestra vista juguete de la naturaleza y la fortuna, causando lástima al espíritu más fuerte y varonil? ¿No era suficiente haber sido casi espec-

* El Teniente General Don Juan Moreno, el Almirante Rosilly, el Contra-Almirante Gourdon, y los Tenientes Generales Don Ignacio María de Alava, Don Antonio de Escaño y Don Joseph de Córdoba.

tadores de la sangre que vertian nuestros conciudadanos, tiñendo nuestros mares; haber bañado con nuestras lágrimas sus respetables despojos, y recogido con nuestras propias manos las tristes reliquias de los náufragos que cubrian nuestros hermosas playas?

¿Acaso podia exigir mas nuestra desgracia, que oír los ayes y lamentos de los heridos y mutilados en el mas duro de todos los combates, ver los maltratados cadáveres de nuestros amigos y aliados, palpar la muerte de nuestros sabios y valientes guerreros; y á pesar de esto el enemigo á nuestros ojos haciendo conquistas miserables en medio de la melancolía de los cielos, de la confusion de las nubes, de la revolucion de los vientos, del rugido medroso de los mares, y del riguroso catástrofe con que nos asustaban todos los elementos? Quando solo nos restaba un débil consuelo, una pequeña esperanza, ¡aun aquel ha de acibararse, y esta perderse, pagando así al dolor el último tributo!

Ay Señores, ¡qué es esto! Espada de mi Dios ¿por qué no descansas? ¿por ventura se esgrimirán tus filos contra el pecho español hasta el exterminio? ¡que sé yo! Pero al fin, ¿es indispensable que despues de mil tristes alegrías, quando ya parece que debia desahogarse el corazón, vuelva á sufrir en un solo golpe la reproduccion de quanto le affigia

y atormentaba? Yo no quisiera decidirlo: mas esta pompa fúnebre que hiere nuestra vista, esos trofeos militares que la decoran y engrandecen, este luto que cubre las paredes del templo, las endechas lúgubres de sus Ministros, la palidez de los semblantes, vuestro general llanto, todo me hace exclamar, confirmando mi pensamiento, ¡cómo es que ha muerto el caudillo valiente que defendia á Israel! ¡Cómo es que ha fallecido el hombre de nuestra confianza, exemplo de religion y patriotismo, y que por tan nobles qualidades dominó sin violencia nuestro corazón! ¡Al fin su herida fué insanable, y desapareció de nuestros ojos para jamas volverle á ver! ¡Ah! triunfaron de su vida las balas enemigas, arrebatándonos en ella..... ¿qué podré decir ya sin que se anticipe á la expresion de mis labios las de vuestras lágrimas y dolor?

Si os acordais de la escena trágica (1) de nuestras armas navales sobre Trafalgar; si de sus resultas visteis herido y tronco á nuestro General Federico, y si haceis memoria de aquel valeroso Macabeo, á quien perdió Israel en combate no desigual, ¿quién podrá dispensarnos ni dispensarme de una exclamacion que por todos títulos debe ser tan igual? La virtud y la desgracia de uno y otro fueron muy semejantes: en torno de sus sepulcros se congregan las virtudes civiles y morales para llorarlos. Si allí

pues á presencia de su cadáver, recordándolas, no hay mas expresion que los suspiros, ni otra voz que decir: ¡ cómo ha muerto este hombre que salvaba á Israel! ; quién prorrumpirá aquí en expresiones ni voces diferentes?

¡ Oh muerte! nada hay mas duro que tu imperio: ese pie yerto, que lo mismo pisa la pobre cabana del humilde pastor que el alto solio de un sublime Monarca, nos sorprende: esa mano pálida á cuyo impulso no resiste ni la pluma del sabio, ni la espada invencible de los conquistadores, nos asusta: esa voz ronca, cuyo eco formidable entorpece los alientos y hiela toda sangre, nos confunde: ese ceño adusto, que no conoce la templanza, no respeta condicion ni persona, no distingue entre la perversidad y la virtud, entre la sabiduría y la ignorancia, nos abisma: ese negro cetro, por último, que dominando en todas partes, nunca es vencido, y siempre destruye y aniquila, aterra hoy nuestro espíritu, señoreándose sobre un despojo, que casi acusa tu despotismo é injusticia.

Si tu espada atrevida nos privase de un hombre indiferente, ó ya inútil, ó bien nuestro enemigo; aun si una virtud tan comun como infecunda hubiese sido ahora el pábulo de tu grande ambicion, enmudeceríamos á proporcion, respetando y temiendo tu dominio. Mas quando nos robas una vida en

quien se depositaban mil vidas; una alma que apenas ostentaba la miseria precisa del grosero cuerpo que la envolvía; un hombre en quien se unieron sin disgusto la probidad con la nobleza, la verdad con la política, el valor con la piedad, los honores con la afabilidad, la grandeza con la sencillez, el desinteres con la justicia, la humildad con la espada, y la moderacion con el poder; ¡ qué otro mas inocente desahogo puede permitirse al corazon sensible, sino el amargo llanto de su pérdida, detestando aquel golpe cruel con que lo hicistes desaparecer á nuestra vista?

Así lo hizo Israel quando sufrió la del mas valiente entre sus Generales; lo lloró amargamente: *Fleverunt eum omnis populus Israël planctu magno*; y la consideracion de sus virtudes le obligó á exclamar arrebatado, ¡ cómo es que ha muerto este guerrero, que tantas veces fué la defensa de nuestro pueblo! *Et dixerunt: quomodo cecidit potens, qui salvum faciebat populum Israël!* De este modo alababa su vida y lloraba su muerte. Y ¡ podré yo hablar de otra manera, considerando el objeto de la triste ceremonia que nos reúne en este augusto templo? Nada me queda que añadir al dolor y las lágrimas, expresado el uno y sensibilizadas las otras con la exclamacion de Israel, sino un elogio digno de su valor.

¡Pero ah! mi alma no es tan fecunda y eloqüente, que pueda concebirlo y pronunciarlo segun su mérito. Sus virtudes civiles, morales, militares y políticas forman una coleccion tan brillante, que mis débiles luces casi se sofocan con su esplendor. Miro su religion, y me edifica; miro su patriotismo, y se lo envidio: ¿qué General, pues, será mas acreedor á los grandes elogios, que el que en vida y en muerte todo fué de la patria y de la religion?

Tal fué el mérito, la conducta y verdadero carácter del Excmo. Sr. D. Federico Gravina, Caballero Gran Cruz de la Real Orden Española de Cárlos III, Gentilhombre de Cámara de S. M. con exercicio, de las Ordenes Militares de Santiago y Calatrava (2), Capitan General de la Real Armada, sobre cuyas cenizas lloramos, y tal el obsequio fúnebre que á presencia de los altares consagro yo en este momento á su memoria. Vivió para la religion y para la patria: murió entre los laureles de la patria y las dulzuras de la religion. La serie de su vida será la mejor prueba y su mas ordenado panegírico.

No espereis, Señores Excmos., que haciendo yo por él un riguroso paralelo de la suya con la del valiente Macabeo, os lo pinte baxo tales colores, que podamos apellidarle en lo moral un justo, ni en lo militar un héroe como aquel. Os engañais

ciertamente si creéis que he de canonizarle en una y otra línea. Ni os referiré los prodigios de una perfeccion consumada, ni ménos escuchareis conquistas portentosas, triunfos admirables, ó victorias tan señaladas, que hagan época memorable en la historia de la Nacion. Vereis sin embargo el noble exercicio de las armas emprendido con valor, tratado con fidelidad, manejado con exáctitud, desempeñado con actividad, sostenido con firmeza, y santificado por la piedad en medio de las revoluciones de los pueblos, de los formidables ataques de los enemigos, y aun de los terribles reveses de la fortuna misma.

Vereis un hombre de bien aplaudido de los propios y extraños: un christiano que hace brillar su fé en todos sus destinos: un militar que pospone su vida á los intereses de la Nacion: un hombre de Estado, cuya sabia política le ganó la estimacion de los pueblos y los Monarcas; y un hombre en fin, cuya vida consagrada por este órden á la religion y á la patria, le grangeó en su muerte las dulces recompensas de la patria, y las miradas alhagüeñas de la religion. Ya veis que es grave su pérdida, justo vuestro llanto, y que con razon se expresa mi dolor exclamando: ¡Cómo es que ha muerto este valiente General, siempre sacrificado por la defensa de Israel! *Quomodo cecidit potens, qui salvum faciebat populum Israël!*

No permitais, Señor, que un Ministro de vuestro templo que me hoy en sus aras el incienso profano de la adulacion; ni que sus labios, consagrados á la verdad, se sacrifiquen vilmente á la mentira, ni aun á aquella hipérbole que detesta la razon. Séquese mi diestra al instante; quede mi lengua pegada al paladar, si olvidado del ministerio augusto que profeso, voy á confundirme con aquellos Oradores profanos, que hacen servir su eloqüencia á los libres entusiasmos de su imaginacion. ¿Tendré el atrevimiento de excederme calificando el mérito de un hombre ante Vos, que sois solo el que penetráis los espíritus, y teneis la medida justa de nuestro corazon?

No lo penseis de mí, oyentes, si os debo algun concepto, y si quereis juzgarme con alguna rectitud:

Ne, quæso, id de nobis existimetis, si quid dextri existimare vultis. Nada os diré que no tenga muy averiguado, que os sea desconocido, y de cuya verdad no puedan deponer aquí mismo muchos oculares é imparciales testigos. Os haré llorar á Federico alabando su mérito; pero ni lo llorareis mas allá de lo que es justo, ni me excederé injustamente en su alabanza: *Nam nec eum qui discessit, amplius quam par sit lugebimus, nec in eo laudando modum ac decorum excedemus.* Así lo protestaba el Nacianceno (a) exôr-

(a) S. Gregor. Nazian. Orat. pro Cæsar. n. 2. edit. Colen.

diando la oracion fúnebre de su hermano Cesario; y así os lo previene mi ingenuidad al principiar el elogio de nuestro Excmo. General. Estad atentos.

Si bien es cierto que una ciega filosofia ha querido persuadir que la piedad es como antípoda del valor, y que las virtudes del christiano no son muy compatibles con la ocupacion de un militar; tambien es evidente, Excmos. Señores, que la noble profesion de las armas queda envilecida baxo tan libre dictámen, y que solo hallará acogida su sentencia ó en una razon extraviada, ó en una voluntad corrompida. Ni este digno y necesario exercicio puede reputarse como un delito, decia S. Agustin (a), ni jamas debe ser un escudo para cometerlo. Es una dignidad; y mientras no se equivoque la milicia con la malicia, la honestidad y la virtud es el primer distintivo de todo christiano militar: *Nemo de occupatione militiæ conqueratur: apud omnem christianum prima honestatis debet esse militia.*

Los verdaderos intereses de la patria, á que se consagra por oficio, son hermanos de los sagrados de la religion que la anima; y si su valor por ella no es mas que una fiereza de temperamento, ó un vivo ardor de sangre estimulado por la ambicion ó por la gloria, será una virtud en medio del combate; pero fuera de él, destituido de sabiduría, de

(a) S. Aug. tom. 5 magnæ edit. serm. 82. in appendice.

probidad, de madurez y circunspeccion, será una rusticidad de costumbres, una pequeñez del espíritu, y una puerilidad del corazón.

Dexemos enbuenhora las ternuras y fervores de la piedad para aquellas otras clases del Estado, que militando solamente para Dios, nunca deben mezclarse en los negocios del siglo. Mas ¿podrá justificarse un soldado ni ante Dios ni ante el siglo, en cuyo corazón no residan la rectitud, el culto de su Dios, el respeto á su templo, los deberes esenciales de su fe y de su ley, y aquella probidad inalterable con que, aborrecidos los vicios, resplandece en el hombre la virtud, y es un objeto amable para la religion y la razon? Queremos, exclamaba aquel Padre (a), que los profesores de la milicia lo sean igualmente del Evangelio: *Volumus et milites audire Evangelium*; y así quando escribió á un Príncipe guerrero intimándoselo: “Amarás á Dios le de-
“cia (b): no amarás al mundo, serás fiel en la guerra,
“procurarás la paz, de tus bienes harás bien, y nun-
“por ellos harás mal.”

Esta fué la instruccion que recibió de su pluma Bonifacio: este el retrato de un soldado que ha de vivir tanto para la religion como para la patria; y ¿acaso no es esta la mas viva pintura del Excmo.

(a) Id. ibid. serm. 302 in solemnit. Sancti Laurent. cap. XVI.

(b) Id. tom. 2. ejusd. edit. epist. 220 ad Bonif. n. 12.

Gravina nuestro difunto General? Estoy cierto de que ni la ignorancia podrá obscurecerla, ni la maledicencia tendrá atrevimiento para desfigurarla.

Lo mas bello de la Sicilia estaba destinado para su patria. Palermo, esta antigua y hermosa ciudad, madre felizmente fecunda, que dió tan apreciables hijos á la República y á la Iglesia, como célebres ornamentos en ambos sexos al Cielo mismo, le preparó su origen; pero tan alto, tan ilustre, tan distinguido, que no se puede descender á su exámen sin que deslumbren los resplandores de su cuna. Cetros poderosos, coronas brillantes, espadas respetables, Reyes, Príncipes, Grandes, Duques, laureles, timbres.....

Pero ¿adonde voy yo sin prescindir en el santuario de estas genealogías célebres é infinitas, cuyo principio es una providencia, su conservacion un acaso, su fin el polvo, y su investigacion para el mérito, como dixo el Apóstol (a), siempre es vana é inútil? La menor alabanza de nuestro Federico es haber provenido de la antiquísima y regia estirpe de los Príncipes Normandos, conquistadores de la Sicilia (3), y circular por sus venas la esclarecida sangre de su Rey Martino. Solo á la vanidad pertenece el elogio de sí misma. Si radicado en su co-

(a) Div. Paul. I. ad Timoth. cap. I, v. 4, et ad Tit. cap. III, v. 9.

razon este árbol frondoso no hubiese dado en su persona los frutos sazonados que produxéron á la Religion y al Estado las florecientes ramas de los Jacobos y Gilbertos Gravina; poco importára que allí mismo hubieran quedado yermas sus raices. Pero no fué así. Cúpole en suerte, como Salomon se explicaba (a), una alma buena, donde plantada con cuidado la semilla de la virtud, creció sin bastardía, y progresó con vigor, hasta no borrar torpemente ni aquella noble imágen con que la selló Dios, ni aquella insigne divisa con que en el mundo era conocida.

Con efecto, un genio vivo, libre de preocupaciones y engreimiento, ageno de la vanidad y del egoismo, amante de las letras y las armas, acompañado de un corazón dócil, obediente, moderado, sencillo, y cultivado por una educacion prudente y pia, no le permitia ser accesible sino á la probidad, al estudio y á la virtud. Séame testigo el Colegio Clementino de la gran Roma, Seminario de la juventud mas ilustre, donde fué alumno; donde los premios públicos lo condecoran y distinguen, y donde los testimonios de su conducta trasladan á mis labios aquellas mismas cláusulas (b) que el célebre Nacionceno escribia de Cesario, “¿Quién mas fiel que

(a) Sapient. cap. VIII, v. 19.

(b) Orat. pro Cæsar. n. 7 et 8.

“él á sus superiores? ¿quién mas amable para con sus iguales? ¿quién huyó mas que él la sociedad de los viciosos, que pudiera mancharle? Por otra parte, ¿en qué género de doctrina no procuró instruirse para desempeño de la profesion militar á que aspiraba?” Los idiomas cultos, las Matemáticas, la Física, la Geografía de la tierra y de los mares, la Historia, las nobles Artes, aun la Jurisprudencia: *¿Quodnam doctrinæ genus non peragravit?*

Así adornado de estos conocimientos viene á España para servir en su Marina Real. ¿Podrá augurarse mal de un jóven tan ilustre, enriquecido de ciencia y probidad? No, Señores. Con mas verdad que Alcimo en Siria (a) se presentó en nuestro reyno, asegurando ser fiel á su Monarca, y que procuraria la utilidad de sus vasallos. *Primo quidem utilitatibus Regis fidem servans, secundo autem etiam civibus consulens.* Aquel venia defraudado de las glorias de sus padres: *Defraudatus parentum gloria buc veni:* este por el contrario con todo el esplendor de la Grandeza de España de primera clase (4), que su padre conserva: aquel se manifiesta como un extranjero sospechoso, de quien no se habia visto algun servicio; este como natural de estos paisés en virtud ya del origen que en ellos tiene su

(a) Lib. II Machabæor. cap. XIV, v. 7 et 8.

casa por los Requeseus, Moncadas y Cruillas de Cataluña, y ya porque sus mayores hicieron por nuestra Corona los mas generosos sacrificios (5) en Sicilia. Desde Felipe V se nos dixo por él (6) y su familia: *Advena sit inter vos (a) quasi indigena;* y jamas lo desmintió entre nosotros ni su religion ni su patriotismo.

Dad si no una ojeada por todas sus graduaciones y destinos: vereis un militar, pero militar que busca á Dios en la sencillez de su corazon, que lo adora en verdad y en espíritu, que respeta su templo, que hace un grande aprecio de sus Ministros, que se acerca con frecuencia al altar para participar de los Sacramentos, que diariamente exerce su piedad, que no la oculta ni á su igual ni á su súbdito, y que no conoció mayores enemigos que la disolucion y la hipocresía. ¿Son estas señales equívocas de su amor hácia Dios y zelo por su culto? *Diligas Deum.*

Vereis un militar que aborrece los espectáculos profanos, las diversiones licenciosas, los placeres que corrompen, el juego que distrae, la deshonestidad, y la molicie que arruinan. Vereis á un militar siempre igual en medio de los honores que lo cubren, sin mudanza en su dulzura, sin fausto en su persona, que detesta el luxo, sin pompa ni aparato,

(a) Levit. cap. XIX, v. 34.

y sin alguna de aquellas esquiveces que producen el engreimiento ú el orgullo. La filosofía de moda le fastidia, la adulacion le choca; en fin, los errores, los honores y placeres del siglo parece no tuvieron sobre su corazon algun aliciente ni dominio: *Non diligas mundum.*

La guerra fué el teatro de su fidelidad: léjos de la traycion y la sospecha, la obediencia lo guia, jamas lo desampara, las intrigas le huyen, y ella encierra su vida en la obscuridad de un gran sepulcro: *In bellis fidem teneas.* No estaba en su arbitrio arrancar la paz al enemigo; pero siempre moderado y humano, ya ataque, ya sufra, la paz buscaba al traves de los mayores sacrificios: *Pacem queras.*

Vereis un militar que casi vive pobre (a) en medio de las abundancias de su fortuna: *Est quasi pauper cum in multis divitiis sit.* Pero ¿es quizá porque las malgasta ú desperdicia? Hablad aquí, hospitales de los Departamentos de Marina: enfermos de la hospitalidad doméstica de esta plaza, levantad como podais el grito: familias honradas que viviais á sus caritativas y frecuentes expensas, ya es tiempo que depongais de su corazon liberal, de la compasion que le era propia, de las admirables efusiones de su caridad, de aquel uso pródigo que hacia en

(a) Proverb. cap. XIII, v. 7.

beneficio de sus semejantes con los encantadores bienes de este mundo: *Ex mundi bonis fac bona opera.*

Vereis un militar que conservando en su interior bien impresa la instruccion del Bautista (a) á los soldados, á nadie calumnió, á ninguno hizo daño; antes por el contrario defendió al inocente, abogó por el desgraciado, protegió al perseguido; y contento con sus sueldos ú estipendios, no le hicieron variar de sentimientos y conducta los honores y riquezas del siglo. ¡Quan célebres exemplares no pudieran citarse de estas virtudes! ¿Hay si no quien acuse su integridad, su hombría de bien é inflexible desinterés quando protestó al morir que no había conocido jamas quién fuera ni quién pudiera ser su enemigo? *Et propter mundi bona non facias mala.*

Recorred, repito, todas sus graduaciones y destinos: allí su amistad universal para con todos, la afabilidad de su comercio, la suavidad de sus palabras, la sencillez y franqueza de su trato, la inviolable fe de sus promesas, su circunspeccion y su modestia, sin sátira, sin ficcion, sin doblez, sin arrogancia: todo me hace exclamar que era un varon amable, mas que un hermano, aun mas que un amigo (b) para la sociedad: *Vir amabilis ad societatem.* Aquí su familiaridad con el soldado y marinero, la

(a) Lucae. cap. III, v. 14.

(b) Proverb. cap. XVIII, v. 24.

compasion de su miseria é ignorancia, los exemplos que les daba de piedad, el zelo que, otro Josué, empleaba (a) para evitarles crímenes, el amor con que escuchaba sus solicitudes, la caridad y socorros que les dispensaba personalmente quando estaban enfermos, el título de hijos con que los llamaba, y el de padre que le retribuian; y esto en todos tiempos y circunstancias, sin variacion, sin desden, sin disgusto, sin fastidio. ¡Ah! ¿quién ha de pasar en silencio estas virtudes públicas, que son de pocos hombres, y que entre la grandeza y el poder no son freqüentes, sino es que diga son rarisimas?

¿Como podré callar aquella mansedumbre de espíritu, aquella benignidad de corazon y ternura de entrañas, con que no era compatible la afficcion de los delinqüentes por mas que abominase su delito? Preciso era reprehender, y reprehendia; justo era castigar, y castigaba; mas en el caso de derramar la sangre, las palabras del Eclesiastés (b) venian á su mente: “No seas justo con exceso:” y bien temiendo cometerlo, bien repugnando su humanidad ejecutarlo, enlazaba la equidad con la justicia, conmutaba la pena; y, otro Teodosio, sin dejar impune la culpa, mas amó sentirla como padre, que exterminar al culpado como juez: *Quasi parens expostu-*

(a) Eccli. cap. LXVI, v. 9.

(b) Eccli. cap. VII, v. 17.

lare malebat, quam quasi iudex punire. A nadie quitó la vida; y como la suya era toda de la religion, quiso mas bien que esta ganase al reo, que no el temor. Así lo elogiaba el grande San Ambrosio en aquel magnánimo Emperador (a): así lo hacia Gravina; y ¿no lo consiguió? En vano me detendria yo á persuadirlo, quando las inocentes lágrimas de los marineros son mucho mas eloqüentes que mi voz (7).

Y este hombre tan tierno, tan humano y compasivo, tan consagrado á la piedad y religion, ¿será á propósito para los trabajos de la navegacion, para el peligro de los naufragios, la carnicería de los combates, el horror de los abordages, las crueldades de la guerra, y guerra por la mar, donde tan enemigos y feroces son los hombres como los elementos, donde el sepulcro camina siempre abierto debaxo de los pies en aquello mismo que parece la cárcel de la vida, y que presta al marino su seguridad? Para servir á la patria en tal destino, ¿será su piedad un obstáculo á su valor? ¿qué ilusion! Nunca mas bien librada la fortaleza, que quando descansa sobre el temor: no aquel grosero, que es la cobardía, sino aquel que detesta el mal, expele la culpa, corona al sabio, y es el temor de Dios (b): *In timore Domini fiducia fortitudinis.* La guerra llama á

(a) S. Ambr. Orat. de obitu Theod. n. 13. edit. Venet. tom. 4.

(b) Proverb. cap. XIV, v. 26.

Gravina muy temprano, y él escucha su voz con serenidad: el cañon suena, y él no se intimida: la patria le pregunta, y él responde marchandò: “Si soy dulce y bueno á la presencia de los pueblos (a), “tambien seré fuerte en la guerra del mar:” *In multitudine apparebo bonus, et in bello fortis.* La patria en fin necesita su vida, y él ya camina para sacrificársela.

¿Qué vasto campo se descubre á mi vista en este momento! ¿Será mi eloqüencia tan feliz, que pueda trazar un vivo lienzo de la felicidad y conocimiento, del valor y constancia, de las virtudes militares con que sin cesar se presenta Federico en los horrorosos teatros de Neptuno y de Marte, codicioso no tanto del laurel y la gloria, quanto de hacer útiles sus dias en obsequio del Rey y de su patria, pero sin olvidar jamas el auxilio del Dios de las batallas? Yo penetro los siglos y las generaciones: veo un Gilberto Gravina (8) al lado de los Boemondos y Tancredos, peleando qual otro Macabeo en la guerra santa, bien por la nobleza de su nacimiento, bien por los derechos de su patria, y bien por la religion, que anima su conciencia: un Requesens, su glorioso ascendiente (9), General de la Armada naval de Carlos V, se me ofrece mas cerca, distinguiéndose

(a) Sapient. cap. VIII, v. 15.

en empresas de valor, tanto en la toma de la Goleta, como en la famosa batalla de los Gelves. Ya no extraño que la sangre militar de Federico no degenera de aquel hermoso lustre con que se vió correr por sus antiguas venas.

Ya no extraño que encendida la discordia con Portugal, al frente de Santa Catalina (10) desembarque con talento las tropas, y que sitiando intrépido un castillo, le intime que se rinda á su espada. Ya no admiro que náufrago en el Rio de la Plata, muestre una serenidad imperturbable por salvar antes que la suya las vidas de los que tripulaban su fragata. Ya no me sorprende que gimiendo el Mediterráneo baxo los crueles piratas mahometanos (11) sea uno de aquellos fuertes que brillan en valor por quatro consecutivas lides, cazando, abordando, apresando é incendiando hasta borrar el oprobio que Israel recibia de Filistim. Tales servicios por la patria lo coronan de gloria; pero aun no son mas que los ensayos de su valor.

Ni bien me pasma que apurado nuestro ejército sitiador de Mahon, y comprometido por la necesidad de municiones ó á rendirse á la indigencia, ó á entregarse al enemigo, ú á emprender desesperado en su remedio alguna accion violenta y temeraria, Gravina sea el que con un solo xabeque (12) en medio de mil riesgos conduzca los convoyes hasta recrear

felizmente aquellos ánimos, que casi propendian al abatimiento, dilatándolos con tan notable auxilio. Méenos me asombra que bloqueador del puerto de Gibraltar por mucho tiempo, jamas tome otro sitio que la mar señalada á su crucero, siendo la admiracion del Ejército y Marina; que su ardor le arrojase hasta abordar tres buques enemigos baxo los fuegos de la plaza, ni aunque llevado de un bizarro entusiasmo emprendiese allí mismo cosas mucho mas árduas (13). El que es guerrero de génio y nacimiento, siempre es un fuego abrasador.

Todas estas acciones, testimonios irrefragables de su valor y actividad, son todavía como los elementos de sus servicios por la patria, los pasos primeros de su gloria; pero se dirigen á un punto de mas elevacion. La Nacion las aplaude, el Monarca se prometió de su denuedo los mayores progresos, tal fué su real juicio (14); y ¿por ventura no lo confirmó siempre Federico?

No os separéis aun de este último teatro, quando se intenta abrir la brecha en la invencible Calpe para rendirla. Baterías flotantes, máquinas mas terribles que las dispuestas por Simon contra Gaza (a), se acercan á sus muros para demolerlos. Mirad ahora á Gravina que, sacrificado á la obediencia,

(a) Lib. I Machab. cap. XIII, v. 43.

comanda la primera á la cabeza de la primer columna: vedlo amarrarse á medio tiro, despreciando los fuegos enemigos: á pesar de un incendio que lo cubre, bate, demuele, insta; pero, ¡oh dia aciago para la humanidad! ¿quién pudiera borrarte de los fastos del tiempo? Los Ingleses, qual otros moradores de Bethbesen (a), hacen llover el fuégo sobre las máquinas; al fin se incendian, arden, las queman y aniquilan: *Et succenderunt machinas.* ¡Qué horror! todo es catástrofe, estrago, confusion, naufragio, incendio, alaridos, sangre, muerte: mi alma tiembla al considerarlo; pero no al verlo y sufrirlo la de nuestro Gravina. En medio del desastre aun persiste tenaz, permanece batiendo, corre de popa á proa, socorre, acude, apaga; y siendo el último que desiste del fuego, tambien fué el último que ha salvado su vida. El primero en el ataque, el último en la retirada: este fué allí nuestro Excmo. Gravina.

Muy pronto la paz ofrecerá el descanso á los que con él fuéron gloriosos compañeros de su valor: todos tomarán su reposo en el dulce regazo de sus familias; mas él ¡ah! no gusta ni un momento que no sea consagrado al trabajo y fatigas por la patria. Argel lo ve muy breve cruzar ante su puerto, desmintiendo su pericia marítima los proverbios co-

(a) Lib. I Machab. cap. IX, v. 77.

munes (15), y con una constancia sin exemplo. Parte á Constantinopla con mejor suerte (16) que sus antepasados. Antes el Sarraceno mide con él su espada (17) en mil combates. Si una Oran afligida con los formidables vayvenes de la tierra ve venir sobre sí la vil canalla para aumentar sus ruinas con los crueles estragos de la guerra, Gravina es el que marcha en su socorro: él es allí soldado en tierra y mar, bate, pelea, trabaja, anima, ordena; y mostrándose un verdadero hermano de aquel pueblo afligido, fué su admiracion y su consuelo al paso que terror al Mahometano, á quien con siete ataques repetidos logró inutilizar todos sus fuegos.

Pero el punto se llega de una paz absoluta. ¡Oh patria! nadie ya te incomoda ni te inquieta. Diez y seis años de continuas fatigas (18) merecen un reposo. ¿Se lo concederás á Federico, que siempre diligente no ha gustado el descanso desde aquel momento en que solemnemente te dedicó su vida? ¡Ay! Señores, él vive para ella. Ni la patria lo quiere, ni él lo solicita. “Sosiéguese enbuenhora “su militar ardor; pero trabaje su talento adquiriendo en el Norte conocimientos prácticos para “la perfeccion de nuestros arsenales y marina.” Tal es el decreto de la patria (19): ¿por ventura se detendrá en cumplirlo?

La naturaleza, el honor y el buen deseo hicieron

activísimo á Federico. ¿Visteis un hombre mas veloz en su obrar (a) ¿*Vidisti virum velocem in opere suo?* ¿Hasta tres testimonios no tenemos de una celeridad en sus empresas (20), que solo el rayo puede competirla, sin que haya hombre que no deba admirarla? Su actividad lo estrecha, marcha al punto, corre la Inglaterra, parte á Irlanda, observa, advierte, escribe, quiere pasar á Holanda, y..... Pero ¿qué nube es esta que á poco tiempo asusta con su negro vapor á todo el mundo? ¡Oh llanto! ¡oh desgracia! ¡oh tiranía! La anarquía con su fuego voraz abrasa el corazon del Reyno mas amigo de la España. La irreligion, el libertinage, la sedicion, el..... Corramos una espesa cortina que oculte estos horrores, y compadezcamos al hombre quando se abandona á sí mismo. Las Potencias se alarman, el jacobino las insulta, la señal de la guerra es casi general en toda Europa: Gravina se sorprende, llora su religion, su patriotismo gime, y dexando la ocupacion dulce de las letras, vuelve á la penosa de las armas para hacer eterno su nombre en medio de unas circunstancias tan críticas.

Sí: ya está él á bordo de su admirado huque (21) delante de Tolon. ¡Ah! ¡qué teatro no es este para sus gloriosos servicios por la patria! Mi espíritu

(a) Proverb. cap. XXII, v. 29.

es muy débil para describirlo. Tolon oprimida pide su socorro á las naves españolas é inglesas que cruzan á su vista: ellas entran á darlo: Federico manda en tierra las armas: ¿tendrá talento para dirigir las, constancia para sostenerlas, y valor para hacerlas felices? Nada es mas difícil que la resolucion de este problema. Tolon no presenta sino una confusion interminable, capaz de abatir al mas valiente General. Gruesos exércitos de sus contrarios la cercan por defuera: los opuestos partidos de sus moradores la devoran por dentro. El Comandante pues que haya de socorrerla, debe vigilar incesante en la repulsion de los temores que le amenaza el centro, y las hostilidades que le ofrece la circunferencia: *Foris pugnae (a), intus timores*. Por otra parte Ingleses, Españoles, Sardos, Napolitanos, todas estas Naciones, cuyas tropas la ocupan, no tienen en la accion sino muy desiguales intereses: cada qual combate por los suyos. ¿Cómo pues combinarlos, para gloria de su Nacion, aquel cuya voz debe ser el resorte de tan diversas fuerzas?

Aquí es, Señores, donde brilla la energia de su espíritu, donde todo lo ve, todo lo enlaza, todo lo emprende, y todo lo vence. No bien persigue á los insurgentes del centro, quando los pone en fuga y

(a) Div. Paul. Epist. I. ad Corinth. cap. VII, v. 5.

los derrota, siendo señor de sus despojos, cañones y banderas. No bien pasa á la circunferencia para apoderarse de las alturas que pueden ofenderle, quando pelea, rechaza, y es su dueño. Allí sobre la escarpada de Faraon se divisa un jóven (22) sirviendo por sí solo la artillería, quando sus compañeros son cadáveres ó se revuelcan en su sangre: aquí se vé un marino, que alentando sus tropas, é insensible á la suya que derrama, las hace superar las asperezas del terreno, las ofensas del enemigo, y aun la muerte. ¿Quiénes son? Aquel es el intrépido Buonaparte, este es nuestro Gravina: ¡qué laurel no corona su frente! Tolon es ya la morada de la quietud, sus templos se abren, el Dios de las eternidades recibe sacrificios, los habitantes expresan el júbilo con sus lágrimas: ¡qué de homenages no tributan á nuestro herido General! *Invencible* le llaman (23). ¡Oh! este es un quadro que basta por sí solo para su panegírico.

Pero no queda aquí. Las tropas enemigas vuelven sobre Tolon: dos veces las rechaza: se multiplican á millares hasta exceder en mucho á las unidades, que tienen á un mismo tiempo tres objetos, á saber, los exércitos, el pueblo y las esquadras. Ya no hay quien las contenga: la confusion se aumenta, y los peligros de toda especie crecen á cada instante. Gravina gime, y un general Consejo va á decidir

sobre sus ansias. El se hace conducir á su Asamblea. ¡Respetables vocales! como el otro Simon (a), varon es de consejo, escuchadlo: *Vir consilii est, ipsum audite.* “O perecer todos sobre el muro, ó pre-
“pararse al punto para la mas gloriosa retirada,” dixo.

Cubra un velo modesto las discusiones é intereses que quisieron sofocar su dictámen: él prevalece en suma, lo aprueban y agradecen las Cortes: todo por él es hecho: en pocas horas se salvan los amigos, las tropas, las esquadras (24), y el enemigo entra, pero triunfando al fin sobre la nada. Lloren enbuenhora los Toloneses sobre aquel incendio troyano que asustó el corazon. ¿Se quejarán acaso ni de nuestro Gravina ni de España? Sus labios lo proclaman guerrero; pero que mas combate por la humanidad (25) que por la gloria: ¡quál seria su virtud! ¡quál su dulzura! ¡quánta su suavidad! ¿Hay elogios que basten á estos importantes servicios por la patria?

Pero ¿qué digo yo? Cada dia crece mas su entusiasmo, y miéntras lo inhabilita su pie herido, su pecho acopia fuego, y..... ¿donde irá quando cicatrice su llaga? La guerra sigue: San Sebastian Fuenterrabía, Figueras ¡quánta infelicidad! ¡qué des-

(a) Lib. I Machab. cap. II, v. 65.

ventura! no existen Pirineos que nos defiendan; todo está ya en poder de los contrarios. Vencidas las barreras de la Nación, ¿habrá quien los detenga? Sí: Gravina está ya en Rosas para sujetarlos.

Rosas, Rosas, ¡qué espectáculo tan encantador para un espíritu militar! Esta plaza, no digna de tal nombre, es sitiada, y con tanta ambicion como si fuera una Cartago en Africa, ó bien en nuestra España otra Numancia. Las intimaciones que se le hacen son tan vivas, que acusan por delito el no rendirla, y se corre un gran riesgo (26) en sostenerla. Desde diez y ocho puntos la baten de continuo setenta y dos volcanes por su frente, costado y por la espalda. Los tres mil combatientes que la ocupan no tienen mas sólidas murallas que sus pechos, ni otro abrigo que el cielo que los cubre. Catorce mil soldados que la cercan con un fuerte entusiasmo la molestan, la oprimen, la reducen á escombros. Militares, á vosotros apelo: ¿será empresa difícil el tomarla? ¿no entregarla será temeridad?

La estacion inclemente del invierno, los recios temporales del sud-oeste, que agitaban el golfo, las gruesas mares, y los continuos fuegos que cruzan y dominan su ensenada, no prometen aun esperar socorros de la esquadra que tiene por auxilio. El gefe que ha de darlos debe luchar con hombres

y elementos, y emprender cada punto en su contraste las acciones mas duras y desesperadas: ¿luchará Federico? ¿emprenderá los riesgos? ¿se arrojará al peligro? ¿defenderá él á Rosas? pero ¡con qué denuedo! ¡con qué serenidad! ¡con qué constancia! En medio de las tempestades mas horribles, en medio de incendios y naufragios (27), valiente, firme, inmóvil, lleva la confusion al enemigo, lo bate sin cesar, y lo consume: aun es poco; vencedor de los fuegos y los mares, la imaginacion misma (28) no alcanza sus esfuerzos: él busca y halla la utilidad en los peligros, la seguridad en los escollos, el valor en el miedo, su recreo en los sustos; y animado de este espíritu heroyco, él es en Rosas un portento inaudito de valor y firmeza (a) á la faz de la Francia y de todo el mundo: *Erisque eis in portentum.*

Los gloriosos soldados que estan en la defensa se encienden á su exemplo: sus nobles Comandantes lo miran como escudo, y á él confiesan deber (29) toda la utilidad de sus esfuerzos: el cañon no descansa, el mortero no cesa, el obus se apresura, setenta dias continuos lluevè el fuego, ya no hay mas que ruinas; pero hay valor, hay amor por la patria, hay allí un Federico. ¡Ah! ¿por qué aun no entregas esa mole de escombros? Porque superior á

(a) Ezech. cap. XXIV, v. 27.

Noalles (30), que la rindió en diez dias, mas fuerte que Plesis, que la ganó en cincuenta, quiso hacer ver al sitiador que, batida con mayores ventajas, aun puede un alma grande resistir mas tiempo. El ejército enemigo desespera, mira á su contrario que sale tranquilo de un sepulcro, divisa sus banderas, oye sus tambores que se baten con pausa, advierte que se embarca sin prisa, que Gravina se aleja con sus naves, y que les dexa..... ¿qué? admiracion, espanto, dolor, rabia.

¡Oh héroe inmortal! aquí sí te es debido (31) tal nombre: ¿quántas victorias no ganaste en esta sola accion para tu patria? ya las contó otra pluma (32). El ejército que salvas las admira, su General en gefe, otro Gorgias, guerrero probadísimo, carece ya de voces (33) para graduarlas; la Nacion se conmueve, y es general tu aplauso: ¿habrá quien diga es tu vida extranjera, y que no la disfrutas para salud de España?

Ya yo no quiero verte ni rechazando á Nelson en las aguas del Sur sobre este puerto, ni ya amigo de Francia (34), dar auxilio á sus fuerzas sobre otro continente: ¡incansable varon! quiero verte en la paz, quiero probar si tu política se iguala con tu espada. ¡Qué empresa tan difícil! La comision mas importante de la patria se pone á su cuidado. Enviado en Paris por nuestra Corte, debe ser un Mi-

nistro que, reuniendo los talentos mas útiles, conserve las propiedades y derechos, el interes y gloria del Estado. El don de la palabra para persuadirlos, el espíritu de insinuacion para ganarlos, moderacion para evitar los rompimientos, fidelidad en las empresas, prevision de rivales, actividad, juicio, urbanidad, secreto; ¡quántas virtudes es forzoso se hermanen, para contrarestar á la codicia, la ambicion, la vanidad y la lisonja, cuyos halagüeños insultos prepara la política contra un embaxador! ¡quánta sagacidad é inteligencia no es precisa para que triunfando la probidad sobre la envidia, se recomiende en la Corte con quien trata, merezca el concepto de su Príncipe, la confianza del Ministro, y se haga respetable su embaxada! Pues todo lo ha reunido Federico; y estimado en Paris (35) fiel Legado de Carlos, ha sido en sus negocios como la sanidad (a) de nuestra España: *Legatus fidelis sanitas*.

Si me fuera permitido descorrer aquel velo sagrado, que oculta los asuntos políticos que puso el Gabinete á su cuidado, ya veriais sus desvelos, su inviolable sigilo, tocariais asombrados su español corazon, su pericia, su tino, su..... pero ¿á qué buscar pruebas de su gran patriotismo en tal encargo,

(a) Proverb. cap. XIII, v. 17.

quando á todas supera la grande confianza de nuestro Soberano en su fidelidad? ¡Oh cuánto se amaban! El le ha demostrado en su conducta que no conoce aquella política falaz, intrigante y sediciosa, que confunde las verdades con las trayciones; sino aquella justa y prudente, cuyo espíritu suave, benigno, afable, humano, amante de la verdad y del bien, tan sutil como fuerte, es en todo la imágen de la sabiduría (a); y zeloso Ministro de las negociaciones, llenando la prediccion del Sabio (b), fué siempre en su embaxada el seguro reposo de nuestro amable Cárlos.

Mas, ¡oh negra perfidia! tú vuelves otra vez para turbarlo: esa nacion que ciega te idolatra, cuyo espíritu de Cromwel y Chatam no conoce los pactos sino para violarlos, otra justicia que la conveniencia, otra ley que el capricho, otra política que la ilusoria, ni otra paz que la guerra perpetua, propia de su sistema; profanando nuestra neutralidad la mas sagrada, insulta, roba, quema (36), ¡atroz delito! y hace tomar las armas para castigarlo. Las voces de la patria llegan hasta Paris, Gravina las escucha, ya no es posible que descansa su espada. Llegó el tiempo de que el Rey le cumpliera (37) lo que le prometió, llegó el tiempo de dexar la em-

(a) Sap. Cap. VII, v 22 ct 23.

(b) Proverb. cap. XXV, v. 13.

baxada, llegó el tiempo de redoblar su zelo hasta los sacrificios; y he aquí la época de morir por la patria el que solo ha vivido para ella.

¿Lo ignorais por ventura? ¿No lo visteis unirse con nuestros aliados, siendo su ligereza digna de admiracion, y aun de mas precio (38) en tales circunstancias que una grande victoria? ¿Podrá ignorarse su teson y constancia en la expedicion á Martinica, que fué el aprecio de esa grande nacion nuestra aliada? ¿No es constante aquel valor intrépido con que burlando su sabia maniobra la hostilidad de Calder, acomete á su esquadra, no desiste en batirla, la persigue, y aun es el vencedor? Aun quando yo callara, ¿no lo hablarian por mí el proceso y sentencia que acaba de sufrir aquel Vice-Almirante? Gravina, vencedor de aquellos mares, hace la reunion de grandes fuerzas; y ¡oh dolor! con ellas mismas, en busca del sepulcro vuelve á Cádiz.

La Inglaterra siente tal suceso: zelosa de esta esquadra, trata su destruccion: ella congrega sus mejores marinos y las mejores naves para verificarla: ¡qué escena se prepara! Nelson baste. (Nunca está mejor la alabanza que en la boca de los contrarios; mas ni es este mi objeto, ni propia de mis labios, sea qual fuere su mérito, ya en este pueblo, que obscurece sus glorias, ni ménos á la vista de estos altares.) Nelson resuelve á forzar este puerto para

incendiar las nuestras, ó provocarlas fuera al mas recio combate. ¿Será creible que él fuese el provocado?

Todas las circunstancias lo resisten, Federico las ve, pronostica un desastre, mil muertes se ofrecen á su vista; mas excediendo á su propio juicio su obediencia (39), *absit*, contesta qual otro Macabeo (a), *ut fugiamus ab eis*. Léjos de mí la fuga ni algun temor cobarde; y si es llegado el término á mi vida, moriré con valor, y sin manchar mi gloria: *Et si appropriavit tempus nostrum, moriamur in virtute, et non inferamus crimen gloriæ nostræ*. Respuesta digna de su honor y virtud.

No le queda otro arbitrio, y entre los elementos conjurados sale al mar, provoca al enemigo, y ¡qué horror! cabo de Trafalgar, ¡qué día! yo lo diré con un Profeta: el del enojo del Dios de los exercitos (b) ha venido con ímpetu sobre las esquadras de Tarsis: *Dies Domini exercituum super omnes naves Tharsis*. La arrogancia de los hombres se verá humillada, abatida la altivez de los guerreros, y Dios solo será el vencedor en este día: *Et elevabitur Dominus solus in die illa*.

¿Y no sucedió así? ¡Ah! las aguas suenan, y se conturban, encapotado el cielo, y medrosas sus nu-

(a) Lib. I. Machab. Cap. IX, v. 10

(b) Isai, cap. II, v. 16 et 17.

bes, aun los hombres se ensangrientan y encarnizan: ¡qué escena! donde quiera que se esparce la vista no se ve mas que horror. El cañon truena, abordegas aquí (40), allá naufragios, incendios á este lado, fuego por todas partes, cadáveres, destrozos, ¿podreis numerar víctimas? La tierra gime, el mar brama, el ayre ruge, la humanidad llora, y enojada la naturaleza misma, suelta con cólera sus tempestades y sus vientos: ¡nuevo horror! llorad naves del mar, solo quedan ruinas (a) de vuestra fortaleza. *Ululate naves maris, quia fortitudo vestra devastata est*. Una da aquí al traves, otra pide socorro, esta vá á pique, todos ven sus reliquias: ¿quién podrá describir este vasto suceso? ¿qual ha sido su fin? ¿preguntadlo al que pudo sobrevivir (b) á sus peligros: *Interroga fugientem, et ei, qui evasit, dic: ¿quid accidit?*

¿Qué dirá? ¿que mas de la tercera parte de los buques ha perecido? *Et tertia pars (c) navium interiit*: ¿que los célebres marinos del Norte se viéron allí temblar (d), y confundirse en su misma fortaleza? *Ibi Principes Aquilonis paventes, et sua fortitudine confusi*: ¿que destrozadas en fin las tres esquadras,

(a) Isai, cap. XXIII, v. 14.

(b) Jerem. cap. XLVIII, v. 19.

(c) Apocalyp. cap. VIII, v. 9.

(d) Exch. cap. XXXII, v. 30.

todo lo perdimos (41) á excepcion del honor? Todo es muy cierto; mas ¿qué dirá de nuestro Excmo. General? ¿qué este ha sido el efecto de su ignorancia, ó que lo fué quizá de su cobardía? No dirá tal, si no es que se juzgue del mérito de un hombre por su felicidad ó su desgracia. Dirá sí, que salvó lo que pudo en tanta confusion, que el resultado respondió á su presagio, y que peleando con valor y sin desmayo, fué tan desgraciado en el combate como desapiadadamente herido.

¡Qué dolor! la metralla enemiga vino contra su brazo: ¿terminarán quizá sus gloriosos servicios por la patria con este doble sacrificio de valor y obediencia? ¿Estará decretado que el brazo se consuma, y que él fallezca? ¡Ay! yo pienso que la letra de Zacarías (a), aunque con otro espíritu, viene á cumplirse en tan funesto lance; *Brachium ejus ariditate siccabitur*: morirá sí, no hay duda; pero no creais que infamado, ni con una opinion obscurecida. ¿Qué le habrian servido tantos sacrificios por la Nacion si muriese en desgracia de la misma? ¿qué quadro tan triste en este caso! pero ¡qué alegre es verlo morir en el seno de una pública estimacion! Hermosos laureles de la patria, vosotros no os retirásteis de sus sienes en los últimos periodos de su

(a) Zachar. cap. XI, v. 17.

vida. Salomon os pintaba (a) de esta suerte: “Tendré honor entre la nobleza, y gozaré del amor hasta de las turbas: me admirarán los Potentados; “y aun me distinguirán los Soberanos mismos.”

Espanoles, ¿no veis en estos rasgos los dulcísimos brazos del honor y el afecto entre que va á espirar nuestro Gravina? Honrado del gran Napoleon (42), felicitado por las primeras dignidades de Europa, tiernamente amado de los aliados y los enemigos (43), aun rodeado su lecho del pobre marinero, que llora su desgracia, todo el pueblo sintiéndola, nuestra Corte afligida (44), procurando su alivio, ¿qué falta á este laurel? ¿qué otro mas apreciable se reserva, si hubiese tenido la fortuna de volver vencedor? Teniente General de nuestra Armada, condecorado con la Gran Cruz y la Real Llave, aun estas distinciones no se estiman bastantes para premiar el mérito de su gran sacrificio. El Macabeo, que ha sido tan fuerte desde su juventud (b), debe ceñir el último laurel. Sea en mi Marina, dice el Rey, Capitan General de mis Esquadras: *Judas fortis á juventute sua, ipse sit vobis princeps militiae.*

¡Qué respetos, qué honores! Una alma ménos

(a) Sap. cap. VIII, v. 10 et 11.

(b) Lib. I, Machab. cap. II, v. 66.

grande se hubiera envanecido ; mas Federico no los mira con semblante halagüeño sino para ejercer la noble generosidad (45) de su espíritu. Los recibe y aprecia: mas ¡oh miseria de la grandeza humana! ¿acaso estas coronas le traen la voz del cielo (a) que le diga: “Pondré la cicatriz en tu llaga, y te sanaré de tus heridas?” *Obducam cicatricem tibi, et sanabo te á vulneribus tuis.* ¡Ay Señores! su enfermedad no cesa; y tú, Dios mio, si algun tanto lo alivias, es para dar lugar á tus consuelos, y arrebatarlo para siempre (b) despues á nuestra vista: *Roborasti paululum, ut in perpetuum transiret.*

No creais que pondero: al frente de su cama se miran enlazadas la patria y religion, derramando alternativamente sus delicias sobre este General. ¿Cuál seria su suerte, si compañero de las dos en su vida, esta á lo ménos no le hubiera seguido hasta el sepulcro? Desastrada y funesta, su gloria obscurecida, sus laureles marchitos, todo él sumergido en el polvo: la ira y la venganza irresistibles serian su patrimonio, y al dolor y las lágrimas quedaria reducido su noble patriotismo. Pero no ha sido así; su lecho nos ofrece la imágen placentera de la virtud. La resignación en los trabajos, la conformidad en los dolores, la paciencia en la desgra-

(a) Jerem. cap. XXX. v. 17.

(b) Job. cap. XIV, v. 20.

cia, la compasion de los que por su cuidado se fatigan, la modestia en sus quejas, la humildad en sus quebrantos, la penitencia de sus culpas, y aquel clamor continuo: “quiero morir como el mejor “Santo;” ¡qué consuelo no es este para un espíritu christiano!

¡Oh vosotros sus inseparables amigos y domésticos, á quienes tantas veces rogó lo perdonárais! deponed aquí de aquellas dulces lágrimas con que recibió la sagrada Eucaristia, de aquellas preces y contricion fervorosa con que oyó é interrumpia el último sacrificio celebrado junto á su cama (46): ¿no veáis á la hermosa religion con sus dulzuras presidir sus acciones y palabras? ¿Hasta sus últimos delirios no fuéron ocupados de clamores penitentes y humildes, correspondiendo á los que pronunció quando usaba de su razon? ¿No le visteis en fin á presencia del Sacerdote oscular tiernamente las imágenes del Redentor y de su Madre, aquellas mismas que le fuéron inseparables en todos sus viages y destinos, y que á poco dulce y tranquilamente espira, segun lo apetecia, “como christiano y como caballero?”

Si morir temiendo á Dios, honrando al Rey, y amando la sociedad, es morir en los brazos de la religion y de la patria: así ha muerto el Excmo. Gravina, que vivió para la religion y para la patria.

Le asistiéron en muerte estas dos madres, á quienes sirvió en vida, la una con sus laureles, la otra con sus dulzuras, justa recompensa de las virtudes con que á una y á otra sacrificó sus días.

Murió al fin: ya no existe. Murió aquel ilustre Caballero, que no manchó su sangre con las vilezas, las perfidias, las trayciones, ni aun la audacia. Murió aquel amigo de la sociedad, que no supo hacer mal, sino amar y prodigar sus bienes á favor de sus semejantes. Murió aquel christiano piadoso, caritativo, humilde, cuyas acciones y exemplos no desmintieron la religion que profesaba. Murió aquel político en quien jamas se halláron ni los ojos altivos, ni la lengua traydora, ni las manos crueles, ni un corazon infame, ni unos pasos veloces para la perversidad de las intrigas. Murió aquel militar, que incansable en su oficio, lo sirvió con exâctitud, velocidad, valor, constancia, no solamente derramando sudores, sino aun su propia sangre por la patria. Breves fuéron sus días (47); pero tan llenos del honor y virtud, tan colmados de mérito, que el que siga sus huellas, por poco que viva en su digna profesion, habrá ciertamente vivido mucho tiempo. Esto es lo que resulta de su vida: ¿no tenemos razon para llorar su muerte? ¡Ah! ¡cómo es que ha fallecido este guerrero consagrado á la religion, este caudillo sacrificado por la defensa de su patria!

*¡ Quomodo cecidit potens, qui salvum faciebat populum
Israël!*

Pero ¡ay Señores! ya no es tiempo de repetir mas esta exclamacion, aunque la considero justa y bien fundada. Con mi voz tarde ó temprano va á sepultarse su memoria en la region tenebrosa del olvido. Es ya el caso de preguntar con Job (a) por su destino. ¿Dónde está este General Excmo., que viviendo para tan dulces madres, ha muerto segun vemos entre sus inocentes caricias? *¿Ubi quæso est?* Aquí me pierdo y me confundo. Nosotros no vimos sino las reliquias de una carne corruptible, triste imágen de la miseria humana. Ya no vemos sino el símbolo de la muerte confundido con las insignias de su nobleza y dignidades, despojos miserables de nuestra gloria, que rodean este figurado sepulcro. Mas ¿qual es la morada de lo mas noble de su ser? ¿Dónde está lo mas interesante, que es su espíritu? *¿Ubi quæso est?*

Nuestra fe lo sigue hasta el tribunal del Omnipotente, ante quien el sabio nada sabe, los Reyes carecen de poder, y el guerrero mas duro tiembla, se estremece y se confunde. No hay cosa mas horrenda, dice el Apóstol (b), que caer en las manos del Dios vivo. Nuestro Federico está entre ellas,

(a) Job cap. XIV, v. 10.

(b) Div. Paul. ad Hebr. cap. X, v. 31.

Excmos. Señores..... ¡Qué susto! Allí se presenta libre del baston y la espada, desnudo de sus mantos, sus bandas y sus cruces, á responder de su religion y sus empresas, tanto militares como políticas. ¡Qué cargos tan terribles en presencia de un Dios, ante quien no todo viviente se justifica, que hasta en sus ángeles encontró maldad, y en cuyo tribunal aun la palabra inútil viene á juicio! ¿Por ventura este mi elogio, que le pronostica al parecer una suerte dichosa, quedará desmentido? ¡Ay! repito: ¿*Ubi quæso est?* ¿Cuál será su destino? Yo lo miro postrado ante el excelso trono exclamando (a) con Job: “Tú, Señor, que numeraste mis pensamientos y mis pasos, tú perdona mis yerros, mis flaquezas y mis delitos.” Por los mismos acaba de ofrecerse el Cordero inmaculado que los borra: ¿será bastante para que el General no lllore mas tiempo sobre sí mismo?

¡Justo Juez de las venganzas! aceptad este sacrificio de expiacion, oblacion la mas pura que hemos ofrecido por sus defectos, para que limpio entre en el goce de la interminable dulzura de tu rostro. Haced con él la gracia inestimable de tu misericordia (b) antes de aquel tremendo dia de la razon: *Iuste Judex ultionis, donum fac remissionis ante diem*

(a) Job cap. XIV, v. 16.

(b) Ecclesia in sequentia Missæ pro Defunctis.

rationis. A tu vista gime y llora como un reo penitente, que lleva en su semblante el bochorno que le imprime su culpa: *Ingemisco tanquam reus, culpa rubet vultus meus*. ¿Abandonarás, Señor, tu piedad, para empuñar el azote de tu inexorable justicia? No, mi Dios: tú perdona clemente al que humillado y contrito te suplica: *Supplici parce, Deus*. Así como lo hiciste pasar de la vida á la muerte, trasládalo de la muerte á la vida (a), pero á aquella feliz que prometiste á Abraham y á su gloriosa descendencia. Así sea, para que su espíritu guerrero penetre, como lo deseamos y pedimos, hasta el seno de la paz de tu descanso.

REQUIESCAT IN PACE.

(a) Ecclesia in offertorio ejusd. Mis.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

NOTAS.

La dignidad del púlpito, y los estrechos límites á que se ve ceñido el Orador por las severas leyes de la oratoria sagrada en los elogios fúnebres, no le han permitido en este la relacion de todos los hechos que quisiera; por tanto los que ha omitido, y los que comprehende el estudiado énfasis de su oracion (aunque en tiempo tan corto) deben desplegarse en estas notas; y si bien deben ser siempre breves, suplica al lector disimule su precisa extension, porque juzga que el laconismo en ellas haria un agravio al sublime mérito del Señor Gravina, á quien la suya es consagrada.

(1) El combate naval entre las esquadras combinadas de España y Francia al mando del Almirante Villeneuf y la Inglesa que mandaba el Almirante Nelson, dado el 21 de Octubre casi á la vista de esta plaza, en el qual fué herido el Excmo. Sr. D. Federico Gravina, Comandante general de la Española, no solo es aquí llamado «escena trágica» por la gran pérdida de hombres y baxeles que sufrieron en él las tres Naciones combatientes, sino por el horror que presentó á los Gaditanos, que fueron sus testigos. La relacion de sus efectos, con la qual texe su exórdio el Orador, por mas que parezca viva y ponderada, aun no corresponde al espectáculo que presencié Cádiz en aquellos dias; ni hay eloquencia que baste á describirlo, si ha de estampar la pluma la impresion que recibió el corazon.

(2) No se ha pretendido denotar por esta expresion que el Exmo. Gravina fuese Caballero del Orden militar de Calatrava, como lo fué en el de Santiago. Solamente se da á entender, que perteneció á él por la administracion que tenia de sus Encomiendas de Ballaga y Algarga.

(3) La nobleza del difunto General, qual aquí la describe el Orador, consta á la letra en un privilegio de Martino, Rey de Sicilia, dado en la antigua Catina (hoy Catania) á 20 de Setiembre de 1405, cuya copia autorizada ha tenido en su poder. En él se concede á todos los Gravinas la sepultura en el panteon de los Soberanos de aquel Reyno, como ganada en juicio contradictorio el año de 1400 en fuerza del origen Real que se les declaró por definitiva. Y aunque este lustre de su sangre no es un mérito ante Dios, (como en la oracion se asegura), tampoco se puede prescindir de insinuarlo en ella, porque las leyes españolas, tratando de las qualidades que deben adornar á un Almirante, le exigen, como primera, la nobleza. Y así la tercera del tít. 24 en la segunda partida dice de este modo: «Primeramente que sea de buen linage, para haber vergüenza.» Vease todo el contexto de la citada ley, y se advertirá en ella un hermoso retrato de las prendas que adornaban á nuestro Excmo. General.

(4) El Excmo. Sr. D. Juan Gravina, Duque de S. Miguel, padre de nuestro difunto General, disfruta en España, como sus antecesores, la Grandeza de primera clase desde el año de 1721, en que se la concedió el Señor Rey D. Felipe V. por su Real Despacho dado en S. Lorenzo á 19 de Agosto, cuya copia impresa y legalizada ha reconocido el Orador.

(5) Los grandes servicios de la familia Gravina por nuestra corona en el Reyno de Sicilia, quales se documentaron ante el Señor Marques de Grimaldo por Abril del año de 21, y de los que hace prolixa relación la Real Cédula citada en la nota anterior, son tales que pasan de la línea de aquellos que debe prestar

un buen vasallo á su Señor. Baste decir que por no querer esta familia reconocer otro dominio que el español, en medio de las variaciones que sufrió el de aquel Reyno en el siglo pasado, perdió voluntariamente todas sus rentas consistentes en 44 doblones de ingreso libre, y mayor cantidad en estados y feudos; habiéndose visto obligados D. Juan Gravina y Requesens, Duque de S. Miguel y Príncipe de Montevago, á pedir limosna con su muger é hijos, como lo representó y comprobó ante la Magestad del Señor D. Felipe V con documentos, que ha exâminado el Orador.

(6) En el año de 1726 á 2 de Julio fué declarada al Duque de S. Miguel, sus sucesores y descendientes la naturaleza de estos Reynos sin alguna limitacion, segun consta por la Real Cédula expedida á este efecto en aquella fecha. Esta gracia no solamente recayó sobre los servicios de esta familia á nuestra Corte, sino tambien sobre justificacion que hizo de su origen español en Cataluña, y se demuestra en sus árboles genealógicos, que impresos preceden á estos Reales Despachos.

(7) Es cosa muy frecuente (aunque reprobada) en las oraciones fúnebres ponderar las acciones de sus objetos, quando ó no se les supongan virtudes de que carecieron, ó no se les disimulen los vicios en que incurrieron como frágiles. Mas la vida civil y cristiana del Excmo. Gravina, qual la presenta el Orador, se halla tan notoriamente recomendada por el voto uniforme de quantos le trataron en todos tiempos, lugares y circunstancias, que ha cerrado la puerta á este efugio miserable. Los marineros, que ordinariamente no perdonan defecto en la Oficialidad que les gobierna, antes bien lo publican y ponderan, son los primeros y mas imparciales panegiristas de sus virtudes: proclaman su catolicismo, su piedad, su caridad, su humildad, su modestia; y este testimonio unido al de varios Capellanes con quienes navegó, y al general concepto de virtud que disfrutó en su Cuerpo, sin que la maledicencia ni la envidia lo hayan controvertido, exige de jus-

ticia nuestro asenso, aunque no podamos calificar el grado de perfeccion en que rayaron sus acciones.

(8) El privilegio referido del Rey Martinó hace expresion de la expedicion de este Gilberto á la guerra santa, donde peleó en compañía de Boomondo I y Tancredo Normando, sus parientes, en la qual dice, se distinguió en valor, usando para ello de la frase *magna præstitit*.

(9) En la historia de Carlos V, que describió D. Fr. Prudencio de Sandoval, se refieren los servicios militares de D. Berenguer de Requesens y de su padre D. Luis, Comandante de las naves de aquel Emperador, y mas largamente los expresa la historia pontifical de Illescas en la vida de Pio IV. La Cédula de grandeza que hemos citado los relaciona como de un ascendiente de los Gravinas, y el árbol genealógico de estos, aprobado en juicio, se remite tambien para documentarlos al testamento que otorgó D. Berenguer en Palermo á 3 de Abril de 1557 ante el Notario Pedro Diva.

(10) Aunque en la época de esta expedicion (año de 1776) solo era Alférez de Fragata el Sr. Gravina, mereció sin embargo á los Excmos. Sres. Marques de Casa Tilly y D. Pedro Cevallos, sus Comandantes generales, aquel de mar y este de tierra, el gobierno de algunos buques menores para el desembarco y la comision de intimar su rendicion al castillo de la Concepcion.

(11) Sin contar las varias campañas de corso que hizo el Señor Gravina en los años de 1777 y 1778, donde acreditó su talento y valor militar, solamente se hace aquí memoria de los quatro famosos combates, contra Moros baxo las órdenes del Sr. Arauz, por haberse distinguido en ellos, y especialmente en el apresamiento de aquellos quatro xabeques argelinos que atemorizaron el Mediterráneo con sus piraterias.

(12) Condecorado ya el mérito de Gravina con el grado de Teniente de Navío, se le confirió el mando del xabeque San

Luis por el mes de Noviembre de 1779, y se le destinó al sitio de Mahon, donde tuvo la fortuna de escoltar nueve convoyes, que socorriéron nuestro ejército ya abatido por la necesidad de todos víveres; cuyo auxilio tan importante se debió á la actividad de su zelo, que mereció por lo mismo la aprobacion y elogio de la Superioridad.

(13) El zelo y constancia con que el Sr. Gravina bloqueó á Gibraltar con su xabeque, y el intrépido valor con que baxo los fuegos enemigos tomó al abordage la balandra inglesa la Carlota, el bergantín ingles el Benjamin y una fragata armada en corso, que mandaba un Teniente de Navío de la Marina Real Británica, son dignos de toda consideracion; pero lo que mas probó allí su militar ardor fué el atrevimiento ó arrojo con que olvidando las pocas fuerzas de su buque se empeñó en batir á tiro de pistola al navio de guerra ingles el Panter, fondeado con cuatro fragatas en Gibraltar, quando el nuestro S. Miguel y las llamadas Rosario y Gertrudis lo atacaron el 24 de Junio de 1780. Ciertamente este acaloramiento de su sangre en la corta edad de 24 años, que entónces tenia, es disculpable aunque tocó en la raya de la temeridad, por ser un testimonio de valor poco comun, que prometia para despues las mejores esperanzas, como allí mismo se lo aplaudiéron sus Gefes, al paso que le previniéron amistosamente moderase los excesos del fuego en que ardia su corazon.

(14) El Orador se refiere en este lugar al oficio del Sr. Marques de Castejon de 13 de Octubre de 1780, en que dice que los servicios de Gravina en Gibraltar son otros tantos testimonios *de su valor, de su experimentada actividad, inteligencia y juicio marino, y que prometen á S. M. para lo venidero los éxitos mas felices en quantas comisiones tenga que fiar á su zelo su Real piedad.* Así vimos que á principios de 1781 fué ascendido por ellos al grado de Capitan de Fragata, con que continuó en el bloqueo de aquella plaza y su ataque de las flotantes, sin que por esto se

resfriase su ardor. Por el contrario apenas vió que las esquadras combinadas se disponian á perseguir la Británica del Almirante Howe, solicitó dexar el mando de su xabeque, prefiriendo qualquier destino en los buques de la Armada. Con efecto el Señor D. Luis de Córdoba le dió á mandar la primer bateria del navio Trinidad; y como diese cuenta á la Corte de esta novedad, se le respondió por el referido Ministro, aprobándola, *que era muy propio del valor, pundonor, y bizarría acreditada del Capitan de Fragata D. Federico Gravina, que prefiriese semejante destino al mando de un buque, que por sus pocas fuerzas no podia entrar en combata.* Tan notable concepto mereció siempre á la Corte este digno Oficial; y se confirma nuevamente por otro honorífico oficio del mismo Sr. Ministro en 16 de Julio de 1782, por el grado de Capitan de Navio con que se le premió por Diciembre del propio año, y por el mando del Castilla, que se le confirió inmediatamente para la expedicion de la Jamayca á las órdenes del Conde Estaing, que interrumpió la paz celebrada á principios de 1783.

(15) Apenas hubo paz con Inglaterra se confió al Sr. Gravina una division de xabeques contra Argel. Es opinion comun de los prácticos en aquellas costas, que no se puede mantener allí un crucero sin gravísimos riesgos desde Setiembre en adelante y hasta bien entrado el verano, por lo qual se expresan diciendo como en proverbio: *Julio, Agosto y Cartagena*, dando á entender que solos estos meses son oportunos para la operacion, y que pasado el último, debe tomarse el referido puerto. A pesar de esto, Gravina, sin tomarlo, bloqueó á Argel con sus xabeques en los meses de Enero, Febrero y Marzo, con una constancia admirable, de que no habia quizá exemplar en los fastos de nuestra Marina.

(16) Una comision honorífica se puso á su cuidado en 1788, despues de haber gastado el de 86 en varias campañas por el Mediterráneo, y servido el de 87 en la esquadra de evoluciones que

S. M. para la instruccion de la juventud fió al mando del Sr. D. Juan de Lángara, por quien fué nombrado su Capitan de Bandera. Tal fué la conduccion á Constantinopla del primer Enviado de su Corte en la nuestra Ahmed Guassiff Effendi, para lo qual preparó la fragata Santa Rosa con todo el decoro, comodidad y lucimiento que de suyo exigia esta empresa política. Llenó en ella las intenciones de S. M. de tal manera que lo ascendió á Brigadier, despues de haberle mostrado su Real aprobacion con las expresiones mas lisongeras. La Corte Otomana y todo su Cuerpo Diplomático le hizo los mayores obsequios, correspondiendo á los que su finura, política, atencion, generosidad y esmero habia dispensado en el viaje á su Embaxador. Cotejada esta suerte con la de D. Berengier de Requesens su ascendiente, que por resultas de la batalla de los Gelbes fué llevado prisionero á Constantinopla, y tratado allí como esclavo, hasta que el gran favor del Emperador D. Fernando pudo rescatarlo, no hay duda fué mas feliz que la de sus antepasados en aquella Corte. El General Gravina se aprovechó de este viage para escribir una muy curiosa Memoria sobre el estado natural, civil, político y religioso de aquel Imperio, que acredita quanto procuraba aumentar sus conocimientos en toda linea, y quanto aborrecia la inercia y el ocio. La historia pontifical de Illescas, ya citada, es un testimonio de la prision y esclavitud de sus ascendientes en Constantinopla.

(17) Son bien notorias las dos expediciones contra Moros de los años de 84 y 85, y los muchos ataques que comprehendieron. En todos ellos se halló el Sr. Gravina con sus xabeques acreditando su valor, y correspondiendo al concepto que justamente se habia adquirido con S. M. su Cuerpo y toda la Nacion.

(18) Desde el año de 1775, en que comenzó á servir de Guardia Marina, hasta el de 1791, en que se ajustó la paz con el Moro, quedando evacuada por nosotros la plaza de Oran; en estos 16 años es claro, por lo que refiere la oracion, y lo que añaden

estas notas (aun debe agregarse la famosa campaña de 40 navíos españoles sobre el canal de la Mancha en el año de 1790, quando la Corte Británica quiso disputar nuestros derechos en Nooha, en la qual mandó el navío S. Francisco de Paula), que no tuvo un momento de descanso, y que quizá no habrá en la Marina quien en tan corto tiempo ofrezca una hoja de servicios que le sea semejante.

(19) Esta fué la Real orden de S. M. en el año de 1792, para que en compañía del Capitan de Navío D. Joaquín Valdes viajase por el Norte á los fines que se expresan en la oracion, quando ya por premio de sus servicios en Oran se le habia promovido á Gefe de Esquadra.

(20) La actividad del Sr. Gravina en sus operaciones militares se halla contestada por quantos navegáron á su lado. Es opinion comun que nadie le excedia en zelo por el servicio; y aunque son muchos los hechos que la comprueban, merecen sin embargo la primera consideracion los tres que en la oracion se insinuan. Primero: rendido Mahon á nuestras armas, y despachadas por el General Crillon tres embarcaciones con esta noticia á Barcelona, destinó á los tres dias con el mismo objeto al Príncipe de Castelfranco, su Ayudante, en el xebaque S. Luis, del mando de Gravina, quien proponiéndose llegar el primero, lo consiguió dexando inútil la navegacion de los buques que le precedieron. Segundo: es bien notorio que en el año de 89 en setenta y nueve dias regresó á este puerto, de donde habia salido en la fragata Paz, despues de haber evacuado su comision en Cartagena de Indias, y deteniéndose algunos dias en la Havana, solo por hallarse en la coronacion de S. M. (Dios le guarde), como al partir se lo habia ofrecido. Tercero: por Diciembre de 1801 salió de Brest con una division española en union con los Franceses para la isla de Santo Domingo. Una grande averja de su navío Neptuno le hizo arribar al Ferrol, donde se detuvo para remediarla catorce dias. Otros tan-

tos le llevaba anticipados la esquadra en su navegacion; sin embargo emprendiendo una derrota poco usada, aunque no desconocida (es decir, por entré los dos golfos), á fuerza de zelo y de pericia y de no descansar, en que le acompañó gloriosamente su digno Mayor General Don Cayetano Valdes, obligó á la fortuna á que le siguiese mas allá de sus esperanzas, que fué llegar á Santo Domingo desde el Ferrol en diez y nueve dias, y uno antes que la esquadra Francesa, á quien llenó de admiracion su vista. En virtud de estos tres testimonios es necesario confesar la actividad calificada de tan digno General, cuyos servicios en esta última expedicion, y la admirable union que conservó con Francia quando la Inglaterra quiso invadir el puerto de Brest, lo hicieron acreedor á la Gran Cruz de la Orden Española de Carlos III.

(21) El armamento militar y marinerio del navío S. Hermenegildo, donde arboló su insignia en el Ferrol luego que regresó del Norte, es un panegirico del Sr. Gravina. Fué tal, que no solamente mereció á la Superioridad un decreto para que á su tenor se armasen en lo sucesivo todos los demas, pues *era la voluntad del Rey que sirviese de modelo*, sino que tambien ganó la admiracion de los Ingleses quando se unió con ellos delante de Tolon. Nadie puede despojar de este mérito á nuestro General; pero tampoco privará el Orador por su silencio á los Sres. D. Pedro Obregon y D. Tomas Ayalde del que contraxéron en esta misma operacion.

(22) La historia de Buonaparte, Emperador de los Franceses, que traduxo al castellano D. Pascual Velasco, refiere este suceso al fin de su capítulo primero; mas no por eso dexarémos de confesar que el mismo Emperador arrojó á los Españoles del importante puesto de Balaguer.

(23) Léase la Gazeta de Madrid del 15 de Octubre de 1793, donde está inserto el discurso de las Secciones de Tolon al General Gravina, y se registrarán no solo la corona de laurel que le ofre-

cieron por sus triunfos, sino los mas altos elogios de que allí se hizo digno su valor y virtud. Véanse sus diarios sobre esta empresa, que se hallan estampados en el Mercurio español al mes de Enero de 1794, y se verán aquellos sus importantes servicios, que le merecieron la dignidad de Teniente General.

(24) Este Mercurio que acabamos de citar, bien reflexionado, da una idea, aunque no muy clara, de todo lo acaecido en aquel célebre Consejo: al Orador no le es lícito añadirle mayor extension. Sin embargo baste saber que el Lord Hood, Almirante Ingles, cuyo dictámen, como el de otros, fué rebatido por el Señor Gravina, le dió despues las gracias á nombre de su Nacion por medio de Parker, su Mayor General; y asimismo el Caballero Eliot le pasó una carta honorífica, en la qual le decía: “Los papales ingleses harán saber á la Europa que á V. E. se le debe “que las esquadras y ejército salvado estén en este golfo (de “Hierres). Mientras tanto reciba V. E. las gracias de toda la Na- “cion Británica.” Con efecto, si la retirada de Tolon no se dispone tan pronto como la opinó y sostuvo el General Gravina, el ejército y esquadras coligadas caen en las manos de los enemigos.

(25) Tal elogio mereció á los Toloneses, como se lee en el discurso que le hicieron sus Secciones, y dexamos citado en otra nota.

(26) Rosas ciertamente no merece el nombre de plaza, pues sin tener otra cosa esencial que su puerto, aun no está anumerada en la última clase de villas fortificadas. Seria muy largo hacer su descripcion qual es en sí: mas para comprobar la estampada en este elogio, basta leer la Gaceta de Barcelona de 24 de Febrero de 1795, y exáminar el plano de su sitio, que en dicha ciudad fué abierto, publicado é impreso el mismo año. La primera intimacion que le hizo el general Jauret en 23 de Noviembre, y las dos posteriores de Perignon en las mañanas del 25 y 29, acompañando á la última la capitulacion de S. Fernando, y el decreto

de la Convencion sobre no dar quartel á los Españoles, fuéron contestadas de acuerdo entre nuestros Generales Gravina é Izquierdo en estos términos: “No entregaremos la plaza y su fortaleza sin dexar bien puesto el honor de las armas de nuestro “Soberano: y si S. Fernando se ha intimado y rendido á las in- “sinuaciones, nada imponen estas á la guarnicion de esta plaza, “que ha resuelto defenderse hasta el último extremo, y borrar la “mancha que aquella ha puesto á su Nacion.”

(27) Los diarios del General Gravina, que se hallan á la letra en los Mercurios españoles de Diciembre de 94 y Enero de 95, detallan pormenor estos sucesos horrorosos, á cuya descripcion no alcanza ciertamente la pintura que de ellos traza el Orador. Allí se voláron buques, unos naufragáron, desarboláron otros; y á pesar de estas desgracias, que ocasionáron ya el tiempo y ya los fuegos del enemigo, nada intimidó al General para continuar sus heroicas operaciones con teson.

(28) No se crea que esta expresion es hija del entusiasmo que acalorase al Orador para pronunciar una hipérbole atrevida. El Excmo. Sr. D. Josef Urrutia, General en gefe del Ejército de Cataluña, cuyo bien conocido carácter detestaba la lisonja, en su oficio, fecho en Gerona á 6 de Febrero de 95 para el Sr. Gravina, y que por órden superior de 23 del mismo se imprimió con otros para que sirviesen de testimonio al mérito del Ejército y Marina que se halló en aquella defensa, entre otras cosas dice lo que sigue: “El zelo de V. E., su amor al servicio del Rey, in- “teligencia y valor, han adquirido nuevo lustre con los esfuerzos “que ha hecho la esquadra en favor de la defensa de Rosas, muy “superiores á lo que podia haber en la imaginacion.”

(29) El Excmo. Sr. D. Domingo Izquierdo, Gobernador de Rosas, por su oficio al Excmo. Sr. Baylio Frey D. Antonio Valdes de 12 de Febrero de 95, se expresa en estos términos: “La guarnicion de la plaza de Rosas, cuya gloriosa defensa ha

“calificado y engrandecido la piedad del Rey con sus soberanas
 “aprobaciones, está tan persuadida de los poderosos auxilios que
 “en la serie de sucesos del dilatado sitio de setenta dias ha reci-
 “bido de la Esquadra, que reconoce no habrian sido bastantes
 “todos sus esfuerzos, si la constancia, zelo y teson de su Coman-
 “dante general D. Federico Gravina, Gefes, Ayudantes, &c. no
 “hubieran despreciado continuamente los peligros del fuego de los
 “enemigos que circundaban la playa, y arrostrado con una heroy-
 “cidad (acaso sin exemplo en la mar) el furioso contraste de los
 “temporales, con que se ha visto agitado el golfo de Rosas en
 “los meses de Diciembre y Enero últimos, resueltos todos á pe-
 “recer en él, ó por último recurso retirarse á la plaza (si la mar
 “no podia mantenerlos) á ser partícipes de la suerte que cupiese
 “á los sitiados.”

(30) La defensa de Rosas por su Gobernador D. Diego Caballero en el año de 1645 con 4000 hombres contra el sitio que le puso por Abril Mr. de Plesis, quien allí ganó el grado de Mariscal, y duró cincuenta y dos dias, fué bien gloriosa, segun la relacion que de ella hacen los Anales de Cataluña, que escribió Don Narciso Feliu de la Peña, al libro XX, cap. VIII. No lo fué tanto la hecha en 1693 contra el ejército sitiador del Mariscal Duque de Noalles, que empezando á batirla el 28 de Mayo, la hizo capitular en 9 de Junio. Mas la recien hecha por el Excmo. Gravina, desde luego es superior á todas, considerando no tanto el número de dias, quanto las dificultades gravísimas que superó en el espacio de setenta para sostenerla. No hablemos ya de las que ofrecia un golfo agitado, impidiéndole las operaciones navales, que eran tan necesarias: consideremos sí, que jamas se puso artillería sobre las alturas inaccesibles que dominan á Rosas hasta esta ocasion, en que el entusiasmo frances la colocó en mucho número, despreciando las nieves y todos los obstáculos para servir-la: reflexionemos que nunca fué rendido el castillo de la Trini-

dad, que le sirve de ciudadela, hasta esta época, en que teniendo abierta su brecha, era imposible sostenerlo, y en que se debió al zelo del Sr. Gravina salvar por una tronera toda su guarnicion, quando lo resistian á porfia la mar y el enemigo: despues de estas reflexiones no podremos ménos de convenir en que esta defensa, atendidas sus circunstancias, acaso no tenga semejante en la historia de las guerras de estos últimos siglos. Véase en confirmacion de lo histórico de esta nota, así el grande Diccionario de Moreri, como el Geográfico, traduccion de D. Juan de la Serna, en la palabra *Rosas*.

(31) Aunque prometimos en el exórdio no calificar como un héroe al Sr. Gravina, no por eso nos contradecimos ahora en este lugar, donde le damos tan honroso título. Allí dábamos á entender que no podia tributársele absolutamente, porque no á todas sus acciones militares era correspondiente este carácter; pero no siendo esto impedimento para que algunas lo hubiesen merecido, no hemos tenido reparo en expresarlo cuidadosamente en esta, donde tan justamente le es debido. Nuestro general Urrutia á los quarenta y dos dias del sitio de Rosas calificó su defensa con los epítetos de *gloriosa é inmortal*: viéndola el sitiador exclamó: *el pueblo español es el mas valeroso de todo el mundo*; y nuestra Corte en su oficio de 12 de Febrero de 95 dixo al Sr. Gravina que sabia recompensarle *hechos tan heroycos*; como se verificó prontamente dispensándole la llave de Gentil-hombre de Cámara de S. M. con ejercicio, y el sueldo de Teniente General empleado, y se lee en el Mercurio español del mismo mes y año.

(32) El papel titulado Carácter español, ú Elogio del valor inmortal de la guarnicion de la plaza de Rosas, que escribió y publicó en Barcelona el R. P. Fr. Sebastian de Jesus Nazareno, Religioso Trinitario Descalzo, hace perfectamente la amplificacion de estos triunfos á la página 47, donde se leen otras muchas reflexiones, que llenan de gloria al Sr. Gravina por tan heroyca defensa.

(33) Se dice de Gorgias en el libro II de los Macabeos al cap. VIII, v. 9, que era *un soldado de aliento y muy experimentado en las cosas de la guerra*; y no habrá quien repugne sea muy conveniente este elogio al mérito militar del Excmo. Sr. D. Josef Urrutia de quien se hace memoria en este lugar. Este digno Gefe comprueba la expresion de que en él ha usado el Orador; pues en su oficio al Excmo. Sr. Baylio Frey D. Antonio Valdes, fecho en Gerona á 14 de Febrero de 95, se explicó de esta manera: "Concluyo repitiendo á V. E. que me faltan voces para expresar mi admiracion al considerar el intrépido teson con que D. Federico Gravina ha mantenido el apostadero, á pesar de riesgos tan inminentes y tan continuos; y rogando á V. E. que así á este dignísimo General, como á sus subalternos &c."

(34) Aquí se hace mencion del bombardeo de Cádiz á principios de Julio de 97 y de la expedicion de la isla de Santo Domingo con la esquadra del Almirante Bruix, en cuyas empresas se distinguió el General Gravina; pero no siendo tales que merezcan cotejarse con la de Rosas, se tocan inmediatamente á esta como por insinuacion.

(35) La general estimacion del Sr. Gravina en Paris, y la especial que debió á S. M. I. y R. el gran Napoleon, es un hecho tan notorio en España y Francia, que seria una nimiedad el comprobarlo; mas si se quieren pruebas relativas al influxo que tenia en aquella Corte este dignísimo Embajador de la nuestra por sus bellísimas prendas y fiel política, nadie debe darlas mas sólidas que los Ingleses, pues á su mediacion merecieron (antes de sus últimas trayciones) el buen éxito de algunas negociaciones. La libertad del Capitan Mr. Wright, antes de su segunda prision, es un monumento brillante de esta verdad.

(36) Nadie ignora el trágico suceso de las quatro fragatas de S. M. C., cuya sorpresa, apresamiento y robo sobre el cabo de Santa María ha motivado nuestra presente guerra. Véase sobre ello el

manifiesto del Excmo. Sr. Generalísimo Príncipe de la Paz, publicado en la Gazeta de Madrid de 28 de Diciembre de 1804, y el discurso de Mr. Fox "Breve apelacion al honor y conciencia de la Nacion inglesa sobre la necesidad de una inmediata restitucion de las embarcaciones españolas con caudales," y aun se verá que dice poco el Orador, quando los Políticos Ingleses han dicho y escrito mucho mas sobre este horroroso atentado; pues hablando de él el referido Fox, dice entre otras cosas que "fué una injuria inaudita y sin exemplo en la memoria de las calamidades humanas." Este último discurso es la mas célebre apología por la fiel neutralidad que conservaba con el Gabinete Británico nuestra Nacion.

(37) Se sabe que quando S. M. nombró al Excmo. Gravina por su Embaxador en Paris, le otorgó su Real palabra de relevarlo de este encargo siempre que declarase posteriormente la guerra contra alguna Potencia maritima, en fuerza de habérselo así suplicado con el mayor encarecimiento y humildad, dando en ello la mas alta prueba de su patriotismo.

(38) El Almirante Villeneuf, quando vió unirsele tan prontamente el General Gravina con sus navíos, á pesar de no estar aun completo su armamento, le dixo estas palabras: "Vuestra salida, Almirante, vale mas que una victoria." Testigos fidedignos que las escucháron las han puesto en noticia del Orador.

(39) Para probar esta proposicion basta leer con reflexion el bien meditado oficio con que el Gefe de Esquadra (hoy Teniente General) D. Antonio de Escaño, Mayor General del Sr. Gravina, dió parte de esta salida y sus resultas al Excmo. Sr. Príncipe de la Paz, y se halla á la letra en la Gazeta de 5 de Noviembre de 1805. Mas si este documento no mereciese á los Políticos severos toda la estimacion á que es acreedor, acaso porque lo supongan hijo de una pluma parcial, que habla en defensa de su propia causa, lean en su confirmacion el discurso que S. M. I. y R.

hizo al Cuerpo Legislativo sobre este suceso, y se registra traducido al castellano literalmente en la Gazeta de Bayona de 14 de Marzo de 1806, con referencia á su original frances en el Monitor del 2 del mismo mes y año. Allí pues entre otras cosas se dice así: *Las tempestades nos han hecho perder algunos navíos en seguida de un combate dado sin prudencia. No puedo alabar bastante- mente la grandosza de alma y el apego que en aquellas circunstancias ha mostrado el Rey de España por la causa comun.* Cotéjese este discurso con el referido oficio del Sr. Escaño, y se verá que animados ambos de un mismo espíritu de justicia, prueban la proposición del Orador, aunque el estilo político con que se expresan sea tan diverso, como lo es la dignidad y situacion de sus autores.

(40) El Almirante Nelson al emprender el ataque repitió por tres veces la señal de batirse á toca-penoles, para que una extrema efusion de sangre decidiese á su favor la victoria. Así lo averiguó el Sr. Escaño, y lo comunicó á la Corte en 1 de Noviembre; por lo qual no solamente fueron indispensables los abordages que aquí se citan, sino necesaria tambien una mortandad excesiva, que horroriza á la humanidad.

(41) Esta expresion, á saber: *Todo se ha perdido, ménos el honor*, que casi á la letra resulta del ya citado oficio del Sr. Escaño, que la profirió en ocasion semejante Federico II, y que antes de él la habia usado al mismo intento Francisco I escribiendo á su madre el triste resultado de la batalla de Pavia, se halla confirmada por la relacion que hizo de este combate la Gazeta extraordinaria de Gibraltar, en la qual se dispensa á los Españoles todo el honor de que fué digno su valor.

(42) El especial afecto que debió el Sr. Gravina á S. M. I. y R. el gran Napoleon I no es solamente una verdad que testifican los Franceses, sino que la publican los ricos dones y magníficas alhajas con que lo honró la generosa amistad de este célebre Emperador.

(43) Pudieran alegarse muchos documentos justificativos del amor y buen concepto á que se hizo acreedor el Almirante Gravina entre los Franceses nuestros fieles amigos, y entre los Ingleses nuestros implacables contrarios; pero basten por todos los testimonios expresivos que han dado de ella durante su enfermedad y en su muerte. Aquellos tratando de su herida en el Diario del Imperio de 19 de Enero de 806 dicen que “no se determinó la amputacion de su brazo, aquel brazo de que supo usar tan bien para honor de nuestro pabellon, y exemplo de nuestra Marina.” Estos en la Crónica de Gibraltar del 15 de Marzo del presente año, sabida su muerte, dicen lo que copiamos: “Nos lamentamos al oír que el bizarro Almirante Gravina ha muerto: sus amigos se habian lisonjeado mucho tiempo con las esperanzas de su restablecimiento; pero desgraciadamente se frustraron. En él pierde la España el Oficial mas experimentado de su Armada, y uno, baxo cuyo mando sus esquadras, aunque á veces batidas, siempre combatian de tal modo que merecian los elogios de sus vencedores.” Podrá decirse que esta es una locucion política, pero ni estaban obligados á manifestarse tan recomendadores de Gravina por este orden, ni podemos dudar que tratándose de nuestros buenos Marineros, siempre han hecho justicia al mérito.

(44) Ademas de las expresiones con que el Sr. Generalísimo Príncipe de la Paz manifestó al Sr. Escaño, con fecha de 27 de Octubre, cuánto deseaba el Rey tener noticias de su alivio, como del de D. Federico Gravina, es evidente que no se interrumpió durante su larga enfermedad este cuidado, que correspondia al amor recíproco que mediaba entre sus Magestades y tan digno General. Puede asegurarse sin lisonja que fué uno de los Gefes mas estimados de la Corte y de toda la Nacion.

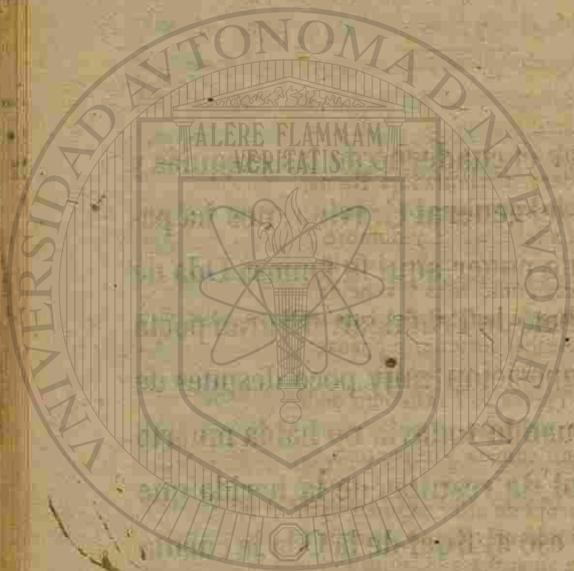
(45) Apénas se hizo saber al Excmo. Sr. Gravina que el Rey, premiando sus servicios, lo promovia á Capitan General, pre-

guntó por la clase de premio que se dispensaba á los Oficiales subalternos, tropa y marinería de su esquadra en aquella accion; y como se le instruyese de ello al tenor del Real Decreto que se lee en la Gazeta de 12 de Noviembre de 1805, contestó con una muy tierna y expresiva ingenuidad: "Mas me alegro del ascenso de los demas, y de la caridad que hace el Rey á favor de las viudas y los marineros, que del honor que me dispensa S. M." Esta respuesta, en la qual no tuvo lugar ciertamente el disimulo ú artificio, era muy propia así de su compasivo y generoso corazon, como del humilde concepto que tenia de sí mismo, y de las lágrimas con que lloró las desgracias de aquel sangrientísimo combate, en que el enemigo lo postró en el lecho de su dolor.

(46) El Excmo. Sr. D. Pedro Gravina, Arzobispo de Nicea, y Nuncio de S. S. en estos Reynos, hermano del difunto General, que se hallaba á la sazón en esta ciudad, usando de sus facultades apostólicas, permitió se erigiese un altar junto á la cama del enfermo para celebrar el santo sacrificio de la Misa, y administrarle en él la sagrada Comunión, algun tiempo despues de haber recibido públicamente el sagrado Viático.

(47) Nació el Excmo. Sr. D. Federico Gravina en 2 de Setiembre de 1756, y falleció en 9 de Marzo de 1806, á los cuarenta y nueve años, seis meses y siete dias de su edad.

Para completar el cuaderno de las exequias y oracion fúnebre del general Gravina, nos ha parecido conveniente poner aquí la famosa Oda de Quintana al combate de Trafalgar. El gran poeta escribió esta composicion muy poco despues de aquel desastre, cuando todavía no habia muerto el marino español de resultas de la herida que recibió en él. Por eso al final de la Oda le cuenta entre los valientes que eran todavía la esperanza de la patria.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE B

AL COMBATE DE TRAFALGAR.

No da con fácil mano
El destino á los héroes y naciones
Gloria y poder: la triunfadora Roma,
Aquella á cuyo imperio
Se rindió en silenciosa servidumbre
Obediente y postrado un hemisferio;
¿Cuántas veces gimió rota y vencida
Antes de alzarse á tan excelsa cumbre!
Vedla ante Anibal sostenerse apénas:
Sangre itálica inunda las arenas
Del Tesin, Trebia y Trasimeno ondoso;
Y las madres romanas,
Como infausto cometa y espantoso,
Ven acercarse al vencedor de Canas.
¿Quién le arrojó de allí? ¿Quién hácia el sólio,
Que Dido fundó un tiempo, sacudia
La nube que amagaba al Capitolio?
¿Quién con funesto estrago
En los campos de Zama el cetro rompe
Con que leyes dió al mar la gran Cartago?

La constancia: ella sola es el escudo
Donde el cuchillo agudo
La adversidad embota; ella convierte
En deleite el dolor, la ruina en gloria;
Ella fija el dudoso torbellino
De la fortuna, y manda la victoria;
Para el pueblo magnánimo no hay suerte.
¡Oh España! ¡Oh patria! el luto que te cubre,
Muestre en tan grave afán tu amarga pena;
Pero espera también, y con sublime

Frente de vil abatimiento agena,
 La alta Gades contempla y sus murallas
 Besadas por las olas,
 Que asombradas aun y enrojecidas
 Tiendense allí por las sonantes playas,
 Cantando las hazañas españolas.

Se alzó el Breton en el soberbio alcázar
 Que corona su indómito navío;
 Y ufano con su gloria y poderío,
 «Allí están, exclamó; volved los ojos,
 Compañeros, allí: nuevos despojos
 Ya vuestra invicta mano
 Va á conseguir en los endeblés pinos
 Que España apresta á su defensa en vano.
 Libre de esclavitud no sea ninguno:
 Hijos somos nosotros de Neptuno,
 Y ellos osan surcar el Océano?
 Acordaos de Abukir: solo un momento
 Llegar, vencer y devorarlos sea;
 Dadme este triunfo, y de laurel ceñido
 Que el opulento Támesis me vea.»

Dijo, y tiende la vela: ellos le siguen,
 Abriendo el mar con sus nadantes proras
 Del viento y de las ondas vencedoras:
 Mientras que firme el Español los mira,
 Y despreciando su arrogancia fiera,
 El noble pecho palpitando en ira,
 Con impávida frente los espera.
 ¡Ira justa! ¡ardor santo! Esos crueles,
 Bajo las alas de la paz seguros,
 Son los que nuestra sangre derramaron,
 Por vil codicia á la amistad perjuros:
 Esos los que á perpetua tiranía
 Condenaron el mar, los que hermanaron
 Del poder la insolencia y la soberbia
 Con la rapacidad y alevosía:
 Esos... La noche con su negro manto
 Envuelve el mundo; sombras espantosas
 En torno de los mástiles vagando,
 Estragos, muerte anuncian, y acrecientan

La payorosa espectacion: el día
 Abre el campo al furor, y horrendo Marte
 Con clamores de guerra hinche la esfera,
 Y levanta en los aires su estandarte.

Responde á esta señal el hueco bronce
 Con mortal estampido, el eco truena,
 Y por el mar llevándose bramando
 Hasta en las costas de Africa resuena.
 Vuelan movidas de rencor las naves
 Con naves á encontrar: menos violentas
 Despide el polo austral sierras de yelo,
 Que con su mole inmensa y resonante
 Por las fáciles ondas se deslizan,
 Y al audaz navegante atemorizan:
 Ni con estruendo igual turban el cielo
 Las negras tempestades,
 Cuando por Boreas y Euro embravecidas
 Á su furiosa guerra y duro encuentro
 Hacen del orbe estremecerse el centro.

Tres veces fiero el insular se avanza,
 Creyendo en su pujanza
 Romper de nuestra escuadra el fuerte muro:
 Tres veces rechazado
 Por el hispano esfuerzo, ya dudosa
 Vé la victoria que esperó seguro.
 ¿Quién su despecho pintará y su saña
 Cuando aquel pabellon ántes tan fiero
 Miró invencible al pabellon de España?
 No hay saber, no hay valor, solo ya fía
 Su fortuna al poder: dobla sus naves,
 Y las redobla, en desigual pelea,
 De popa á proa, en uno y otro lado
 Cada español navío
 De mil rayos y mil es contrastado;
 Y él, con igual aliento
 Que recibe la muerte, así la envía.
 No, si cien veces yo, si lenguas ciento
 Me diese el cielo, á numerar bastára
 Las ínclitas hazañas de aquel día:
 El humo al sol se las robaba entonces,

Pero la fama las dirá en su trompa,
Las artes en sus mármoles y bronce.

Llega el momento en fin, tiende la muerte
Su mano horrible y pálida, y señala
Víctimas grandes: el valiente Alcedo,
Castaños, Móyua, intrépidos perecen;
Vosotros dos también, honor eterno
De Bética y Guipuzcoa *.... ¡Ah! si el destino
Supiese perdonar! ¿Cómo á aplacarle
La oliva no bastó que unió Minerva
Á los lauros de Marte en vuestra frente?
¿Qué á vuestra ilustre indagadora mente
Pudo ocultar el mundo ó las estrellas?
De vuestras sabias huellas
Llenos están de América los mares,
Las Cícladas lo están: viuda la patria
De tantos héroes que enlutada llora,
Pide á su corazón lágrimas nuevas,
Que á vuestro acerbo fin derrame ahora.
¡Ah! viviérais los dos, y en vez del llanto,
Del dolorido canto,
Que mi fúnebre acento hoy os consagra,
Pudiera yo contraponer el pecho
Al golpe atroz y recibir la herida:
Diera á la patria así mi inútil vida,
Y viviérais los dos! Y ella orgullosa
Con vuestra luz y espíritu valiente
Al árduo porvenir hiciera frente,
De rayos coronada y victoriosa.
No empero sin venganza y sin estrago,
Generoso escuadrón, allí caiste:
También brotando á ríos
La sangre inglesa inunda sus navíos;
También Albion pasmada
Los montes de cadáveres contempla,
Horrendo peso á su soberbia armada;
También Nelson allí.... Terrible sombra,
No esperes, no, cuando mi voz te nombra,
Que vil insulte á tu postrer suspiro:

* D. Dionisio Alcalá Galiano y D. Cosme Churrucá.

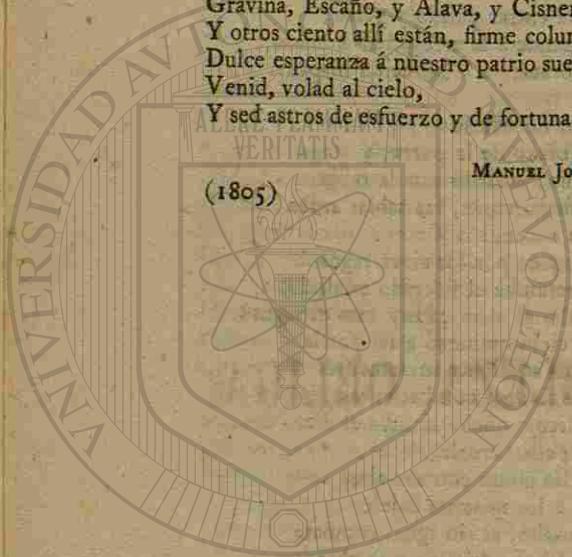
Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.
¡Oh golpe! ¡oh suerte! El Támesis aguarda
De las naves cautivas
El confuso tropel, y ya en idea
Goza el aplauso y los sonoros vivas
Que al vencedor se dan. ¡Oh suerte! El puerto
Solo le verá entrar pálido y yerto;
Ejemplo grande á la arrogancia humana,
Digno holocausto á la aflicción hispana.

Así el furor de Marte
Impele el brazo de la parca, y siega
Vidas sin fin: lanzado por la rabia
Cunde el fuego voraz, las tablas arden;
Un volcan encendido
Es cada buque; por los aires vagos
Se alza y retumba el hórrido estallido,
Y los sepulta el mar. ¿Hay mas estragos?
Sí, que el cielo ominoso á tal porfía
Manda á los aquilones inclementes
Separar los feroces combatientes,
Y en borrascosa noche hundir el día.
Lo manda; ellos crueles,
Azotando las ondas con sus alas,
Se arrojan á los míseros bajeles.
Al nuevo asalto, al sin igual combate
Fallece el árbol trémulo, y se abate;
Hiéndose la armazón, el Océano
Por el roto entrepuente entra bramando;
Y muribundo el Español exclama:
«¡Ah! ¡pereciere yo, pero lidiando!»

En tan atroz conflicto
Allá en las nubes la gloriosa frente
Asomaban los fuertes campeones,
Que armados del tridente y del acero
Al pabellón Ibero
Hicieron humillarse las naciones.
Lauria y Tovar se vian,
Avilés y Bazán, que saludando
Á los héroes de Hesperia que morían;
«Venid entre nosotros, les decían;

Venid entre los bravos que imitásteis.
 Ya el premio hermoso del valor ganásteis :
 Ya á vuestro ejemplo de constancia armada
 España, concitando sus guerreros,
 Magnánima se apresta á nuevas lides:
 Volved la vista á la ciudad de Alcides:
 Gravina, Esgaño, y Alava, y Cisneros,
 Y otros ciento allí están, firme coluna,
 Dulce esperanza á nuestro patrio suelo :
 Venid, volad al cielo,
 Y sed astros de esfuerzo y de fortuna. »

MANUEL JOSEF QUINTANA.



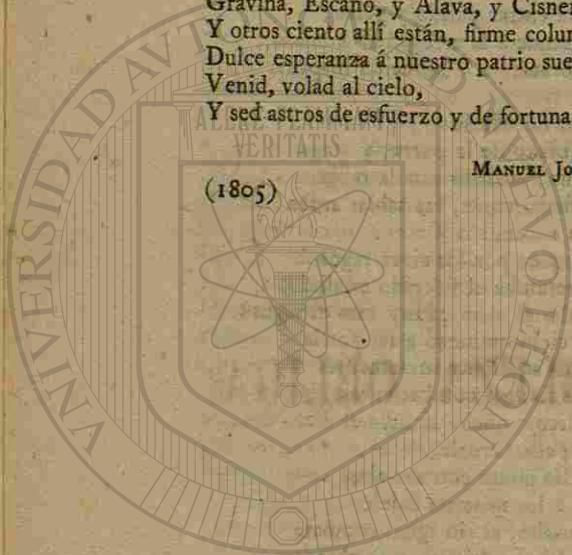
NOBLEZA OBLIGA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Venid entre los bravos que imitásteis.
 Ya el premio hermoso del valor ganásteis :
 Ya á vuestro ejemplo de constancia armada
 España, concitando sus guerreros,
 Magnánima se apresta á nuevas lides:
 Volved la vista á la ciudad de Alcides:
 Gravina, Esgaño, y Alava, y Cisneros,
 Y otros ciento allí están, firme coluna,
 Dulce esperanza á nuestro patrio suelo :
 Venid, volad al cielo,
 Y sed astros de esfuerzo y de fortuna. »

MANUEL JOSEF QUINTANA.



NOBLEZA OBLIGA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NOBLEZA OBLIGA

DRAMA ORIGINAL

POR D. M. DOMINGUEZ DE GIRONELLA,

REPRESENTADO CON BRILLANTE ÉCSITO

EN EL

GRAN TEATRO DE TACON



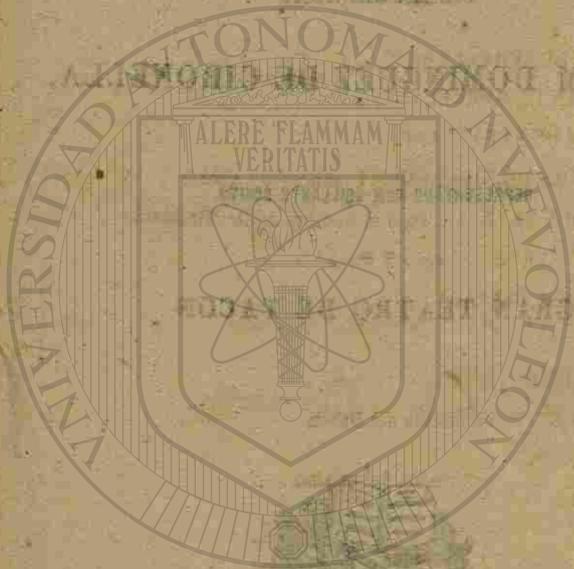
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

IMPRENTA DE F. DIAZ DE LEÓN Y S. WHITE
BAJOS DE SAN AGUSTIN NUM. 1.

1868



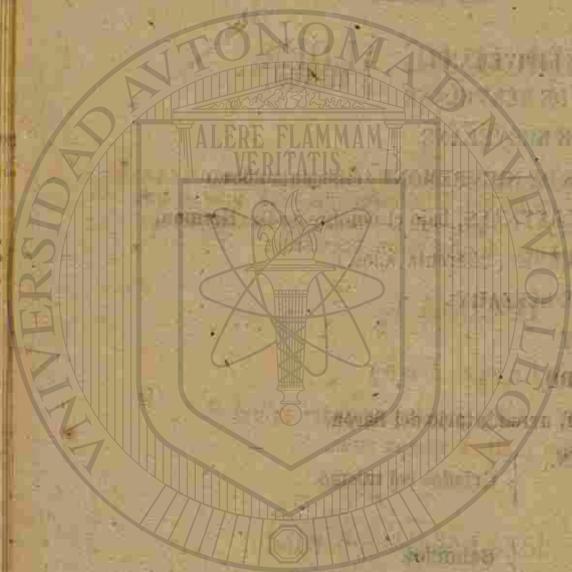
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PERSONAJES.

ALIZA DE KERVELANE. } hijos del
TRISTAN DE KERVELANE. }
BARON DE KERVELANE.
MARQUES DE NIEVREMONT (cincuenta años.)
ENRIQUE REYNALS, bajo el nombre de Dr. Herman.
EL Dr. GERVÉ. (cuarenta años.)
EL CONDE BLEZARY.
Sr. COURT.
Sr. BOFORD.
MONFORT, arrendatario del Baron.
VALENTIN. } Criados del mismo.
IVONE. }
MURF. } Bandidos.
FORT. }
GONORA. (tabernera.)
UN DESCONOCIDO.
CRIADOS DEL MARQUES DE NIEVREMONT.

La escena pasa, el primero y segundo cuadros en Bretaña, provincia de Francia; los otros dos en Paris.



CUADRO PRIMERO.

EL MÉDICO DE ALDEA.

La escena figura una taberna situada á la entrada de un bosque; en el fondo una puerta casi arruinada; á la izquierda otra puerta que conduce á lo interior de la choza; algunas mesas sucias con jarros y vasos; supónese ser deshoras de una noche borrascosa.

ESCENA I.

MURF Y FORT,

armados con puñal y pistolas, sentados en un banco junto á alguna mesa.

Murf. No viene.

Fort. La tempestad le habrá acobardado.

Murf. La suma que nos ha prometido me hace sospechar es empresa difícil. ¿Á qué atribuir su tardanza?

Fort. No te impacientes; esperemos.

Murf. Hace ya una hora que debería estar aquí. ®

Fort. No debe tardar.

Murf. Si es que viene.

Fort. Hasta cuándo durarán tus recelos?

Murf. No olvides que no le conocemos, y el misterio con que nos trata.....

Fort. Pues que, ¿quisieras que viniera á hacernos la relacion de sus nombres y designios, y á mostrarnos su fe de bautismo? Si no nos necesitara no hubiera venido á buscarnos.

Murf. No digo lo contrario; pero por qué no ha respondido á las preguntas que le hemos hecho? nos oculta su nombre y tambien lo que tenemos que ejecutar.

Fort. Seguramente desconfiará de nuestra reserva.

Murf. Es obrar con muy poca franqueza.

Fort. Olvida esto, y no pienses mas que en los mil escudos que nos ha ofrecido.

Murf. Ofrecido!....

Fort. Y cumplirá su palabra: te repito que nos necesita; está seguro de que vendrá. Échame un trago.

(Murf llena de vino los vasos y beben.)

ESCENA II.

LOS MISMOS Y GONORA.

Gon. Vaya, camaradas! ¿Cuándo pensais tomar el portante? Solo habeis bebido un jarro de vino y hace ya dos horas que os halláis aquí.

Fort. Y qué te importa esto?

Gon. Es que ya es muy tarde y quiero cerrar mi taberna.

Fort. ¿Cerrar la taberna? ¿No ves que esa puerta, á pesar tuyo, da siempre paso á todo el que quiera entrar y salir?

Gon. Seguramente no iré á buscaros para hacer otra.

Murf. Vamos, no es menester tomar las cosas tan á pechos; la gente se entiende hablando: venga otro jarro de vino; esperamos aquí á un individuo; tan luego como llegue desocuparemos el lugar.

Gon. En hora buena.

(Vuelve con el jarro lleno de vino y se marcha.)

ESCENA III.

MURF Y FORT.

Murf. Por vida de... Hacernos esperar aquí como á dos mastines.

(Impaciente.)

Fort. Calma, amigo Murf, calma; harto remunerados quedaremos con los mil escudos que debe pagarnos.

Murf. Será sin duda alguna un negocio muy árduo.

Fort. Quien nada tiene, nada pierde.

Murf. Vaya otro trago.

(Beben, se oyen algunas pisadas.)

Silencio!.... me parece que oigo las pisadas de alguno....

(Dirijese á la puerta.)

La noche está tan oscura como la mansion del diablo.... nada descubro, pero álguien se acerca.

Fort. Será nuestro hombre sin duda.

Murf. Voy á saberlo.

(Da un agudo silbido; otro silbido responde á esta señal.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS

y un desconocido que debe salir embozado en una capa.

Desc. Ah! pláceme ver cuán exactos habeis sido á la cita.

Murf. Sí; tan exactos que hace ya una hora que os estamos esperando.

Desc. Acechaba un momento favorable; sin la prudencia nada se alcanza.

Fort. Está todo dispuesto?

Desc. Nada teneis que temer.

Fort. Por lo que pueda sobrevenir, estamos armados.

(Mostrando las armas.)

Desc. Es inútil; supongo que no habréis olvidado nuestro convenio; ni una palabra; ni una sola pregunta: mas adelante os diré lo que debeis hacer. Obedeced ciegamente mis órdenes solo por algunas horas, y obtendréis la cantidad ofrecida.

Murf. No hablemos mas; andemos.... Ah! á propósito; es menester pagar á la tabernera dos jarros de vino; anticipadnos algun dinero, camarada.

Desc. Os he hecho esperar; justo es que yo pague la tardanza.

(Echando una moneda sobre la mesa.)

Seria peligroso que nos encontráran juntos: tres hombres á deshoras de la noche y siguiendo el mismo camino, podrian despertar sospechas, yno hay necesidad de ello. Pronto hallaremos tres senderos que conducen á un mismo punto: vosotros tomaréis cada uno por una de las veredas; os encargo sobre todo el mayor sigilo.

(Fort coge el dinero, va á pagar á la tabernera y sale al momento.)

Murf. El punto de reunion?

Desc. El lugar á que conducen los tres caminos.

Murf. Pero no podemos saber adónde nos conducis?

Desc. Qué os importa?

Murf. Es que es hora ya de que sepamos la comision que debemos desempeñar.

Desc. Imprudente: Habeis olvidado vuestro compromiso? Admitis, ó no?

Murf. Antes debeis decirnos el peligro que corremos.

Desc. El de ganar mil escudos.

Fort. Decis bien; nosotros nada debemos saber; guardad vuestro secreto.

Desc. Menguados!..... Voy á satisfacer vuestra impertinente curiosidad.

(Con misterio.)

Hallábame al servicio del marques Rodolfo de Nievremont, cuando se sublevó en toda la Francia el pueblo en masa contra las riquezas y los títulos. Rodolfo, que nadaba en la opulencia y era marques, apeló á la fuga para libertarse del furor de sus perseguidores. Despojado de todos sus bienes por los insurrectos, pudo salvar en una arquilla un tesoro, que en los momentos de peligro confió á su mas íntimo amigo el baron de Kervelane. La insurreccion igualó al señor con el criado: la arquilla pasó por mis manos y, aunque cerrada, me fué fácil proveerme de esta llave, seguro de que algun día me haría dueño del tesoro que el baron depositó en mi presencia en un mueble que conozco muy bien.

(Les enseña una llavecita.)

Llegó el momento. Os encargo de nuevo la mayor reserva; sedme fieles y os entregaré lo ofrecido cuando tengamos en nuestro poder el tesoro de mi difunto Sr. Rodolfo de

Nievremont y salgamos del castillo de los Herbiers, término de nuestra escursion.

Murf. Cracias á Dios que algo habeis desembuchado; con que manos á la obra.

Desc. Vamos allá.

ESCENA V.

EL DR. GERVÉ, con espuelas y un látigo en la mano
y MONFOT,

Gervé. Maldita jaca! ni las espuelas ni el látigo pueden sacarla de su paso normal. Tenemos aun mucho que andar?

Monf. Algunas dos leguas.

Gervé. Llamando. Hola! *sale Gonora.* Podréis proporcionarnos algun refrigerio?

Gon. Voy allá, señor. *Gonora se lleva el jarro, vuelve con una botella de vino y dos vasos que deja en la mesa, y se marcha.*

Gervé. Despues de haber llenado los vasos. Tomad, amigo; vamos á dar calor al estómago. *Beben.* Y cómo se llama el castillo?

Monf. De los Herbiers; dista doce leguas de la aldea en que os hallais establecido; á la fama de vuestras milagrosas curas os han mandado á buscar para asistir á la muy alta y poderosa Aliza de Kervelane, jóven de diez

y ocho años, hija de un Baron, hombre ya anciano, señor del dominio de los Herbiers.

Gervé. Siendo tan joven, no hay que temer.

Monf. Ah! Sr. Doctor, recelo que toda vuestra ciencia será inútil.... es tan desdichada!... sufre tanto!.... Apénas llegue el mes de Setiembre, creo que no nos quedará de ella mas que un cadáver.

Gervé. Vaya; no hay que perder las esperanzas; de aquí á Setiembre tiempo nos queda para fortalecer esa tierna planta; muchas he visto yo que despues de haberse hallado al borde del sepulcro, han vuelto á aparecer en el mundo mas llenas de vida que ántes de su enfermedad; nunca debe uno perder la confianza, amigo mio.

Monf. Quiera Dios que salgan cumplidos vuestros deseos!

Gervé. Y os halláis vos al servicio del Sr. Baron?

Monf. No señor; soy arrendatario suyo; pero la proteccion que de tiempo inmemorial los Sres. de los Herbiers han dispensado á mi familia, me constituye en un fiel servidor del Sr. de Kervelane, dueño del castillo de los Herbiers; de ese pobre castillo que ha sobrevivido á los días de su esplendor; ha rodado de generacion en generacion como una carga tanto mas pesada, conforme ha adelanta-

do la familia en la escala social; y á medida que ha pasado de heredero en heredero, ha ido derrumbándose paulatinamente, quedando reducido solo á un recuerdo de orgullo y de fortuna: sin embargo, su actual poseedor lo ama con toda la efusion de su alma, la cual es noble, arrogante en la pobreza, orgullosa ante su blason, y fiel al recuerdo de lo pasado: es uno de aquellos nobles que abrigan en su alma esta antigua divisa: «La Nobleza obliga.»

Gervé. Decis bien; la verdadera nobleza es la que dimana del corazon.... con que, si os parece, vamos á seguir nuestro camino.... *Ullamando.* Hola.... *sale Gonora*,... *Tomad*.... *dándole una moneda*.... *Hasta la vuelta*.... *á Monfort*,... *Vamos. Gonora recog e lo que hay en la mesa y se retira.*

MUTACION.

La escena representa una habitacion del castillo de los Herbiers: una puerta en el fondo, al lado una ventana que da á un jardin; una puerta á la derecha y otra á la izquierda; un armario; una mesa con libros y recado de escribir; algunas sillas; un sofá; todo de elegante hechura, pero muy viejo; algunos cuadros que representan los abuelos del baron de Kervelane.

ESCENA VI.

VALENTIN É IVONE *limpiando las sillas y demás.*

Val. Mucho tarda el médico.

Ivone. La noche ha sido tan borrascosa que no es de extrañar.

Val. El Sr. Baron le está aguardando con mucha impaciencia.

Ivone. Y la señorita Aliza está ya al corriente de la visita que va á recibir?

Val. Nada se le ha dicho.

Ivone. Pues han hecho muy mal; podrá sobresaltarse y...

Val. Cuando el Sr. Baron lo ha dispuesto así... *se oye tocar una campanilla. Calla!... hélo ya aquí... voy á abrir... Ivone entra por la izquierda suponiendo va á avisar al Baron.*

ESCENA VII.

EL DR. GERVÉ Y VALENTIN.

Val. *Acercándole una silla que coloca en medio del escenario. Tened la bondad de sentaros interin voy á avisar al Sr. Baron. El Dr. Gervé, despues de haber dejado el sombrero en una silla, se sienta.*

ESCENA VIII.

EL BARON DE KERVELANE Y EL DR. GERVÉ
que se levanta y saluda respetuosamente al Baron.

Baron. Tengo el honor de hablar al Dr. Gervé?

Gervé. Que está á vuestras órdenes.

Baron. *Cogiendo una silla y colocándola al lado de la del doctor Gervé. Sentaos, doctor: se sientan;* antes de que veais la enferma, debo poner os al cabo de algunos detalles que tal vez podrán daros alguna luz acerca de la enfermedad de mi hija; prestadme toda vuestra atencion. Hace veinte años, doctor, me desposé con una jóven que Dios no habia destinado á permanecer largo tiempo en la tierra.... Ah! yo no lo ignoraba, y sin embargo, la hice mi esposa; la amaba entrañablemente; queria prodigarle mis cuidados y consagrarle todo mi amor durante el tiempo que Dios la dejara vivir; ademas, yo era jóven y no dudaba que mi ternura podria hacer milagros; en efecto, la enfermedad de pecho que debia conducirla al sepulcro, se desvanecia al parecer bajo la poderosa influencia de la felicidad. Creí que Sara habia resucitado: nuestros hermosos hijos nos prodigaban á com-

petencia sus infantiles cariños; un niño de compleción robusta y lleno de vida, y dos niñas gemelas que parecidas á su madre, mostraban en la palidez de su rostro adolecer de la aguda enfermedad que tanto hacia sufrir á la que les habia dado el sér... *conmovido*. Sara!.... Sara!.... el ángel de esta mansion! ... la mujer idolatrada! ... llegó á cumplir veinticinco años.... *con resignacion*.... despues, sin esfuerzo y sin lucha murió resignada, pero con el corazon lleno de tristeza al contemplar á sus hijos que no debia volver á ver.... *muy pesaroso*... Lloró, pobre mujer, la vida que perdia.

Ivone. Entra corriendo. Señor Baron: Valentin ha visto desde la torre, á la entrada del valle, algunos caballos de posta; el caballero de que me habeis hablado, pronto estará aquí.

Baron. Bien; déjanos solos. *Ivone se va.* Concluyo, doctor... Los tres hijos que me quedaron me imponian sagrados deberes, y no ignorais que el cumplimiento del deber es el consuelo de la desgracia. Mi hijo crecia visiblemente; su naturaleza fuerte y varonil le daba aquel vigor corporal que tan raras veces se halla unido á la energía del alma; pero mis hijas!.... *conmovido*, dulces imágenes de su madre, dos flores semejantes, sin savia y

sin color, tuvieron una penosa infancia; padecian los mismos achaques, los mismos desfallecimientos; una misma enfermedad marchitaba á un tiempo mismo aquellas dos tiernas cabezas. Pasaba dias llenos de angustias y noches sin sueño. En vano quise libertarlas del incesorable mal que minaba su existencia, llegaron á cumplir quince años.... *sumamente afligido*.... Entónces, doctor... entónces... una de ellas murió, abrazando tiernamente á la que le sobrevivía, y dirigiéndole estas tristes palabras: «Allí arriba te espero, hermana querida,» *asiendo convulsivamente la mano del Dr. Gervé*... Doctor!.... teneis hijos?

Gervé. *Muy conmovido.* Una, señor.... tengo tambien una hija.

Baron. Ah! por vuestra misma hija, salvad á la mia. Voy á llamarla, *llamando*.... Aliza!... Aliza!...

Aliza. *Desde el jardín.* Padre mio!

Baron. Venid, doctor: *le conduce á la ventana que da al jardín.* La veis en el bosquecillo?... la veis?... su dolencia le hace amar la soledad; pasa horas enteras en medio de las flores, sentada en la yerba y sepultada en una continua distraccion. Aliza tiene diez y ocho años; sin ser demasiado bella, su aspecto es encantador; aunque delicada como un niño, tiene

la penetrante imaginacion de una mujer: al parecer el alma se ha anticipado al cuerpo, que es demasiado débil para encerrar los tesoros que aquella contiene; su rostro es de una palidez inanimada; sus penetrantes ojos hacen resaltar el alabastro de su tez; algunas veces hay en su vista una espresion tan profunda, que no sé á qué comparar el hechizo de aquella cabeza decadente, blanca, pensativa, llena de inteligencia y alma.

ESCENA IX.

LOS MISMOS Y ALIZA con unas flores en la mano, pálida, distraída.

Aliza. Qué quereis, padre mio?

Baron. *Le besa la frente.* Hija mia, por qué pasas así los días enteros sumida en la inaccion y tristeza? Por qué no te ocupas en algo?

Aliza. Sí. . . . decis bien. . . . dadme un libro. . . . voy á leer.

Baron. No ignoras que tu continua melancolía y mortal palidez me tienen siempre en el mayor sobresalto: el Dr. Gervé, que ves presente, logrará, creo, destruir el mal cuya tenacidad ha frustrado hasta ahora todos mis desvelos; siéntate aquí, querida Aliza. *Se sienta en la silla que ocupaba el Baron.*

Aliza. *(ap.)* Hasta cuándo! . . .

Baron. Y bien, qué os parece doctor?

Gervé. Esperad: *pulsa á Aliza y queda como contando las pulsaciones; despues aplica el oido á la espalda de la jóven que está como emblesada desbojando una flor; el Baron fija la vista en el semblante del doctor.*

Baron. *Sobresaltado, al doctor, en voz baja.* Y bien, doctor. . . . y bien, qué decis?

Gervé. *Á media voz.* Por ahora nada hay que temer; la enfermedad se halla en buen camino. Dios ha permitido que vuestra mujer é hija, cuya pérdida tanto habeis llorado, llevasen consigo el gérmen del mal que las ha conducido al sepulcro.

Baron. Vuestras palabras derraman en mi corazon ulcerado un bálsamo benéfico. *El doctor se acerca de nuevo á Aliza, la pulsa otra vez y luego queda como meditabundo.* *En voz baja á Gervé; con sobresalto* En qué pensais?

Gervé. Oh! en nada. . . . en nada, Sr. Baron; solo necesito ecsaminar aún; ver mas tiempo. . . . su organizacion es sumamente delicada. . . . es necesario reflexionar. . . . buscar las causas. . . . la receta debe ser hija del mas escrupuloso ecsámen.

Ivone. *Entra precipitadamente.* Ya está aquí. . . . ya

está aquí... venid pronto. El coche ha entrado en el patio.

Baron. Me permitireis, doctor, que salga al encuentro de ese huésped, con el cual tengo que tratar de un negocio muy importante; es un forastero que viene á pasar algunos dias en este castillo.

Gervé. Haced lo que gustéis, señor: solo os suplico me dejeis permanecer por algunos instantes mas al lado de vuestra hija.

Baron. Como querais.

ESCENA X.

EL DR. GERVÉ Y ALIZA que permanece distraida y sentada.

Gervé. *Aparte, contemplándola.* Cuánta debilidad!... Cuánta tristeza! *se acerca á Aliza....* Tengo una hija de vuestra edad, señorita, víctima de la misma dolencia; pero lo que mas me desconsuela es la indiferencia con que mira su mal; no habla de él á nadie, sufre en secreto, mientras que su enfermedad la va aniquilando todos los dias.

Aliza. *Sin mirar al doctor....* Ah!

Gervé. No estrañaré que criada en el campo eche ménos los placeres que brindan las ciuda-

des, los bailes, los espectáculos, el fausto; debe vivir en una atmósfera de fastidio. *Aliza sigue cogiendo cabizbaja deshojando las flores sin mirar al doctor....* Solo me queda una esperanza; voy á casarla. Ama apasionadamente á un joven tan enamorado y bello como ella. Quizá esas dos criaturas, una vez unidas, hallarán la alegría y la felicidad.... Se aman tanto!... *A estas últimas palabras Aliza levanta súbitamente la cabeza; deja caer las flores que tiene en la mano y fija su vista en el Dr. Gervé.* Al notar el efecto que han producido en Aliza sus últimas palabras, cambiando bruscamente de tono: Señorita, es ya algo tarde, y debemos ir á reunirnos con vuestro padre.

Aliza. Aquí viene con un caballero. *Indicando una puerta lateral,* Dejadme ir por un momento al jardín. *Se va por la puerta del fondo.*

ESCENA XI.

EL DR. GERVÉ, EL BARON Y EL MARQUES DE NIEVREMONT.

Baron. *A Nievremont.* Me cabe la satisfacción de presentaros al Dr. Gervé, hombre de grandes conocimientos en la medicina.

Gervé. *Saludando á Nievremont.* El deseo de corres-

está aquí... venid pronto. El coche ha entrado en el patio.

Baron. Me permitireis, doctor, que salga al encuentro de ese huésped, con el cual tengo que tratar de un negocio muy importante; es un forastero que viene á pasar algunos dias en este castillo.

Gervé. Haced lo que gustéis, señor: solo os suplico me dejéis permanecer por algunos instantes mas al lado de vuestra hija.

Baron. Como queráis.

ESCENA X.

EL DR. GERVÉ Y ALIZA que permanece distraida y sentada.

Gervé. *Aparte, contemplándola.* Cuánta debilidad!... Cuánta tristeza! *se acerca á Aliza....* Tengo una hija de vuestra edad, señorita, víctima de la misma dolencia; pero lo que mas me desconsuela es la indiferencia con que mira su mal; no habla de él á nadie, sufre en secreto, mientras que su enfermedad la va aniquilando todos los dias.

Aliza. *Sin mirar al doctor....* Ah!

Gervé. No estrañaré que criada en el campo eche ménos los placeres que brindan las ciuda-

des, los bailes, los espectáculos, el fausto; debe vivir en una atmósfera de fastidio. *Aliza sigue cogiendo cabizbaja deshojando las flores sin mirar al doctor....* Solo me queda una esperanza; voy á casarla. Ama apasionadamente á un joven tan enamorado y bello como ella. Quizá esas dos criaturas, una vez unidas, hallarán la alegría y la felicidad.... Se aman tanto!... *A estas últimas palabras Aliza levanta súbitamente la cabeza; deja caer las flores que tiene en la mano y fija su vista en el Dr. Gervé.* Al notar el efecto que han producido en Aliza sus últimas palabras, cambiando bruscamente de tono: Señorita, es ya algo tarde, y debemos ir á reunirnos con vuestro padre.

Aliza. Aquí viene con un caballero. *Indicando una puerta lateral,* Dejadme ir por un momento al jardín. *Se va por la puerta del fondo.*

ESCENA XI.

EL DR. GERVÉ, EL BARON Y EL MARQUES DE NIEVREMONT.

Baron. *A Nievremont.* Me cabe la satisfacción de presentaros al Dr. Gervé, hombre de grandes conocimientos en la medicina.

Gervé. *Saludando á Nievremont.* El deseo de corres-

ponder á sus bondades, mas que otra cosa, me constituye obligado á servir con mis pobres lucés al Sr. Barón y á todos sus amigos.

Niev. Admito gustoso vuestra franca oferta, y despues de descansar de las fatigas del viaje, espero tendremos ocasion de estrechar esta amistad que ha principiado bajo tan buenos auspicios.

Baron. Habeis hablado á mi hija, doctor?

Gervé. Sí señor; y creo que con grandes precauciones será fácil restablecer esa juventud algo aniquilada: no obstante, quisiera me permitiérais haceros algunas observaciones.

Niev. Señor Barón, ruegoos dejeis que me retire al cuarto que me habeis hecho preparar.

Baron. Me permitireis que os conduzca á él.

ESCENA XII.

EL DOCTOR GERVÉ.

Gervé. *Sentado.* Serán infundadas mis sospechas!... Saldrán fallidos mis recelos!... No; el efecto que han producido en ella mis palabras, me deja penetrar en su corazon.... *Queda sepultado en la mas profunda meditacion.*

ESCENA XIII.

EL DR. GERVÉ Y EL BARÓN *que le sorprende en su cavilacion.*

Baron. Y bien, doctor, qué significa esto?... en qué estais pensando?

Gervé. En vuestra hija.

Baron. Hablad con franqueza; *sobresaltado.* Estamos solos; sentaos. *Se sientan.*

Gervé. Vuestras inquietudes eran infundadas, os lo repito; nada hay que temer por ahora; digo por ahora, Sr. Barón, porque no debo ocultaros que la organizacion de vuestra hija es delicada, fácil de impresionarse, y no está, creo, enteramente escenta del mal funesto que ha sembrado tanto luto á vuestro alrededor; esa jóven necesita de apoyo, de tranquilidad, de calma.... de calma, sobre todo; y estas precauciones son tanto mas necesarias, cuanto que esos séres enfermizos por su misma debilidad se afectan con gran viveza de las mas insignificantes impresiones. La señorita Aliza es jóven; su vida conserva aun cierto grado de vigor á pesar de su aparente palidez; y todo me induce á creer que el gérmen del mal con que vino al mundo

podrá aniquilarse, sometiéndola á un estricto régimen curativo; pero es necesario alejar de ella todo trabajo serio que pueda absorber demasiado su atencion y fijar sus ideas de un modo absoluto. Os prescribiré el régimen de alimento que es menester seguir con la mayor regularidad. Ahora debo llamar vuestra atencion sobre un punto que no debo descuidar.

Baron. Impaciente, acercando su silla á la del doctor.
Qué quereis decir?

Gervé. He creído siempre que la ciencia del médico no consiste solo en estudiar el mal que se desarrolla á sus ojos y en buscar los medios de combatirlo; porque la medicina no basta para curar las dolencias del cuerpo cuando estas provienen de los sufrimientos del alma. Nosotros, médicos de aldea, que vivimos casi siempre en familia con todos los vecinos, nos vemos á menudo precisados á curar un mal por el descubrimiento de un secreto; aprendemos á conocer las íntimas relaciones que ecsisten entre la vida del cuerpo y la vida del corazón.

Baron. Qué!... creeríais, doctor?

Gervé. Créo, Sr. Baron, que la señorita Kervelane ha llegado á aquella edad en que el corazón es el eje de la ecsistencia; no he hallado nada

en los síntomas de la enfermedad exterior que pueda causar esa palidez, esa tristeza; nada, en fin, del mal que temíais, que pueda producir ese abatimiento casi continuo, y esa melancolía dolorosa de que me habeis hablado.

Baron. Sorprendido. Nada decis?

Gervé. Entónces me he consultado á mí mismo; me he preguntado si alguna causa oculta, desconocida, podria producir tan tristes efectos en aquella débil organizacion; y he llegado á creer...

Baron. Con arrogancia. Qué habeis creído?

Gervé. Con resolucion. Que la señorita Kervelane alimenta un secreto que oculta á su padre.

Baron. Con enfado. Os habeis engañado.

Gervé. Con énfasis. Tal vez, Sr. Baron: el error es el patrimonio de la triste humanidad, y yo no pretendo ser una escepcion de esta regla tan generalmente conocida; uno de los dos se engaña en este instante; el porvenir decidirá (con calor); pero yo he venido á vuestro llamamiento, y debo hablaros con la franqueza que me caracteriza; ruégooos, pues, que no me interrumpais; no me espresaré en términos pomposos, pues no debéis ignorar que no soy mas que un médico de aldea; iré al caso sin rodeos. Se trata, Dios mediante, de salvar á

vuestra hija que estais en peligro de perder, como habeis perdido á su madre y como habeis perdido á su hermana; se trata de emplear todos los medios posibles para librarla de tan cruel destino, y esta idea, Sr. Baron, creedme, debe dominar todo orgullo y toda susceptibilidad. Vuestra hija sufre, se enflaquece, se debilita de dia en dia; las preguntas que le he dirigido, la han llenado de turbacion; al fijar en ella mis miradas se apresuraba á ocultar el rostro; por último, en lugar de coadyuvar al descubrimiento del origen de su enfermedad, solo ha tratado de desviarme del camino que debia conducirme á ello; ya veis que estos no son los sentimientos de un enfermo. Consultad vuestros recuerdos; recorred uno por uno los años de esa existencia tan tierna y quizás hallaréis la verdadera causa de ese abatimiento que tanto os sobresalta; quizás esa alma, ese cuerpo tan gastado, abriga algun sentimiento violentamente comprimido!.... una esperanza destruida!.... un sueño juvenil demasiado pronto disipado!.... qué sé yo!.... las jóvenes de su edad sueñan tanto y tan á menudo!.... por último, alguna cosa atormenta y domina en secreto á esa débil criatura. Recapacitad detenidamente sobre ello; la vida de esa hija

tan amada depende de vuestra resolucion: *con gravedad*. Ved aquí, Sr. Baron, lo que mi conciencia me prescribia deciros.

Baron. Con afabilidad. Os quedo sumamente agradecido á la franqueza con que me habeis hablado; tal vez teneis razon; y como estoy seguro de que mi hija solo puede ocuparse de objetos dignos de ella, la sondearé y....

Gervé. Interrumpiéndole. Prudencia sobre todo.

Baron. Me granjearé toda su confianza y afecto; y cualquiera que sea el sacrificio que ecsija de mí, la complaceré, doctor, estad seguro de ello.... qué me importan los proyectos que yo haya podido formar!.... la vida de mi hija es mi vida, es el porvenir y consuelo de mi vejez... Habeis dicho, doctor, que su existencia depende de mi resolucion?

Gervé. Puede ser, *despidiéndose.* Señor Baron, el deber me llama á otra parte; espero que tendréis pronto la dicha de ver enteramente restablecida á la señorita Aliza.

Baron. Acompañándole á la puerta. Os suplico no tardeis en volver por acá.

Gervé. Luego que haya visitado á mis enfermos.

ESCENA XIV.

EL BARON Y ALIZA *que entra por la puerta izquierda.*

Baron. Aliza!.... Aliza!

Aliza. ¿Qué quereis, padre mio?

Baron. Ven, Aliza mia; tengo que hablarte; no ignoras la ternura y solicitud con que procuro satisfacer tus deseos, todos tus caprichos.

Aliza *se arroja en los brazos de su padre.* El Dr. Gervé cree que la causa de tu taciturnidad proviene de un secreto que ocultas á tu padre. *Coje entre sus dos manos la cabeza de su hija, fija la vista en su rostro, y dice:*
¿No me respondes, hija mia?

Aliza. *Balbuente.* El Dr. Gervé está en un error.

Baron. De dónde nace, pues, tu languidez?

Aliza. Yo!.... yo!.... os engañais; nada me aflige. No teneis por que alarmaros así.

Baron. *Con afectuosidad.* Querida Aliza; Dios, cuyos arcanos debemos respetar, te ha arrebatado á tu madre, luego á tu hermana, y te ha dejado, pobre criatura, sola, sin mas apoyo que tu padre. Tienes ya diez y ocho años, y existen sentimientos de que no quiero hablarte, porque seria suponer que los ignoras ó que no puedes comprenderlos. Acuérdate,

hija mia, de que no hay afecto mas profundo é inalterable, ni corazon mas digno de confianza que el de un padre.

Aliza. *Sollozando.* Oh.... ya lo sé.... ya lo sé.

Baron. No debes ignorar que cifro toda mi dicha en tu felicidad y en conservar ileso el honor de mis antepasados. Criada en este castillo, entre todos estos recuerdos, *señalando los retratos,* orgullo de nuestra familia, estoy seguro, Aliza, de que no puedes abrigar en tu corazon ningun sentimiento capaz de manchar el nombre esclarecido que nuestros abuelos nos han legado; habla pues, hija mia, estoy pronto á llenar todos tus deseos.

Aliza. *Arrojándose de nuevo en sus brazos.* Oh.... padre querido!.... nada receis.... mi corazon no abriga otro sentimiento que un acendrado amor por vos.... por vos solo, que sois mi ángel tutelar; *con forzada sonrisa.* No veis?... cuando estoy á vuestro lado la tristeza se aleja de mí.... *le coje la mano.* Venid, venid.... me siento débil.... necesito tomar algun alimento y quiero que me acompañeis.... Despues os cantaré las trovas que tanto os divierten; ¿estais contento?

Baron. Bien, hija mia, *aparte.* (Bien decia yo!)

Aliza. Vamos, vamos.

Baron. *Dándole la mano.* Hechicera criatura.

ESCENA XV.

EL DESCONOCIDO *reconociendo el lugar con sobresalto.*

Desc. A media voz. Nadie! al fin voy á ver realizadas mis esperanzas, señalando el armario. Allí allí están sepultados los quinientos mil francos del difunto Rodolfo de Nievremont!... Todo me favorece.... Murf debe alejar de aquí á los criados.... Fort está apostado en el jardín.... ánimo.... mi golpe magistral es este.... se dirige resueltamente al armario; toca un resorte y queda abierto; saca de él una arquilla que abre con la llave de que está provisto; se apodera de una cartera que contiene algunos papeles; en seguida deja en la arquilla la cartera vacía; la cierra, toca el resorte y queda también cerrado el armario; esta escena debe hacerse con rapidez dirigiendo alternativamente la vista á las puertas laterales, con gran sobresalto.

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

EL AMOR FILIAL.

La escena figura la misma habitación del castillo del Barón de Kervelane.

ESCENA I.

EL BARÓN DE KERVELANE Y EL MARQUÉS DE NIEVREMONT;
el primero debe tener pendiente de su cuello con una cinta, una llave pequeña; y el segundo debe salir provisto de un anillo, en una cajita, y además de algunos papeles.

Barón. Os esperaba con impaciencia, Sr. Marqués, puesto que vuestra llegada debe ponerme á cubierto de la responsabilidad que pesa sobre mí hace muchos años; la vida del hombre está espuesta á tantas alternativas, que un depósito de la naturaleza del que me ha sido confiado, aleja la tranquilidad, y muy á menudo turba el sueño del depositario. Me permitiréis, pues, tener el honor de poner en

ESCENA XV.

EL DESCONOCIDO *reconociendo el lugar con sobresalto.*

Desc. A media voz. Nadie! al fin voy á ver realizadas mis esperanzas, señalando el armario. Allí allí están sepultados los quinientos mil francos del difunto Rodolfo de Nievremont!... Todo me favorece.... Murf debe alejar de aquí á los criados.... Fort está apostado en el jardín.... ánimo.... mi golpe magistral es este.... se dirige resueltamente al armario; toca un resorte y queda abierto; saca de él una arquilla que abre con la llave de que está provisto; se apodera de una cartera que contiene algunos papeles; en seguida deja en la arquilla la cartera vacía; la cierra, toca el resorte y queda también cerrado el armario; esta escena debe hacerse con rapidez dirigiendo alternativamente la vista á las puertas laterales, con gran sobresalto.

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

EL AMOR FILIAL.

La escena figura la misma habitación del castillo del Barón de Kervelane.

ESCENA I.

EL BARÓN DE KERVELANE Y EL MARQUÉS DE NIEVREMONT;
el primero debe tener pendiente de su cuello con una cinta, una llave pequeña; y el segundo debe salir provisto de un anillo, en una cajita, y además de algunos papeles.

Barón. Os esperaba con impaciencia, Sr. Marqués, puesto que vuestra llegada debe ponerme á cubierto de la responsabilidad que pesa sobre mí hace muchos años; la vida del hombre está espuesta á tantas alternativas, que un depósito de la naturaleza del que me ha sido confiado, aleja la tranquilidad, y muy á menudo turba el sueño del depositario. Me permitiréis, pues, tener el honor de poner en

vuestras manos la arquilla que aquel valiente y desgraciado Rodolfo de Nievremont me confió hace diez años; entónces la abrí en su presencia; mas desde aquella época la llave no se ha separado ni un instante de mí; vedla aquí pendiente de mi cuello, ahí la teneis; *la da al Marques.*

Marq. Ahora debo yo entregaros este anillo; *lo saca del bolsillo y lo da al Baron;* segun tengo entendido la arquilla debe contener otro igual, *saca los papeles y se los da.* Además, he traído conmigo estos documentos, que acreditan que el nombre y título con que me he presentado aquí, me pertenecen esclusivamente.

Baron. Disimulad si ecsamino estos documentos, pues no se os debe ocultar mi gran responsabilidad; en el mismo lugar en que ha permanecido la caja por espacio de diez años, pondré este anillo junto con la carta que me dejó Rodolfo; este testimonio añadirá un nuevo galardón al honor de mi casa y de mis hijos, *mira con alguna atencion los papeles, luego se dirige al armario, toca un resorte y queda abierto; saca de él una arquilla que coloca en la mesa.* Ved aquí, Señor Marques, el cuarto de los archivos, *indicando los cuadros.* Allí están encerrados los documentos

que atestiguan los altos hechos de nuestra raza desde Carlo Magno; allí están los recuerdos de nuestra gloria y de nuestra nobleza. Ya veis que ese tesoro no podia estar bajo mejor salvaguardia. Ha ya terminado la mision que me fué impuesta por el afecto que profesaba á un verdadero amigo.

Marq. Os quedaré eternamente agradecido á los sacrificios que hicisteis en obsequio de mi hermano en el momento en que era el blanco del infortunio y las persecuciones, Ah! el pobre Rodolfo dejó de ecsistir, víctima de las desgracias que vos no ignorais; pero siempre pronunció vuestro nombre con respeto y reconocimiento; y yo, único vástago de mi familia, me tengo por muy feliz en poder estrechar vuestra mano entre las mias. *Le coje afectuosamente la mano.* Tomad esta llave y abrid la arquilla cuando gustéis.

Baron. *Abriéndola.* Debeis estar impuesto, Sr. Marques, de lo que aquí se encierra; *saca de ella unos papeles: ved aquí los papeles, los da al Marques. Saca una cartera.* Ved ahí la cartera que contiene quinientos mil francos: *abre la cartera; un temblor convulsivo se apodera de todos sus miembros; la cartera le cae de las manos. Dios mio!.... vacia!... vacia! cae anonadado en un sillón.* El Mar-

ques queda como petrificado; despues de algunos instantes el Baron se levanta en medio de una enagenacion mental, recoge la cartera se acerca al Marques y le dice, mostrándosela.... Ya lo veis!... no hay nada!... nada!.... Dios mio!.... Dios mio!.... apénas puedo creer en la horrible realidad!

Marq. Habréis sido víctima de un robo.

Baron. Sí!.... sí!.... un robo espantoso!.... una fatalidad terrible!.... Solo he llegado á la vejez para ver mi frente manchada con la deshonra.

Marq. Desterrad de vuestra imaginacion toda idea de deshonor; aqui no hay mas que una gran desgracia, y con ella el respeto y estimacion que se debe á un noble carácter y á una familia esclarecida.

Baron. Algo sosegado. En mi larga carrera he arrosado con serenidad toda clase de desgracias; algunos sucesos terribles han encanecido prematuramente mis cabellos; en el año 93 el cadalso amenazó mi vida; jóven aún, ví rodar en aquella plancha fatal la cabeza de mi padre; el frio y la oscuridad de un calabozo han gastado muchos años de mi azarosa ecsistencia.... el destierro y la miseria han sido por largo tiempo mi único patrimonio, y sin embargo, nada habia podido abatir

mi corazon; pero este golpe fatal, enerva todas mis fuerzas!.... aniquila todo mi valor!

Marq. Ahogad esa violenta desesperacion; el recuerdo de vuestra vida pasada debe tender sobre vuestra cabeza sus alas protectoras, y defenderos al presente contra la vergüenza y el deshonor.

Baron. Os agradezco infinito el generoso lenguaje en que me habláis; no esperaba ménos del que lleva el nombre de Nievremont; pero no puedo olvidar que á vuestros ojos no soy mas que un extraño, á quien venis á reclamar un depósito que ha sido confiado á mi honradez.... este depósito no ecsiste.... pero Dios, que lo vé todo, sabe que el Baron de Kervelane preferiria morir de hambre y de miseria junto con sus dos hijos, ántes que cometer la menor infamia.... señalando los retratos. Y vosotros, mis nobles abuelos, vosotros que me mirais en este momento; que os convertis en jueces de mi conducta, que sosteneis mi espíritu con vuestro grato recuerdo.... vosotros, en cuya presencia levantaba orgulloso mi cabeza cana.... ¿me obligaréis á hacer aqui un juramento?.... Oh!.... no, no, es verdad? Podré presentarme entre vosotros con la frente sin mancha.... el corazon puro.... entre vosotros que sois mi religion

al igual de la de Dios!.... Dormid, dormid tranquilos en vuestras gloriosas tumbas.... oid mi irrevocable resolucion.... aunque sea á costa de la mas espantosa miseria, pagaré cuanto ántes la cantidad que me ha sido arrebatada.

Marq. No admitiré de ningun modo el sacrificio que quereis imponeros; me es imposible aceptarlo.... Qué falta me hace esa suma para que pueda costarme su pérdida el mas leve pesar?... No, Sr. Baron; olvidad el depósito, la cartera y el dinero que os han robado; será un secreto que quedará entre los dos. Habeis dicho que erais para mí un extraño. Creéis que pueda borrarse nunca de mi imaginacion el recuerdo de mi hermano? Creéis acaso que ignoro que á costa de mil sacrificios le salvasteis la vida? Cuando condenado á muerte, hostigado por todas partes, perseguido con ahinco por la sangrienta furia del pueblo, cerrándole todas las puertas, le obligaban á andar errante esperando la hora de su muerte, vos salisteis al encuentro del pobre Rodolfo, le abristeis vuestra casa, y le disteis un asilo que le libertó de la persecucion de sus verdugos; si habeis olvidado todo esto, mi deber me obliga á recordároslo: por vuestros asiduos cuidados

logró al fin alejarse de Francia; por vos, en fin, Rodolfo se vió libre del cadalso..... Y cuál fué la recompensa de tan desinteresado afecto, de tan sublime interes?... los insultos, la cárcel... y quizás, si el destino y la Providencia no hubieran llegado á vuestro socorro como al de toda la Francia, tambien la muerte.... Y creéis aun que debeis justificaros ante el hermano de Rodolfo?... debe ecsistir entre nosotros otra idea que la de la estimacion y del reconocimiento?

Baron. Os agradeceré eternamente, Señor Marques, las generosas ofertas que acabais de hacerme, pero ya he tomado mi resolucion; no debo ni puedo aceptar vuestro desinteres... Este anciano abriga en su seno dos hijos que aprobarán su conducta; entre ellos y yo no puede ecsistir un secreto de semejante naturaleza. Los quinientos mil francos que me confió vuestro hermano os serán religiosamente pagados, aunque para obtener esta suma me vea precisado á vender cuanto poseo. La miseria tiene tambien su orgullo y su nobleza; la miseria á este precio jamas ha mancillado el brillo de un blason.

Marq. No me atrevo á insistir mas, y por sensible que me sea la cruel resolucion que habeis tomado, debo someterme á ella; como herido

de una repentina idea; pero, oidme ántes un momento. Yo vivo solo en el mundo, sin afectos, sin familia. Dios ha tenido á bien llamar hácia sí á todos los séres que yo idolatraba; la soledad de mi corazon es una cruel agonía. Si no os asustan mis canas, si teneis alguna confianza en la lealtad de mi carácter, yo, Marques de Nievremont, hermano de vuestro antiguo, de vuestro mejor amigo, pongo en vuestras manos los medios de hacer revivir aquella amistad santa que os unia á Rodolfo, concediéndome la mano de vuestra hija.

Baron. Con sumo gozo. Cielos!... qué decis?... oh!... gracias!... gracias!... cuán noble, cuán magnánimo es lo que acabais de hacer!

Marq. Á vuestro lado hallaré una felicidad de que me veo privado; y vuestra hija encontrará en mí otro apoyo y protector.

Baron. No puedo espresaros cuanto me conmueve esta prueba de aprecio; pero ántes de aceptar lo que haria la dicha y consuelo de mi vejez, quiero hablar á mi hija; dentro de algunas horas espero poder dáros noticias satisfactorias acerca de la resolucion de mi Aliza; le contaré la terrible desgracia en que me hallo envuelto, y vuestra generosa proposición.

Marq. Decidle, Sr. Baron, que consagraré mi vida en hacerla feliz; espero impaciente su determinacion.

Baron. Luego la sabréis.

ESCENA II.

EL BARON DE KERVELANE.

Baron. Gozoso. Dios mió!... gracias!... gracias!... Aun resuenan en mis oidos las palabras de Aliza. Su corazon está libre... La miseria se aleja de mí... la miseria!... idea horrible que desgarrá el corazon y destruye el valor!... llamando. Aliza!... Aliza!... Conozco demasiado la nobleza de su alma; todo lo debo esperar de su acendrado amor.

ESCENA III.

EL BARON DE KERVELANE Y ALIZA.

Aliza. Qué me queréis, padre mio?... Ah! no sabeis cuán impaciente estaba por veros!... Qué ángel benéfico os ha dicho que deseaba hablaros?

Baron. Un asunto grave, hija mia....

Aliza. Cortándole la palabra. Esperad, esperad; no

ignorais que estoy llena de defectos; muchas veces me habeis echado en cara mis caprichos é indocilidad..... Esta tarde no sé lo que tengo..... estoy conmovida..... turbada..... os amo, si es posible, mas que nunca.... No sé como espresaros el afecto que ha producido en mí lo que me habeis dicho hace un momento..... y yo..... yo quiero ahora abriros mi corazón.... Venid, *le coje la mano y le conduce á un sillón, sentaos aquí, en este sillón, y dejad que me coloque á vuestros piés, pone una silla pequeña á los piés del Baron y se sienta en ella.* Al verme en este cuarto, mil remotos recuerdos se agolpan en mi imaginacion.... Habeis olvidado aquel día en que para entretenerme, siendo aun muy niña, hicisteis una guirnalda de las flores que vos mismo habíais cojido?.... apenas concluida, yo adorné con ella vuestra cabeza, y despues, sentada en vuestras rodillas, arranqué una por una las hojas de la pobre guirnalda que habíais tejido con tanto trabajo.... Os acordais de mi enfermedad?.... Cuántas noches pasasteis á mi lado, velando miéntras yo dormía, ó cantando para dormirme cuando el sueño se alejaba de mis ojos.... *se levanta y le da un beso en la frente.* Ah! cuán bueno habeis sido para mí!....

sonrojada, y sin embargo.... yo.... yo he sido muy ingrata.

Baron. Con sorpresa. Ingrata..... tú, ingrata, Aliza.....

Aliza. Oh!..... sí.... mucho; miéntras á cada hora, á cada momento me habeis prodigado vuestros paternales desvelos; yo os he ocultado el origen de mi angustia y taciturnidad.

Baron. Sobresaltado. Secretos para con tu padre?

Aliza. Oh! no os enfadeis.... esta mañana no me he atrevido; tenia miedo; y ahora....

Baron. Inmutado; apresuradamente. Habla.... habla, hija mia: no me ocultes nada; *manifiesta en su semblante la mayor inquietud.*

Aliza. Hace dos años que me enviasteis al lado de mi tia para sustraerme á los estragos de aquella epidemia que asolaba el país.... os acordais? Al separarme de vos, mi rostro se anegó en amargas lágrimas, y sin embargo, poco era el interes que tenia despues en volver á vuestro lado; esto debia pareceros muy extraño, no es verdad? Cuando llegué al castillo de mi tia, se apoderó de todo mi sér un abatimiento mortal: con el fin de distraerme me llevaban á pasear por el parque; aquellas calles de árboles simétricamente plantados, aquella uniformidad en los objetos que allí me rodeaban, aquella monotonía con que se presentaba á mis ojos la naturaleza, llevaban

á su colmo mi fastidio; pero cuando dirigia mi vista al traves de las verjas, la diversidad de las flores, el pintoresco cuadro que presentaban á mis ojos los riachuelos, las colinas y una multitud de árboles distintos, me trasportaban como por encanto á mi querido país: pero me impedian salir del parque, y á la verdad, esto era terrible. Un dia bajé muy temprano sola á aquel lugar infernal; apenas me ví en él, cuando devisé una reja abierta; tan ligera y deseosa de libertad como el pájaro que, abierta su prisión, se apresura á probar las fuerzas de sus alas en la inmensidad de los aires, salí corriendo sin saber á donde dirigia mis pasos; anduve mucho.... mucho.... hasta que faltándome las fuerzas me senté en una hermosa praderia para cojer algunas flores. Estaba entretenida en esta grata ocupacion, cuando oí crujir las ramas de un seto: dirigí allí la vista, y ví con gran espanto la enorme cabeza de un toro que me miraba fijamente; los latidos de mi corazon me ahogaban; permanecí arrodillada sin atreverme á hacer el mas leve movimiento por temor de atraer hácia mí á aquel terrible animal; esta indecision duró algunos instantes. Por último, reflexioné que era preciso tomar algun partido; el primero que se pre-

sentó á mi ecsaltada imaginacion fué la fuga; y sin detenerme tan solo en mirar si aquella fiera estaba en el mismo lugar, me levanté de un salto y eché á correr despavorida por el valle; entónces un horroroso crujido me indicó que el toro se abria páso al traves del seto para abalanzarse á mí; dió un horrible mujido al que respondí con un grito desalado..... oía ya distintamente el ruido de sus pisadas... Dios mio!... Dios mio!.... exclamé desesperada;... el terror me quitó las pocas fuerzas que me quedaban, y cai desfallecida en un matorral.

Baron. Abrazándola. Hija mia!....

Aliza. Tranquilizaos; no faltó quien volara á mi socorro; quien con peligro de su vida lograra ahuyentar al monstruoso animal. Aquel jóven.... ah! no os lo he dicho, era un jóven, padre mio; me levantó, preguntóme si estaba herida; no, le respondí; pero he tenido mucho miedo; ofrecióse á llevarme al castillo y yo admití porque no podia andar; me cargó en sus brazos, como vos cuando muy niña me llevábais á la cama para mecirme; sin duda el peso de mi cuerpo le fatigaba mucho, porque su corazon latía fuertemente contra el mio: en fin, apénas llegamos al castillo, cuando su rostro se inmutó espantosamente;

sus ojos se cubrieron de una densa nube é iba ya á caer, cuando logró apoyarse en la pared.... padre mio!.... el toro le habia herido gravemente, *el Baron sigue inmóvil escuchando atentamente.* Mi tia y algunos criados salieron á nuestro encuentro; referiles cuanto habia sucedido; se olvidaron de reconvenirme por mi imprudencia á fin de pensar solo en los medios de mostrar su agradecimiento á mi libertador, y sobre todo, en prodigarle los cuidados que imperiosamente necesitaba. Llámase Enrique Reynals; mi tia se empeñó en asistirle ella misma durante su enfermedad, de modo que vivió largo tiempo con nosotras. Ahora, padre mio, no creais que falto á mi franqueza si no refiero con ecsactitud lo que despues pasó en mí. El parque, tan pequeño ántes para mi genio errante, me pareció entónces demasiado grande; el aire que al salir por la ventana del cuarto de Reynals llegaba á mí, me vivificaba. Mis achaques, mi debilidad y languidez habian desaparecido: experimentaba un bienestar que no sé como describir..... *fija la vista en su padre y nota su inquietud.....* pero, de qué nace vuestra inquietud?... Qué teneis?.... Os han parecido largas mis relaciones? ... Estais ya cansado de escucharme?

Baron. Demudado. No.... no, hija mia.... sigue, sigue.... *aparte.* (Qué no lo sepa nunca!.... nunca!)

Aliza. Por último al cabo de un mes Reynals se vió enteramente restablecido. Despues de haberme dicho mil veces que me adoraba, le juré otras tantas que siempre le amaria. Reynals partió y yo volví á vuestro seno... pero aquel inesplicable gozo habia desaparecido, y con él la tranquilidad de mi espíritu.... un denso velo cubria al parecer toda mi anterior ecsistencia: pasaba mi vida sepultada en las tinieblas; me arrastraba lánguidamente en la soledad, huyendo hasta de vos, padre mio; queria estar sola para no pensar mas que en mi Reynals; recorria todo lo pasado; miraba plazeramente el porvenir que debia conducirle á mi lado.... pero, lo presente.... oh!.... lo presente, que era la ausencia, me agobiaba con un horrible martirio. Conozco cuan vituperable ha sido mi reserva; pero él me habia encargado el mayor silencio sobre nuestra acendrada pasion; he temido perder por una sola palabra imprudente, mi porvenir que es aun muy incierto. Las sospechas que el doctor ha despertado en vuestro bondadoso corazon, han agitado terriblemente mi alma; mi secreto

me ahogaba; he creído que no debía ocultároslo por más tiempo y he resuelto (*va haciendo lo que dice*) arrojarme á vuestros piés, besar vuestras manos y deciros: «Amo á Enrique Reynals; es mi salud, mi felicidad, mi vida; hacédle venir; consentid en nuestra union y vuestra Aliza será feliz...» *El Baron no le responde; está sumamente agitado. Vuestro silencio..... vuestra turbacion..... ah!.... perdonadme! perdonadme!*

Baron. La levanta, coje la cabeza de Aliza entre sus manos, y mirándola fijamente le dice: Aliza!.... mi entrañable Aliza!.... responde á tu padre como responderias á Dios. Amas á Enrique Reynals?

Aliza. Con toda mi alma, padre mio.

Baron. ¿Crees que su presencia y amor son necesarios á tu vida?

Aliza. Ah!.... no lo dudeis.

Baron. Bien; hija mia; yo te perdono; Enrique Reynals vendrá pronto; quiero que seas feliz.

Aliza. Con sumo gozo. Cielos!.... Dios mio!.... ¿no es ilusion?... ¿Seré de Enrique?... ¿No tendré ya que ocultarme para pronunciar este nombre que tanto tiempo ha estado encerrado en mi corazon?... Con frenesí dirigiéndose á la ventana, llamándole. Enrique!.... Enrique!....

Baron. Acercándose á su hija, con dulzura Aliza mia, calma tu estremado gozo; no olvides que el Dr. Gervé me ha encargado aleje de tí toda agitacion violenta: tu salud estriba en tu tranquilidad; retírate, hija mia, ve á descansar.

Aliza. Por qué quereis que os deje tan temprano? no ignorais que la alegría lo mismo que el pesar, son enemigos del sueño.

Baron. Dentro de pocos momentos te mandaré llamar; ahora necesito estar solo; le besa la frente. Adios. Se va por la izquierda.

ESCENA IV.

EL BARON en sumo grado abatido, se deja caer en un sillón: permanece algunos instantes con los brazos cruzados, absorvido en una dolorosa meditacion.

Baron. Tristemènte. Ensueños de felicidad!... Dulces ilusiones!... cuán poco habeis durado!... cuán pronto habeis corrido el velo de la realidad de mi fatal posicion!.... Oh Sarah! tú que tan pronto me has abandonado, fortalece mi alma para que pueda sacrificar á la felicidad de nuestra Aliza, esta idolatrada mansion, el reposo de mi vejez, mi vida.... sí, mi vida, porque este terrible golpe será

el fin de mi existencia con todo su desencanto y su sombrío dolor.... *con resolucion, se levanta.* No hay que vacilar un momento, *se acerca á la mesa, se sienta y escribe la siguiente carta que luego lee muy conmovido.*

« Señor Marques de Nievremont: no puedo cederos la mano de mi hija; su corazon no es ya libre; y por lo tanto debo renunciar á la esperanza que me habia hecho concebir vuestra alma noble y generosa. Calculad lo imperioso y sagrado del deber que he de llenar, por el cruel sacrificio de negarme á admitir la proposicion que me habeis hecho. Os lo repito, los quinientos mil francos os serán íntegramente devueltos: la venta de este castillo satisfará mi deuda. La miseria acompañada de una conciencia tranquila es un patrimonio para el hombre honrado. Con el cruel recuerdo de haber tenido que renunciar á vuestra honrosa alianza, conservaré siempre en mi reconocido corazon la memoria de la desinteresada prueba de aprecio que me habeis dado, y que es la única felicidad de que Dios deja gozar en este momento á vuestro sincero servidor y amigo, Baron de Kervelane.» *Despues de haber dejado abierta la carta en la mesa; representa....* Pobre Marques!... con esta carta voy

á hacerle apurar hasta las heces la copa de la amargura!.... hé aquí el pago de su laudable generosidad!.... *desesperado:* horrible desventura!.... Adios, mi pobre castillo..... adios, mi viaje mansion..... Cuánto te he amado!.... cuántos sacrificios no he hecho para sostener tus muros y reparar las injurias del tiempo!.... no hay remedio; he de morir léjos de tí;.... tú y yo debemos sacrificarnos por la felicidad de mi Aliza. Esta cruel agitacion me mata; necesito respirar el aire libre..... aquí me ahogo..... Dios mio!.... Dios mio!..... *Se va por el fondo, suponiendo baja al jardin.*

ESCENA V.

ALIZA sale por la izquierda.

Aliza. *Dirige la vista á todas partes en ademan de buscar á su padre; gozosa.* No está aquí y yo necesito hablarle de mi Enrique.... Ah! si pudiera ver la felicidad y el gozo que se abrigan en mi corazon, tan triste cuando me separé de él!... Cuán bello se me presenta el porvenir!.... Cuán dichosa seré!.... estoy impaciente por escribir á mi Reynals; *siéntase en la mesa é involuntariamente lee para sí*

la primera línea de la carta que su padre ha escrito para el Marques de Nievremont. Sumamente sorprendida... Ah!... Dios mio!... será ilusión!... con voz trémula. No puedo cederos la mano de mi hija... queda un momento pensativa; luego se precipita á la mesa; á medida que lee para sí la carta se le inmuta el rostro; despues queda como indecisa; por último, la rompe en pedazos que conserva en la mano, y entra precipitadamente por la derecha.

ESCENA VI.

EL BARON DE KERVELANE.

Baron. Abatido, pálido, se sienta. Vendido!... pronto vendido!... abandonado!... dejarte para siempre, mansion idolatrada!... (muy pesadoso.)

ESCENA VII.

EL BARON DE KERVELANE Y ALIZA.

Aliza. Entra con ligereza sin ser notado por el Baron: se arrodilla respetuosamente á sus piés y le presenta la mano en que tiene aun los pedazos de la carta, de modo que estos caen enfrente del Baron; con voz tranquila y débil.

Ved aquí mi mano; dadla al Marques de Nievremont.

Baron. Queda sorprendido. Qué veo!... cielos!... esta carta!... ah, todo lo sabe!... rechazándola... no; nunca!... nunca!...

Aliza. Se levanta; con calma. Cuando hace un momento me escuchábais, padre mio, yo os franqueé enteramente mi corazón, en tanto que vos abrigabais en el vuestro la mayor reserva.

Baron. Sumamente pesadoso. Aliza!... Aliza!... yo debia ocultártelo todo; tu felicidad lo ecsigia.

Aliza. Tristemente. Mi felicidad!... á dónde podré ahora encontrarla?... me ha acompañado algunas horas, y despues... ha subido al cielo. Escuchad; si estuviéseis enfermo, no me dejaríais velar en la cabecera de vuestro lecho como en otro tiempo velásteis en la del mio?... no aceptaríais mis cuidados, mis desvelos, mis fatigas?... No queréis sacrificarme, decís, y me alejais á mi pesar del camino del deber.

Baron. Con entusiasmo. Hija mia!... querida Aliza!...

Aliza. Si; vuestra hija que lleva el apellido de Kervelane, quiere que este se conserve sin mancha, porque ha heredado vuestro orgullo y vuestro amor á la mansion en que vivieron siempre vuestros antepasados.

Baron. Pobre criatura!... al fijar tu vista en mis canas, olvidas tus diez y seis años que han pasado apenas sobre tu cabeza y los que Dios te reserva, segun espero. Bien sabia yo que abrigabas un noble corazon; sabia que mi Aliza encerraba en su alma aquellos sentimientos que son el sello de las nobles familias. No, no, hija mia, no admitiré tan sensible sacrificio. Irémos á vivir en la granja de tu hermano; despues venderémos este castillo, antiguo amigo de la familia... partiré contigo, hija mia, pero con la frente serena y el corazon tranquilo; y todos los que sepan este terrible suceso, al ver que he cedido á la desgracia todo cuanto poseia, á la idea de que todo lo he sacrificado al honor, contarán mas tarde á sus hijos lo que el Baron de Kervelane ha hecho para conservar sin mancha el lustre de una esclarecida familia.

Aliza. Vender el castillo de los Herbiers!... vos, padre mio... vivir léjos de aquí... morir en otra parte!... oh! jamas, jamas.

Baron. Mi entrañable Aliza, tú amas á Reynals y...

Aliza. *Interrumpiéndole.* Le he amado..... pero ahora solo veo en la tierra vuestra triste posicion, y allí en el cielo, un Dios que consuela á los que sufren y bendice á los que cumplen su deber.

Baron. *Muy conmovido.* Serias desgraciada.... y tu salud, tu vida depende de tu bienestar.

Aliza. No conozco el camino que conduce á la felicidad, pero sé que me traza el deber.

Baron. *Entusiasmado.* Hija mia!... hija mia!....

Aliza. El reposo y la tranquilidad solo se encuentran á donde no hay remordimientos. Reynals no es para mí mas que un sueño desvanecido, ilusion propia de las jóvenes de mi edad. Ved aquí mi mano; disponed de ella.

Baron. *Con gran entusiasmo.* Hija adolatrada!.... tu quieres que así sea?.... Dios mio!.... lo queréis tambien?.... Aliza.... Aliza!.... Dios te colme de bendiciones.... has salvado á tu padre. *Le besa con frenesi la frente.*

Aliza. *Arrodillándose á los piés del Baron, aparte.* (Dios eterno! dadme valor.)

Baron. *Poniendo sus dos manos sobre la cabeza de Aliza.* Bendita seas, noble criatura.... bendita seas.

Aliza. *Se levanta de repente y se arroja en los brazos de su padre.* Ah!

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

EL DESAFIO.

La escena es en Paris, en el palacio de Nievremont. Al correr el telon debe verse el escenario profusamente iluminado; en el fondo una puerta que comunica á un gran salon, el que debe estar tambien muy iluminado, figurando que va á darse en él un baile, una mesa con candelabros y recado de escribir; dos puertas laterales.

ESCENA I.

TRISTAN Y ALIZA *ambos vestidos como para presentarse en el baile.*

Aliza. Sumamente triste. Tengo carta del Marques mi esposo?

Trist. No; querida hermana.

Aliza. Ah! por que no me ha permitido acompañarle?... por que me ha dejado en este torbellino de placeres, en este tumulto de fiestas, que no pueden de modo alguno arrancar de mi despedazado corazón la tristeza que se ha apoderado de él?

Trist. Tranquilízate, Aliza querida, su ausencia será

corta; un agente de Nueva-Orleans le dice que su viaje á aquella plaza es indispensable, si no quiere ver comprometidos sus intereses por la quiebra de los Sres. Dubré y Compañía de aquel país, con quienes el Marques tenia relaciones de consideracion; sabes que la causa de su partida ha sido solo este inesperado aviso; y debes esperar de su acendrado amor que cumplirá la oferta que te ha hecho de estar aquí dentro de seis meses á mas tardar.

Aliza. Oh! querido Tristan, no tengo fuerza bastante para resistir á tan continuados golpes. Dos años hará apenas que tuvimos la desgracia de perder á nuestro buen padre que era mi mejor amigo, mi guía, mi sosten; no bien respuesta de aquella terrible fatalidad, el destino arrebató de mi lado á mi afectuoso Marques, y me deja en este bullicioso mundo, sola y privada de todas las afecciones de la juventud.

Trist. Te olvidas de tu hermano?... ignoras la voluntad de nuestro venerable padre en sus últimos momentos? «Sabes, me dijo, el santo deber que te une á tu hermana; no lo olvides nunca, sea cual fuere la suerte que Dios te reserve, sean cuales fueren los sucesos de tu vida; y si alguna vez necesita de tu brazo

ó de tu existencia, haz de modo que ni el uno ni la otra le hagan falta.»

Aliza. Ya lo sé.... ya lo sé, Tristan.

Trist. Estas agitada Aliza; retírate y procura alejar de tu semblante toda huella de sufrimiento; sabes que el objeto del baile es el de celebrar el aniversario de tu matrimonio, y no ignoras que el Marques al partir ha encargado no se altere esta costumbre. Hace hoy tres años que llevas el apellido de Nievrement; debes esforzarte en parecer alegre; tu tristeza podría ser mal interpretada.

Aliza. Sí.... tienes razon.... necesito estar sola.... no sé que funesto presentimiento conmueve todo mi sér.... pero tú no te separarás de aquí; estarás siempre á mi lado, no es verdad?... pronto volveré y me verás, si no alegre, á lo ménos tranquila.

ESCENA II.

TRISTAN.

Trist. Pobre Aliza!... siempre este sufrimiento, esta languidez.... estas angustias misteriosas y resignadas.

ESCENA III.

TRISTAN Y EL CONDE BLEZARY, *elegantemente vestido.*

Blez. Buenas noches, mi querido Baron; gracias á vuestro baile me cabrá hoy el placer de hacer mas íntimas nuestras amistosas relaciones!... Os dejais ver tan pocas veces!

Trist. No ignorais que criado en el campo, mis costumbres son algo austeras.

Blez. Sin embargo; ayer estabais muy dulcemente entretenido al lado de la vizcondesa Galbuá.

Trist. Cortado. En efecto.... hablábamos.... sobre....

Blez. Interrumpiéndole. La vizcondesa es hechicera; hace pocos dias ensalzó hasta las nubes vuestras bellas cualidades.

Trist. La señora Galbuá es muy buena.

Blez. Sí, tan buena... que os adora entrañablemente; los momentos son preciosos porque son limitados; el Sr. Galbuá, su esposo, es corto de vista; á poca costa creo podréis desbancar á ese Pertius á quien detesto extraordinariamente.

Trist. Con enfado y dignidad. En verdad que es una triste cosa lo que sucede en esta ciudad, caballero de Paris: el ruido y la multitud, la

agitacion y el movimiento os rodean de tal modo, que os dejais arrastrar por el torbellino de la vida sin saber á donde os conduce su corriente; estad seguro de que nunca podré acostumbrarme á ese lenguaje de vuestra juventud que toma por blanco de sus venenosas acechanzas lo que en la vida del hombre es mas santo y venerable. Yo he aprendido á respetar, sobre todas las cosas humanas, el honor de una mujer; seguramente debo pareceros en mi agreste lenguaje muy singular, ó mas bien muy ridículo; pues no ignoro que mi educacion dista mucho de la de vuestras ciudades.

Blez. Sí, en el campo se ignoran cosas...

Trist. Cortándole la palabra; con decision. Que me tengo por muy feliz en ignorar. *Aparece Aliza por la izquierda.*

Blez. Aparte. (Agradece á tu hermana Aliza el desprecio con que he escuchado tus salvajes inyecciones.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS Y ALIZA.

Aliza. Saludando respetuosamente al Marques de Blezary. Bien venido, Sr. Marques; á *Tristan.* Acabo de recibir un recado de la Sra. Galbuá

en que me participa que una repentina indisposicion le impide asistir al baile; te ruego vayas á verla y le digas que mañana tendré el placer de pasar con ella toda la tarde.

Trist. Voy, querida Aliza; pronto estaré de vuelta; van llegando algunos convidados y creo que haces ya falta en el salon. Adios, Sr. Conde. *Algunas señoras y caballeros elegantemente vestidos, pasan por lo interior de la puerta del fondo, como dirigiéndose al salon del baile.*

ESCENA V.

BLEZARY Y ALIZA sentada.

Blez. Apoyada en el respaldo de la silla de Aliza. ¿Sabeis, Sra. Marquesa, que vuestro hermano está locamente apasionado de la Sra. Galbuá? os aseguro que vuestra comision le habrá venido de molde.

Aliza. Sí; he notado el aprecio con que trata á la vizcondesa.

Blez. Hace un momento quise indicarle un plan de ataque que pronto le hubiera puesto en posesion de la fortaleza; pero á mis primeras insinuaciones contestó tan agriamente que.....

Aliza. *Interrumpiéndole.* Ah! disculpadle; mi hermano no está aun al corriente de vuestras

costumbres, de vuestro lenguaje; quizás algunas veces sus palabras no espresan con precision sus ideas, y esto os puede haber inducido á un error.

Blez. Será así, Sra. Marquesa; no ignoro que el Baron de Kervelane tiene una alma noble; sabeis que le profeso la mas sincera amistad; solo quisiera haberle hallado mas dispuesto á seguir mis consejos; de pocos dias á esta parte le veo triste, preocupado, taciturno; *con marcada intencion, á media voz.* El amor es una pasion cruel: entregarse á él con frenesí, sin poder uno declararse; buscar en una mirada casi siempre indiferente la dicha ó la desgracia; tener uno la vida pendiente de una sola idea, y temer que la adivine la mujer que la inspira....

Aliza. Creo, Sr. de Blezary, que mi hermana no ha llegado á este extremo.

Blez. *Con calor; inclinándose al oido de Aliza.* Y si os engañaseis, señora; si este amor que en vano procura él ocultar llenara toda su alma, toda su vida; *muy marcado,* si un dia, agotadas sus fuerzas, trémulo, balbuciente, se atreviese á pronunciar estas palabras: *(al oido de Aliza.)* Yo os amo.

Aliza. *Se levanta sonrojada; con dignidad.* En este caso, caballero, diria á mi hermano; si la

mujer que tu amas no es libre, si sin hacerse culpable no puede oír semejantes palabras, no las pronuncies nunca; déjale con tu silencio el aprecio de sí misma; si la amas verdaderamente no vuelvas á verla jamas; y acuérdate que hay que llenar en la vida de la mujer, lo mismo que en la del hombre, deberes sagrados é inviolables.

Blez. Seríais muy cruel, señora.... creéis que el hombre puede siempre dominar la voluntad de su alma?

Aliza. Creo que muy á menudo las pasiones engañan; muchas veces cree uno amar, y tal vez este sentimiento no tiene mas bases que la corrupcion y las viciosas costumbres. Dios permitirá que mi hermano no sea tan desgraciado como decís; si así fuese, cuento con la buena amistad que le profesais para alejar de su imaginacion semejante locura.

Blez. *Con malicia.* Sabeis que estoy á vuestras órdenes; pero creo que serán inútiles mis esfuerzos.

Aliza. *Con intencion.* No soy de vuestra opinion, Sr. Conde.

ESCENA VI.

LOS MISMOS Y VALENTIN.

Val. El salon está atestado de gente y todos claman por la señora Marquesa.

Aliza. Señor Conde, me acompañais al baile?

Blez. Con mucho gusto. *Al darle la mano; aparte.* (Algo se ha adelantado; me ha comprendido perfectamente.) *Oyese la música del baile.*

ESCENA VII.

TRISTAN, pálido, demudado, con una carta en la mano.

Trist. *Despues de haber dejado el sombrero.* Terrible desengaño!.... ella!.... ella!.... que yo amaba con toda la energia de mi alma; piadosamente... en silencio.... ella que era el idolo de mi existencia.... amor que yo creia profanar con una sola palabra, con una sola mirada; sí, porque yo la veneraba; porque Dios y mi padre me han enseñado á no presentar nunca la mano á una mujer para precipitarla en un abismo; veinte veces me he encontrado al lado de la Sra Galbuá, y otras tantas

he impuesto silencio á esta fiebre ardiente de mis sentidos; decirle una sola palabra que hubiera podido turbar la pureza de su corazon; arrojar en su alma esa tempestad de crueles emociones, me ha parecido siempre un crimen.... mas que un crimen.... una bajeza.... Oh!.... esta carta.... aquellas palabras que al ponerla furtivamente en mis manos ha pronunciado en mi oido, trémula, balbuciente. «Por vuestro honor quemad este papel sin leerlo»... aquella agitacion... aquel sobresalto... Oh!... mi cabeza se pierde en un millon de conjeturas... Ella!... ella!... Ah!... este papel contiene la villanía del sér que yo miraba como á un ángel!... perfidia!... vergüenza!... Voy á ver hasta donde puede llegar la depravacion del corazon humano. *Va á abrir la carta y repentinamente se contiene...* ¿Qué voy á hacer?... aun vibran en mis oidos estas palabras: «por vuestro honor quemad este papel sin leerlo....» me avergüenzo de mí mismo.... se ha escudado en mi honor, en mi honradez.... Justo cielo!... en qué mundo me encuentro!... la perversidad y la corrupcion se hallan en todas partes.... Hé aquí la vida tal como la ha hecho la sociedad; el vicio se hospeda en todos los corazones; ¿y quereis que en medio

de tanta vergüenza y miserias, el corazon se conserve puro; el alma se mantenga noble y grande?.... Corrupcion!... corrupcion!... *Se deja caer en una silla; un momento de silencio ... Ah!... esta carta!... esta carta infernal!... se levanta con resolucion....* Os habeis atendido á mi honor, señora, y habeis hecho bien... *Quema la carta sin abrirla y la arroja al suelo.* Héla aquí pábulo de las llamas; ya nada puedo saber. *Se sienta anonadado en el fondo de la escena; óyese la música.*

ESCENA VIII.

TRISTAN sentado, SR. COURT Y SR. BOFORD que entran sin reparar en TRISTAN.

Court. Habeis notado cuán hechicera está la Marquesa de Nievremon? su aire enfermizo y su palidez dan á su fisonomía un sello particular y original.... Es lo mejor del baile.

Boford. Y qué concepto formais del Conde de Blezary respecto de la Sra. Aliza? *Tristan saliendo repentinamente de la cavilacion en que estaba sepultado, se queda escuchádoles.*

Court. Rara pregunta: no veis que el Conde no la pierde de vista un solo instante?... no veis

la asiduidad y constancia con que se presenta con ella á todas partes?... Sabed que el Conde de Blezary no acostumbra ocuparse inútilmente de una mujer.

Trist. *Se levanta; con furor reconcentrado. (aparte)*
(Cielos! qué oigo!) *queda escuchando estático.*

Boford. Sin embargo; yo nunca me dejo llevar de las apariencias; Blezary gastará su pólvora en salva; nada obtendrá; apostaría doscientos luises.

Court. Convenido, amigo mio; me debeis doscientos luises; habréis observado que el Conde ha bailado solo con la Sra. Marquesa; parecen dos hojas de un mismo árbol; entremos al baile; no los perdais de vista y luego me diréis si he ganado la apuesta.

Boford. Vamos. *Se van sin ver al Baron.*

ESCENA IX

TRISTAN.

Trist. *Frenético.* Condenacion!.... no sé como he podido contenerme!.... no sé como no he aplastado esas dos serpientes venenosas!....

ESCENA X.

TRISTAN Y ALIZA.

Aliza. *Llamando desde adentro.* Tristan!.... Tristan!.... *sale con viveza.* Hace un cuarto de hora que te busco por todas partes. Á dónde te has metido? Todo el mundo te echa ménos.

Trist. *Precipitadamente.* Has bailado con el Conde de Blezary?

Aliza. *Sorprendida.* Sí....

Trist. Y debes seguir bailando con él?

Aliza. Solo un wals que me ha pedido.

Trist. *Con resolucion.* No vuelvas al salon.

Aliza. Qué quiere decir esto?

Trist. *Muy agitado.* Nada.... nada.... luego lo sabrás.

Aliza. Qué juicio formará el Conde de mí?

Trist. Queda á mi cargo el disculparte; le diré que estás indispueta, cansada; cualquiera cosa.

Aliza. Pero dime, qué ha sucedido?... estás agitadoísimo.

Trist. Vas á saberlo; hace un momento que hallándome sentado allí, huyendo del calor que debe hacer en el salon, tu nombre y el del Conde de Blezary hirieron mis oidos; la cu-

la asiduidad y constancia con que se presenta con ella á todas partes?... Sabed que el Conde de Blezary no acostumbra ocuparse inútilmente de una mujer.

Trist. *Se levanta; con furor reconcentrado. (aparte)*
(Cielos! qué oigo!) *queda escuchando estático.*

Boford. Sin embargo; yo nunca me dejo llevar de las apariencias; Blezary gastará su pólvora en salva; nada obtendrá; apostaría doscientos luises.

Court. Convenido, amigo mio; me debeis doscientos luises; habréis observado que el Conde ha bailado solo con la Sra. Marquesa; parecen dos hojas de un mismo árbol; entremos al baile; no los perdais de vista y luego me diréis si he ganado la apuesta.

Boford. Vamos. *Se van sin ver al Baron.*

ESCENA IX

TRISTAN.

Trist. *Frenético.* Condenacion!.... no sé como he podido contenerme!.... no sé como no he aplastado esas dos serpientes venenosas!....

ESCENA X.

TRISTAN Y ALIZA.

Aliza. *Llamando desde adentro.* Tristan!.... Tristan!.... *sale con viveza.* Hace un cuarto de hora que te busco por todas partes. Á dónde te has metido? Todo el mundo te echa ménos.

Trist. *Precipitadamente.* Has bailado con el Conde de Blezary?

Aliza. *Sorprendida.* Sí....

Trist. Y debes seguir bailando con él?

Aliza. Solo un wals que me ha pedido.

Trist. *Con resolucion.* No vuelvas al salon.

Aliza. Qué quiere decir esto?

Trist. *Muy agitado.* Nada.... nada.... luego lo sabrás.

Aliza. Qué juicio formará el Conde de mí?

Trist. Queda á mi cargo el disculparte; le diré que estás indispueta, cansada; cualquiera cosa.

Aliza. Pero dime, qué ha sucedido?... estás agitadoísimo.

Trist. Vas á saberlo; hace un momento que hallándome sentado allí, huyendo del calor que debe hacer en el salon, tu nombre y el del Conde de Blezary hirieron mis oidos; la cu-

riosidad me indujo á escuchar atentamente la conversacion de dos jóvenes que se hallaban á algunos pasos de mí; y juzga de mi asombro al oír que uno de ellos decía que que tú eres su querida.

Aliza. *Llena de espanto.* Hermano mio!

Trist. Ah!... hé aquí la sociedad, Aliza; la sociedad brillante y corrompida en la cual vivimos hoy; según ella no hay ya honor en el mundo; el deber y la virtud son voces que no tienen sentido alguno; las palabras de uno deben siempre atacar la honradez del otro; he aquí el mundo en que nos hallamos.

Aliza. Esto es horrible, infame....

Trist. Han dicho que el Conde Blezary no acostumbra ocuparse inútilmente de una mujer; inútilmente en su idioma significa, con honor y con respeto. *Con mucho fuego.* Han apostado cien luises..... doscientos luises..... qué sé yo!.... Créese acaso que contigo tendrán mas deferencias que con las demas?... lo dirian de su hermana.... de su misma madre!

Trist. Pero quién podrá dar crédito á tan infame impostura? Tranquilízate, querido Tristan. Que importan las palabras de algunos perversos? Estimás en tan poco el honor y la reputacion de una mujer para figurarte que

estos dos tesoros están á merced de todo el mundo?

Trist. Deberia haber desconfiado de ese Conde de Blezary desde el día en que me presentaron á él; nunca debí haberle franqueado la entrada á este palacio; pero le despediré.

Aliza. *Precipitadamente.* Oh!.... hermano mio!... no pienses en esto. Es un insulto... Te provocarian.

Trist. *Con firmeza.* Te repito, Aliza, que no pondrá mas los piés aquí.

Aliza. Pero, qué podrás decirle?

Trist. Bien se conoce que tú no les has oído. Hace apenas un año que estoy en Paris, y tengo ya el corazón desgarrado; algunas veces dudo de mí mismo; aquí el mal está en todas partes; el aire que se respira está infestado; el trato de los hombres es un contagio horrible; tienen blasones, y no saben que el menor soplo los desdora; se llaman nobles, y olvidan este gran precepto LA NOBLEZA OBLIGA.

Aliza. Por Dios, Tristan, prométeme que no dirás nada al Conde de Blezary.

Trist. *Sosegado.* Tranquilízate, querida Aliza; estás muy agitada... Sabes que he mandado llamar esta misma noche al célebre Dr. Herman?

Aliza. No tienes confianza en el médico que me prodiga sus desvelos hace ya un año?

Trist. Ciertamente que sí; pero me han hecho tantos elogios del Dr. Herman; se cuentan curas tan prodigiosas de ese jóven, que he creído aprobarias mi determinacion.

Aliza. Bien, como tú quieras.

Trist. So pretesto de tu cansancio y de hallarte indispueta voy á despedir á todos los convidados.

Aliza. Evita todo encuentro con el Conde Blezary.

Trist. No pienses mas en esto.

ESCENA XI.

ALIZA.

Aliza. Abatida. Estas continuas emociones! . . . este dolor agudo! . . . estos fuertes latidos de mi corazon! todo me hace sufrir horriblemente. Tal vez podré hallar algun alivio en el sueño. Ah! cuán desgraciada soy! *entra por la izquierda. Se ven pasar por lo interior de la puerta del fondo varias señoras y caballeros que se retiran del baile.*

ESCENA XII.

TRISTAN, y detras de él el Conde DE BLEZARY
que le va siguiendo.

Blez. Con arrogancia. Quisiera tuvieseis la bondad de decirme, porque vuestra hermana

ha desaparecido del salon despues del compromiso que tenia conmigo, y á qué debemos vuestra estraña resolucion de despedir á todo el mundo en el momento mas brillante del baile?

Trist. Con enfado. Vuestros amigos, ó mas bien las personas que os rodean hacen correr voces que comprometen la reputacion de mi hermana, y á las que vuestras frecuentes visitas al palacio de Nievremont, en ausencia del Marques su esposo, podrian dar cierto viso de veridicas; por lo tanto os ruego, aunque á mi pesar, tengais la bondad de romper todas vuestras relaciones con la Marquesa de Nievremont.

Blez. Nombradme esos individuos: iré á pedirles satisfaccion de las palabras que, relativamente al honor de la Sra. de Nievremont, me ultrajan tanto como á vos mismo.

Trist. No ecsijo tanto, Sr. Conde; vuestra ausencia hablará con mas energia que todas vuestras estocadas.

Blez. La Sra. Marquesa me ha recibido siempre con demasiada amabilidad para estar atendido á la brusca resolucion de su hermano, y no me privaré del placer de verla, miéntras no oiga de su misma boca que mi ausencia puede serle agradable.

Trist. Si así lo quereis, así sucederá; *pasan por lo interior de la puerta del fondo unas damas; Blezary repara en ellas.*

Blez. Tengo que acompañar á aquellas señoras; *yéndose, volveré á despedirme de la señora Marquesa.*

Trist. *Con energía.* Ya os he dicho que no os recibirá.

Blez. *Con indiferencia.* Bien; verémos.

ESCENA XIII.

TRISTAN Y VALENTIN.

Val. *Anunciando.* El Dr. Herman.

Trist. *Á Valentín.* Ve á prevenir á la señora. *Entra por la izquierda.*

ESCENA XIV.

TRISTAN Y HERMAN.

Trist. *Adelantándose á recibir al doctor.* Os he mandado llamar, doctor, para consultaros sobre la salud de una hermana mia, cuyo estado enfermizo me tiene en sobresalto. La celebridad de que con justicia gozais, me hace esperar que no serán estériles vuestras visitas.

Herm. Haré cuanto pueda en obsequio de la enferma. *Ábrese la puerta izquierda por donde va á salir Aliza.*

Trist. Aquí viene: mi presencia podría impedir que contestase con exactitud á las preguntas que le hagais; me retiro.

ESCENA XV.

ALIZA Y HERMAN.

Aliza. *Da algunos pasos, fija la vista en el Dr. Herman y esclama.* Enrique Reynals! *Se deja caer, abatida, en una silla.*

Herm. *Con asombro al mismo tiempo.* Aliza! *queda como petrificado con los brazos cruzados, mirando fijamente á Aliza; la escena queda en silencio; despues se acerca á ella y le dice con voz desolada.* La voluntad de Dios me envia á vuestro lado; *la pulsa, y esclama con el mas profundo dolor.* Ah!... por qué me han llamado tan tarde!

Aliza. *Ocultándose el rostro con ambas manos.* Dios mio!... Dios mio!...

Herm. *Con dulzura.* Mi presencia os asusta y os hace sufrir; pero por favor no me priveis de la única dicha que me ha quedado en el mundo; la de arrebatáros de esa enfermedad

que mina vuestra existencia; despues, señora, cuando seais lo que debeis ser; cuando os vea llena de vida; cuando haya restablecido á ese pobre rostro los colores, y á vos tan aniquilada ahora la fuerza y la energía; cuando en fin, señora, mi presencia no pueda ya seros útil.... cuando os haya salvado, entónces me alejaré de aquí.... y no me volveréis á ver jamás.

Aliza. Con tristeza. Todo es inútil; pronto iré á reunirme con mi madre y hermana.

Herm. Con frenesí. Oh!.... os salvaré!.... os salvaré!.... el corazon me lo dice; sí, os salvaré; os arrancaré á ese mal que os devora; á ese mal, terrible plaga de vuestra familia; solo por esta idea no he sucumbido á la desesperacion y á la desgracia; solo por esto, hace dos años que doy al arte que profeso todas las horas del dia; solo por salvaros, he llegado á descubrir todos los secretos de la medicina.... Oh!.... á no haber sido así, señora.... creéis que viviria aun?... Creéis que cuando os ví por la vez primera, vuestro rostro pálido y abatido no me mostró todos los sentimientos de vuestro corazon?... Dios ha venido á mi socorro; me ha enseñado arcanos terribles que todos ignoran, que tal vez nadie ha penetrado, y que mi amor y

desesperacion me han hecho patentes.... Oh! cuánto tiempo me ha sostenido la esperanza de oír alguna voz que dijera á mis oídos, corred!.... volad!.... volad á su socorro.

Aliza. Muy pesarosa. Yo también.... yo tambien he sufrido mucho: Reynals, teneis un noble corazon, una alma generosa; cuando creia ibais á condenar mi conducta...

Herm. Interrumpiéndola con viveza. Oh! silencio, señora!.... tended un velo sobre ese pasado tan triste y tan sombrío: no, os lo juro por el cielo; jamas me he quejado; siempre desde el fondo de mi corazon he dicho para mí, «Dios lo ha querido, no ella.»

Aliza. Cuánto os lo agradezco, Enrique!.... Cuán justo ha sido vuestro juicio! El honor de mi padre.... sus canas.... ah!.... si supiéseis!

Herm. Nada sé; nada quiero saber; lo que Dios me ha dicho, lo que mi alma me ha revelado, es que todos dos hemos sufrido horriblemente.... Ah!.... perdonadme; me habia propuesto conservar en vuestra presencia la calma y el valor; creia, bella y noble criatura, que Enrique Reynals desapareceria ante el Dr. Herman; pero algunas veces la naturaleza convierte en un niño al hombre mas enérgico. Hace tres años, señora, que me hallaba en Paris. Oh! Cuánta felicidad se

abrigaba entónces en mi alma! Cuánta esperanza en mi vida!... Tenia ensueños de gloria, de ambicion, de porvenir: por vos.... por vos sola, que habíais jurado pertenecerme, y á quien yo hubiera querido hacer la reina del mundo entero; cuando un dia, oh!... esto fué horroroso!.... hirieron mis oidos estas terribles palabras: «La hija del Baron de Kervelane se casa hoy con el Marques de Nievremont».... Jamas podré describir el efecto que produjo en mí esta noticia; un momento despues me hallaba en camino á pié, solo, con la cabeza perdida, el corazon despedazado... Cómo llegué?... lo ignoro; pero al cabo de una hora me ví de repente en el castillo de los Herbiers.... pálido.... aniquilado.... Era un dia de fiesta, señora: por todas partes se oia la algazara, el eco de los instrumentos que arrojaban á la multitud sus notas armoniosas; mi dolor y mis lágrimas se perdian en aquel bullicio general.

Aliza. *Afligida (aparte.)* (Pobre Enrique.)

Herm. Dia horroroso!.... terrible!.... por fin os ví pasar; estábais apoyada en el brazo de vuestro padre, y yo.... yo, dos pasos distante de vos, reprimiendo mi respiracion por temor de que os revelara mi presencia; llevábais la frente ceñida con una corona blanca y vues-

tro rostro estaba cubierto de una mortal palidez.

Aliza. *Con gran sorpresa.* Estábais allí?... cerca de mí... en aquel momento?... Dios mio!... Dios mio!...

Herm. *Con dolor.* Sí; el desencanto de mi vida, principió en mi corazon.

Aliza. *Resignada.* Cúmplase la voluntad de Dios; él es el único dueño de nuestros destinos.

Herm. Ahora, señora, vedme á vuestros piés; *se arrodilla*; concededme una gracia y os bendeciré: Enrique Reynals ya no ecsiste.... ved solo en mí al Dr. Herman. Sufrís horriblemente, señora; dejad que os consagre el fruto de mis vigiliass, de mis estudios, de mi ciencia; mi mision es la de ir á sentarme en la cabecera del lecho de los enfermos para mitigar sus sufrimientos; me habeis llamado, señora; aquí me teneis. *Pulsa á Aliza; ecsamina con atencion su rostro; luego se dirige á la mesa y escribe una receta; se acerca á Aliza y le dice:* Adios Sra. Marquesa; espero que esa pocion os calmará pronto... me permitiréis tener el placer de volver á veros mañana?

Aliza. *Con voz desfallecida.* Como querais.

Herm. *Con cortedad.* Y todos los dias?

Aliza. *Balbuente.* Bien, doctor.

ESCENA XVI.

ALIZA.

Aliza. No; no quiero verle mas; es menester alejar de mí aquellos recuerdos que me abrasan como un fuego ardiente; sí, estoy resuelta; mañana le diré: «Alejaos; dejadme, os lo suplico.... qué puede importaros mi vida!... para que yo muera inocente ó viva tranquila, es menester que no os vuelva á ver jamás...» *queda sepultada en una profunda meditacion....* Y debo yo acaso arrebatár á ese jóven la recompensa de su abnegacion... el fruto de todos sus sacrificios, de todos sus trabajos?... yo, que he desgarrado su alma... yo, que le he arrastrado con el corazon partido á esa cruel existencia del médico que siempre tiene á la vista los horribles padecimientos de la triste humanidad!... No; yo no he visto en él á Enrique Reynals que ha venido á estrechar entre las suyas la mano de su querida Aliza, no; solo sí al Dr. Herman que ha volado á prestar los socorros de su ciencia á la Marquesa de Nievremont.

ESCENA XVII.

TRISTAN Y ALIZA.

Trist. *Con alegría.* Ya ves, querida Aliza, cuán acertada ha sido mi resolucion?... El Dr. Herman acaba de asegurarme que obtendrá pronto tu total restablecimiento; me ha encargado aleje de tí todo lo que pueda causarte alguna emocion demasiado violenta, y me ha ofrecido que volverá al amanecer.

Aliza. *Distraida.* Sí.... mañana.... no es verdad? me siento muy abatida; quisiera descansar.

Trist. *Le da a mano y la acompaña hasta la puerta.* Procura conciliar el sueño.

ESCENA XVIII.

TRISTAN Y BLEZARY.

Blez. Soy muy exacto en el cumplimiento de mi palabra... aquí me teneis esperando oír de boca de la Sra. Marquesa de Nievremont, lo que sin duda alguna ha tomado pié en vuestras salvajes costumbres.

Trist. *Con prudencia.* Ya os he manifestado otra vez que detesto las de vuestra ciudad.

Blez. Lo siento mucho, Sr. Baron, porque entre ellas hay algunas que deben saberse en todo lugar y en cualquier estado.

Trist. *Con enfado.* Abreviemos: la hora es intempestiva; mi hermana ya se ha retirado; mañana recibiréis una carta de la Marquesa, que me encargo yo mismo de hacer llegar á vuestras manos.

Blez. *Colérico.* Sabeis que yo recibo esto como un insulto directo?... Sabeis que mi amor propio y mi honor se hallan altamente ofendidos?... Sabeis, en fin, que vuestro proceder exige imperiosamente una satisfaccion?

Trist. *Con resolucion.* Ahora mismo; en el jardin del palacio.

Blez. Estoy dispuesto.

Trist. Voy á buscar armas.

Blez. *Sacando dos pistolas del bolsillo.* Ved aquí dos pistolas; he previsto este caso, los testigos serán?

Trist. Dios y mi padre. *Toma una de las pistolas.* Vamos. *Se van por el fondo; queda la escena algun intervalo sin personaje alguno.*

ESCENA XIX.

VALENTIN Y ALIZA.

Val. *Gritando. Sale corriendo.* Señora Aliza!... Sra. Aliza!... corred!... volad!...

Aliza. *Sobresaltada.* Qué es esto?... qué ha sucedido?

Val. *Precipitadamente.* El Sr. Baron... Oyense dos detonaciones. *Aliza da un grito. Valentin se precipita á la puerta del fondo á tiempo que se presenta Tristan, herido en la sien, pálido y con la pistola en la mano.*

ESCENA XX.

LOS MISMOS, TRISTAN É IVONE que sale asustada.

Aliza. *Con el mayor espanto.* Esa palidez!... esa sangre!... esa pistola!... Ah!... Blezary!... Le has muerto?

Trist. Sí.

Aliza. Qué has hecho!

Trist. *(Á media voz, con energia.)* Velar por tu honor.

Aliza. Ah!... *Cae desmayada en brazos de Ivone.*

FIN DEL CUADRO TERCERO.



CUADRO CUARTO.

EL SUICIDIO.

El teatro representa el retrete de Aliza en el palacio de Nievremont; en el fondo y a la derecha una alcoba en la cual debe verse el lecho de Aliza, que ha de ocultarse al espectador por medio de unas cortinas corridizas; a la izquierda de la alcoba una puerta que da salida al salon de recibo; una lateral derecha; otra lateral izquierda; un tocador con un espejo y dos luces; una mesa con recado de escribir y una campanilla, dos candeleros, un sofá, sillas; todo de mucho lujo; son las once de la noche.

ESCENA I.

ALIZA Y HERMAN.

Aliza. Vestida de blanco, sentada en el sofá; pálida, acabada. En nombre del cielo!.... partid. No tengo ya fuerzas para sufrir; mi vida se acerca á su término.... Oh!... cuán insensatos hemos sido!... Enrique, partid!... alejaos!... dejadme en mi vida desierta y abandonada.... dejadme en la soledad de mi corazón.... vuestra presencia me hace sufrir horriblemente.... me mata....

Herm. En pié cerca de Aliza; su rostro deja traslucir el concentrado dolor de su corazón: dice maquinalmente. Sí; sí; hemos sido muy insensatos.... Cuanta fuerza y valor Dios ha dado al hombre para luchar contra sí mismo, la he empleado; toda la resignación que puede abrigar el corazón humano, la he agotado. Creía que el tiempo y el estudio ahogarian este desgraciado amor... vana esperanza!... me he engañado, Aliza!... me he engañado!...

Aliza. Enrique!... Enrique!...

Herm. Con frenesí. Ignoro cuales son los sentimientos del alma que el mundo llama corrompidos; pero sé que nosotros dos no podemos vivir el uno sin el otro.

Aliza. Muy abatida. Por Dios, Enrique!... quisiera responderos, pero mis palabras mueren al llegar á mis labios.

Herm. Ecsaltado. Si os hablo así, Aliza, es porque hay posiciones, hay momentos en que debe uno hablar ó morir; no he tenido bastante fuerza y poder para callar; cuando un amor es tan profundo como el nuestro, es superior al destino, al alma, á todo.

Aliza. Con terror. Por favor!... callad!... callad!... alejaos!... partid!..... Tened piedad de mí: condoleos de mi aniquilamiento, de mi debilidad!..... Vuestra voz me aterra..... no

comprendo lo que decis.... tengo miedo, Enrique, tengo miedo!....

Herm. Sí; teneis miedo, porque mis palabras hallan eco en vuestro corazón. Nada temais; este sentimiento, este amor profundo, que nada ha podido destruir, que ha sobrevivido á todo, es la voluntad del mismo Dios que lo ha hecho nacer en nuestros corazones.

Aliza. Horrorizada. No.... no.... os engañais; yo no os amo.

Herm. Con entusiasmo. No me amais, decis?... habeis olvidado que hace algunos meses que vivo espionando vuestra vida.... contando los latidos de vuestro corazón, día por día, hora por hora?.... No me amais decis?... *le coje la mano....* Os engañais, señora, os engañais!.... Esta mano que tengo entre las mias.... esta fiebre ardiente que os devora, es la languidez.... la lucha de vuestro amor... lucha terrible!.... lucha mortal!.... *suelta la mano de Aliza.*

Aliza. Ocultándose el rostro con las manos. Ah!....

Herm. No ocultéis vuestro rostro.... Creéis acaso que esas noches terribles de estudio y de insomnio han sido estériles?... Creéis que el médico ve solo lo que le presentan á la vista?... Creéis que no va mas léjos?... que no adivina tambien?... *la lleva casi arras-*

trando en frente del espejo. Venid, señora. . . .
 Mirad en vuestras mejillas, en vuestros ojos,
 en toda vuestra persona, este aspecto horrible
 de padecimiento y languidez. . . y quereis que
 yo que todo lo adivino, que todo lo veo,
 que todo lo comprendo, permanezca mudo
 é impasible? . . . que delante de ese horrible
 mal que no puede destruir la ciencia quiera
 alucinarme? . . . *soltándola con dolor. Os ma-*
táis, señora. . . os matais! . . .

Aliza. Recostándose en el sofá; con voz débil. Sí. . .
 pronto habré dejado de ecsistir. . . no es
 verdad? Decid. . . decid. . . vos que lo sa-
 beis todo.

Herm. Hasta la última hora, hasta el último mo-
mento os disputaré á la muerte.

Aliza. Con voz desfallecida. Quisiera tener bas-
tantes fuerzas para arrodillarme á vuestros
piés. . . Enrique, sois bueno y generoso. . .
como yo, hace largo tiempo que habeis aprend-
ido á sufrir. . . Bien; sí. . . no puedo ocul-
tároslo. . . Ah! . . . esto es horrible! . . . ha-
beis penetrado en mi corazon. . . á pesar
mio. . . á pesar mio. . . ; sí, Enrique. . . cuán
desgraciada soy. . . ! os amo aun. . . os ama-
ré siempre. . . sollozando. Ahora, ya lo veis. . .
es menester que partais. . . que me dejeis
morir.

Herm. Besando con frenesí la mano de Aliza. Ah! . . .
repetid. . . repetid lo que acabais de decir.

Aliza. Partiréis. . . no es verdad? . . . no es ver-
dad, Enrique? . . . no me habeis engañado? . . .
debo pronto morir?

Herm. Con entusiasmo. No. . . no moriréis. . . . no
morirás Aliza. . . . no quiero que mueras.
Oyese abrir la puerta lateral izquierda. Her-
man se separa precipitadamente de Aliza.

Aliza. Asustada. Dios mio! . . . mi hermano!

ESCENA II.

LOS MISMOS Y TRISTAN.

Trist. Buenas noches, doctor. . . á Aliza. Y bien,
cómo te encuentras, querida Aliza? le coje
la mano con sobresalto. Qué agitada estás. . .
Habeis notado, doctor?

Herm. Cortado. Sí; la Sra. Marquesa necesita de
gran tranquilidad. . . voy á buscar un cal-
mante. . . seria útil que procurára descan-
sar. . . despidiéndose. . . luego volveré. . .
se va por el fondo. Tristan le acompaña hasta
la puerta.

ESCENA III.

TRISTAN Y ALIZA.

Trist. Cómo te hallas, Aliza?... Estás inquieta, agitada.

Aliza. *Desfallecida.* No... no...

Trist. Tal vez el gozo que te habrá causado la carta del Marques tu esposo....

Aliza. *Distraída.* Sí; dice que debe llegar pronto... muy pronto; no es verdad?

Trist. No puede tardar... En breve tendrás el placer de arrojarte en sus brazos.

Aliza. *Sumamente inmutada.* Sí... sí....

Trist. *Mirándola fijamente. (Aparte.)* (Dios mio!... qué horrible palidez!... el mal hace horrosos progresos....) *le coje la mano.* Querida Aliza, esta noche quiero velar; me tendrás á tu lado.

Aliza. *Con voz muy débil.* No... no... hermano mio.

Trist. Mira... aquí en el sofá estaré perfectamente; si necesitas algo....

Aliza. No... no, Tristan... déjame sola.

Trist. Como tú quieras... pasaré la noche en el cuarto inmediato... procura descansar....

Hasta mañana, Aliza mía.

Aliza. *Con voz muy apagada.* Adios....

ESCENA IV.

ALIZA.

Aliza. *Con suma decadencia.* Hasta cuando, Dios mio!... hasta cuando he de arrastrar esta vida horrible y miserable!... Nunca he sufrido un dolor tan agudo... tan desolado!... A cada hora, á cada minuto siento aumentarse en mi corazon este fuego voraz que me abrasa... que me mata!... Cuánto tiempo no he luchado contra esta desesperada pasion!... Qué no he hecho para ahogar estos terribles sentimientos!... he apelado á la virtud, á la conciencia!... vanos esfuerzos!... á pesar mio, me encuentro bajo el imperio de Enrique... á pesar mio, me hallo bajo el dominio de su amor y de su voluntad.

ESCENA V.

ALIZA Y HERMAN.

Aliza. *Al ver á Herman que sale por la puerta del fondo; se levanta fuera de sí.* Otra vez aquí... qué quereis?... qué buskais?... Huid!... huid!... alejaos!...

Herm. *A media voz, con energía.* Aliza!... Aliza!...

la ausencia seria la muerte, y yo no tengo bastante valor para morir.

Aliza. Siempre fuera de sí; con misterio. Mi esposo va á llegar... pronto... muy pronto...

Herm. Sobresaltado. El Marques de Nievremont?

Aliza. Con espanto. Sí.... tal vez en este mismo momento.... Enrique!.... Enrique!.... salvadme!... me habeis perdido!

Herm. Aliza, el dia que os dije á pesar de mi resolucion: «Yo os amo....» el dia que este secreto de todas mis angustias, este grito de todos mis sufrimientos llegó á vuestros oídos, dí toda mi vida á estas palabras que yo me atreví á proferir, como habia dado toda mi alma al recuerdo de nuestro amor.... qué pensais hacer?

Aliza. Sentándose en el sofá maquinalmente. No sé.... no os entiendo.

Herm. Con entusiasmo. Para no haber sucumbido al cruel destino que nos persigue á entrambos, era preciso que fuerais á mis ojos ménos santa y sagrada.... Oh! hay mas virtud, valor y nobleza en vuestro infortunio que en la vida de muchas mujeres cuyo destino ha sido siempre feliz.... *Aliza se oculta el rostro.* No oculteis vuestro rostro; la vergüenza no podrá jamas mancillar vuestra hermosa frente. Sí; vuestra alma bella todo me lo ha sa-

crificado; yo he seguido dia por dia la lucha; he visto el combate; he sondeado las heridas que tanto os han hecho padecer; os he visto envuelta en vuestro santo dolor sin atreverme á proferir ni una sola palabra: pero al ver vuestra decadencia, al notar la debilidad de vuestra respiracion.... Ah! entónces.... maldecidme, Aliza.... no he tenido bastante fuerza para callar.

Aliza. Como saliendo de su estupor. Decid, decid; no es verdad Enrique?...., ningun sér humano hubiera podido resistir esta funesta passion.... he dado á esta terrible lucha toda la fuerza y energía que puede abrigar el alma de una débil mujer.... no es verdad?.... si á los ojos de esta sociedad que nada ve, nada sabe.... nada comprende, soy una mujer perdida; tú me amarás siempre; para tí siempre estaré pura y sin mancha.

Herm. Ecsaltado. Aliza!... Aliza! se arrodilla á sus piés.... tú eres la aureola de mi alma; el orgullo de mi vida, el ángel de todos mis sufrimientos, de todas mis esperanzas.... te amo como amaba á mi madre.... como hubiera amado á una hermana. *Se levanta.*

Aliza. Levantándose repentinamente, fuera de sí. No sabeis?.... mi esposo va á venir.... no.... no.... no quiero oirle.... no quiero verle....

Enrique!... me habeis perdido.... salvadme!... salvadme!....

Herm. Mi vida os pertenece.... huyamos.... abandonemos la Francia.

Aliza. Como hablando consigo misma. Si.... no importa adonde.... pero léjos.... muy léjos.... en una cárcel.... en una tumba.... sus miradas me matarian.... huyamos.... huyamos....

Herm. No me maldigas Aliza. En uno de los cuarteles mas desiertos de Paris he alquilado un cuarto *saca de una cartera un papel, leyendo «calle Carlot, número 20.»* He dicho á los dueños que iba á conducir á él á una hermana mia muy enferma. He tomado las mas escrupulosas medidas; la puerta del palacio está franca; los momentos son preciosos; ven, ven; *la coje por el brazo y la lleva casi arrastrando por la puerta del fondo; al llegar á ella, Aliza se desprende de Herman; baja demente el escenario; luego se precipita llena de espanto en sus brazos.*

Aliza. Con voz comprimida. Sí!... sí.... va á llegar.... es imposible!.... no puedo verle... partamos... partamos!

Herm. Mas bajo.... mas bajo.... en nombre del cielo.... *la deja desmayada en el sofá; corre las cortinas del lecho de Aliza; apaga todas las luces y queda la escena completamente*

oscura; se llega á Aliza.... ven.... ven.... cielos!... desmayada!... Dios mio! protejedme; la carga en sus brazos; se le cae el papel que conservaba en la mano; huye por la puerta del fondo.

ESCENA VI.

TRISTAN.

Trist. Asoma la cabeza por la puerta izquierda en ademan de escuchar. Habrá sido efecto de mi ecsaltada imaginacion?... Me ha parecido oír voces confusas... un quejido de Aliza... con sobresalto. ¡Dios mio!... llamando en voz boja. Aliza!... Aliza!... sale y se dirige de puntillas á la cama de Aliza que ocultan las cortinas, clamando por intervalos con ansiedad... Aliza!... hermana mia!... quédase escuchando al traves de las cortinas; con sumo sobresalto. Nada; ni el ligero soplo de la respiracion!... esclama levantando algo la voz... Aliza... Aliza!... respóndeme. De repente corre las cortinas y registra á tientas el lecho; dice con sorpresa. Nadie!... vacío!... da algunos pasos y esclama en alta voz... Aliza!... Aliza!... hermana mia!... se precipita á la puerta izquierda; vuelve á salir in-

mediatamente con una luz en la mano; se dirige á la cama y dice desesperado: nadie!... nadie!... recorre trémulo todo el cuarto como buscando á Aliza y exclamando: Aliza!.... Aliza!... ve el papel que Herman ha dejado caer, se apodera ávidamente de él; lo lee; la luz le cae de la mano; vuelve la escena á quedar oscura; dice con reconcentrado furor... Eterno Dios!... su misma letra!... la del Dr. Herman!.... él!... y mi hermana!.... Padre mio, ocultad vuestro rostro!... miserables!... mi hermana!... mi hermana infame hasta este punto.... toca violentamente la campanilla.... Oh! derramaré hasta la última gota de sangre de ese Herman.... mi hermana... deshonrada!... perdida!... óyense distintamente las voces y pisadas de los criados que acuden por la derecha. Qué ruido es este?... Cielos!... son los criados!... van á llegar aquí!... Cierra precipitadamente la puerta derecha.... No; no; no lo sabrán nunca.... llaman con violencia en la puerta.... Dios mio!... ya están aquí.... todos aquí.... y si entran, qué les diré?... que la esposa del Marques de Nievremont ha huido con su seductor.... que se ha cubierto de ignominia.... que ha llenado de oprobio á aquel noble anciano que me la ha confiado.... si-

guen llamando.... irán á arrojar mis palabras á la multitud, y á su llegada encontrará en todas partes la burla y el desprecio: hé aquí la ley de este mundo corrompido que hace escarnio de la vergüenza y vive con el deshonor, sin comprenderlo, sin temerlo.... siguen llamando no; no; que no lo sepan nunca!.... nunca!.... se dirige al lecho; corre las cortinas; luego abre la puerta derecha, y se coloca en frente de la cama de Aliza.

ESCENA VII.

TRISTAN, VALENTIN y algunos criados.

Val. y criados. Señor, qué ha sucedido?

Trist. Tristemente. Rogad á Dios por el alma de la Sra. Marquesa.

Criad. Sorprendidos. La Sra. Marquesa!....

Trist. Acaba de morir. Traed luces y dejadme solo; quiero velar cerca del lecho del cadáver. Algunos criados traen luces y se van. Valentin entra despues solo.

ESCENA VIII.

TRISTAN Y VALENTIN.

Val. Dios mio!... Sr. Baron, quién hubiera creído tal desgracia!....

Trist. Cogiéndole afectuosamente la mano. Siempre

has sido un criado fiel; tu padre sirvió al mio, y tú no me has abandonado nunca: hoy necesito de ti.

Val. Mandad, Sr. Baron.

Trist. Juras hacer cuanto te diga y guardar sobre ello el mayor silencio?

Val. Disponed de mi vida.

Trist. Te conozco: sé que eres incapaz de verderme.

Val. Primero morir.

Trist. Escucha, pues; voy á salir; durante mi ausencia harás cuanto voy á decirte. *Le habla al oido: Valentin se sobresalta.*

Val. Sorprendido. Cómo!... Cómo!... Señor!

Trist. Con autoridad. Harás lo que te he dicho.

Val. Pero, señor, perdonadme.... si....

Trist. Con severidad. Obedece.

Val. Quereis, pues, que....

Trist. Lo mando.

Val. Señor, lo haré. *Tristan le entrega abierta una carta que se supone ser del Marques de Nievremont.*

ESCENA IX.

VALENTIN.

Val. No hay remedio; conozco la firmeza de carácter del Sr. Baron; me despediría.... he de obedecer ciegamente!... Jesus!... Jesus!...

quién hubiera podido imaginar semejante desgracia!... La Sra. Aliza!... tan virtuosa!... tan buena.... pobre Marquesa!... No perdamos tiempo.... vamos á cumplir las órdenes del Sr. Baron. *Se va por la derecha; entra con un frasquito que deja sobre la mesa, junto con la carta que le ha dado Tristan; luego se introduce en el dormitorio de Aliza; vuelve á salir.* Bien decia yo que la tristeza de la señorita Aliza en algo habia de estallar.... tan rica.... tan afable.... ese maldito médico!... Ah!... si ella hubiera querido fiarse de mí, no hubiera nunca sucedido esto; pero nada de confiancias; aquí todo se hace reservado; si este es el porvenir que se presenta á nosotros, pobres criados, á fé mia que no sé donde iremos á parar; *queda la escena sin personage alguno por un largo intervalo.*

ESCENA X.

TRISTAN Y ALIZA.

Trist. *Estenuado, pálido, entra por la puerta del fondo, vestido de luto, con Aliza desmayada cargada en sus brazos; la deja en el sofá. Sola!... estaba sola!... y Herman!... Herman!... Padre miol!... os vengaré.... lla-*

has sido un criado fiel; tu padre sirvió al mío, y tú no me has abandonado nunca: hoy necesito de ti.

Val. Mandad, Sr. Baron.

Trist. Juras hacer cuanto te diga y guardar sobre ello el mayor silencio?

Val. Disponed de mi vida.

Trist. Te conozco: sé que eres incapaz de verderme.

Val. Primero morir.

Trist. Escucha, pues; voy á salir; durante mi ausencia harás cuanto voy á decirte. *Le habla al oido: Valentin se sobresalta.*

Val. *Sorprendido.* Cómo!... Cómo!... Señor!

Trist. *Con autoridad.* Harás lo que te he dicho.

Val. Pero, señor, perdonadme.... si....

Trist. *Con severidad.* Obedece.

Val. Quereis, pues, que....

Trist. Lo mando.

Val. Señor, lo haré. *Tristan le entrega abierta una carta que se supone ser del Marques de Nievremont.*

ESCENA IX.

VALENTIN.

Val. No hay remedio; conozco la firmeza de carácter del Sr. Baron; me despediría.... he de obedecer ciegamente!... Jesus!... Jesus!...

quién hubiera podido imaginar semejante desgracia!.... La Sra. Aliza!.... tan virtuosa!.... tan buena.... pobre Marquesa!.... No perdamos tiempo.... vamos á cumplir las órdenes del Sr. Baron. *Se va por la derecha; entra con un frasquito que deja sobre la mesa, junto con la carta que le ha dado Tristan; luego se introduce en el dormitorio de Aliza; vuelve á salir.* Bien decia yo que la tristeza de la señorita Aliza en algo habia de estallar.... tan rica.... tan afable.... ese maldito médico!.... Ah!.... si ella hubiera querido fiarse de mí, no hubiera nunca sucedido esto; pero nada de confiancias; aquí todo se hace reservado; si este es el porvenir que se presenta á nosotros, pobres criados, á fé mia que no sé donde iremos á parar; *queda la escena sin personage alguno por un largo intervalo.*

ESCENA X.

TRISTAN Y ALIZA.

Trist. *Estenuado, pálido, entra por la puerta del fondo, vestido de luto, con Aliza desmayada cargada en sus brazos; la deja en el sofá.* Sola!.... estaba sola!.... y Herman!.... Herman!.... Padre miol.... os vengaré.... lla-

mando. Valentin!... sale Valentin (á media voz, con energía) busca por todas partes al Dr. Herman. Dile que Aliza le espera aquí... aquí... que está sola... que desea hablarle! que quiere escalar en sus brazos su último suspiro... frenético. Yo le arrancaré esa vida de maldición; yo haré que las lágrimas cierren sus ojos y que el dolor consuma su corazón... examina el frasco que Valentin ha dejado en la mesa; despues entreabre las cortinas del dormitorio de modo que el espectador no pueda ver el interior de él; dice con una calma aterradora. Bien; Valentin ha llenado su deber: cruza los brazos y se queda estático junto al dormitorio de Aliza contemplándola con compasion.

Aliza. Volviendo en sí; con espanto. Cielos!... qué es esto?... en dónde estoy?

Trist. Con calma; corre las cortinas; aparece junto al lecho de Aliza un féretro con cuatro hachones encendidos; Aliza fija en él la vista. Mira.

Aliza. Levantándose despavorida. Dios mio!... qué horrible espectáculo... qué significa esto?... Tristan corre las cortinas y queda invisible el féretro.

Trist. Baja el escenario y le dice con voz solemne. Esto significa, hermana mia, que tú has muerto ya para el mundo.

Aliza. Trastornada. Muerto!

Trist. Si... no ha mucho que he entrado aquí, creyendo haber oido algunos lamentos; he recorrido el retrete... este cuarto... tu lecho... nada... todo ha sido inútil... tú no estabas en parte alguna. Frenético y fuera de mí, he llamado á los criados.

Aliza. Aterrada. Dios mio!... Dios mio!...

Trist. Agitado. Su venida aquí, era tu deshonor... la vergüenza é infamia de toda nuestra familia... Quisieras que hubiera puesto á la vista de todos tus sirvientes la horrible mancha del nombre que aquel venerable anciano te dió para salvar tu honor y proteger tu vida?... De ese nombre, que se ha conservado puro é intacto hasta que ha llegado á tí?... Me comprendes?

Aliza. Ocultándose el rostro. Dios mio!... Dios mio!...

Trist. Sumamente agitado. Cuando he oido las pisadas de los criados, cuando he distinguido sus voces... señalando la puerta derecha allí, en aquella puerta... me he dirigido precipitadamente á tu lecho, he corrido las cortinas... era preciso salvar tu honor, Aliza... tú no estabas aquí... les he dicho que habias muerto.

Aliza. Caee anonadada en el sofá. Tristan!... Tristan!...

Trist. Con solemnidad. Hermana mia; acuérdate que perteneces á una familia distinguida que ha sido siempre respetada de todo el mundo.

Aliza. Con voz apagada. Tristan. . . . hermano mio!... no sé lo que experimento. . . . pero sufro horriblemente.

Trist. Va á buscar el frasquito; y se sienta al lado de Aliza; cogiéndola por la mano. Aliza de Kervelane: acuérdate de aquel momento fatal en que nuestro pobre padre entregó á Dios su alma noble y generosa.

Aliza. Tristan! . . . Tristan! . . . conduélete de mí... me ahogo... esta terrible agonía me mata...

Trist. Con energía. Tienes presentes sus últimas palabras? «Hijos míos; deposito en vosotros mi honor... acordaos que debeis ántes morir que dejar de llenar los santos deberes que él os impone...» Dí, hermana mia, dí... te acuerdas?

Aliza. Con gran desfallecimiento. Tristan! . . . necesito respirar el aire libre... aquí me ahogo... esta cruel agonía me mata va á caer y queda con la cabeza apoyada en el brazo de Tristan.

Trist. Acuérdate de nuestro padre.

Aliza. Muy decaída. No puedo respirar... siento aquí, en el pecho, un fuego voraz que me martiriza... ten piedad de mí.

Trist. Le presenta el frasquito. Sí; tienes razon... debo salvarte... toma... toma...

Aliza. Con espanto. Cielos!... qué es esto?

Trist. Con frialdad aparente. La muerte que llega á tu socorro.

Aliza. Horrorizada. La muerte!

Trist. Con dulzura y dolor. Sí, Aliza mia; la muerte es el sueño del cuerpo y la tranquilidad del alma... Cuánto sufres, hermana mia!... pero yo tambien... yo tambien padezco horriblemente... Mira mi frente pálida como la tuya... tambien á mí me falta el aire para respirar... presentándole el frasco... Pero nuestro padre nos observa... valor! querida Aliza, valor!

Aliza. Aterrada. Tristan! . . . Tristan! . . . Dios mira como á un gran crimen el suicidio.

Trist. Dios nos perdonará, Aliza, mientras que los hombres no perdonan nunca... A lo ménos este terrible secreto de infamia morirá contigo... Así, cuando entren aquí todos, verán que efectivamente has muerto... que no les he engañado... siempre presentándole el frasco... valor, Aliza, valor.

Aliza. Con voz muy débil. Tristan! . . . hermano mio!... siempre sin piedad!

Trist. Cae á los piés de Aliza enternecido; deja el frasco en el sofá. Aliza! . . . Aliza! . . . hermana mia! . . . mírame... (ap.) (Oh, qué horrible

palidez!)... Padre mio!... venid á mi socorro... Quieres vivir, Aliza?... véme á tus piés. Me faltan las fuerzas, el valor... tú sufres terriblemente... eres mi hermana, mi querida hermana... pero él... él... va á venir... Te atreverás á mirarle tranquilamente cuando se arroje en tus brazos? *Se levanta.*

Aliza. Con pavor. Oh! no... no... jamas.

Trist. No es verdad, Aliza, que no podrias soportar su presencia?... tu alma es demasiado noble; tu sangre demasiado pura para semejante afrenta... La vergüenza... el desprecio público....

Aliza. Con resolucion. Ah!... la muerte, hermano mio; sí, esto seria horroroso... la muerte!... la muerte!... qué terribles angustias!

Trist. Con frenesí. Padre mio!... padre mio!... no puedo mas... no... es imposible... Me parece que vuestras lágrimas caen gota á gota sobre mi frente y que me dicen... «Basta ya... basta ya...» No; no puedo verte morir... Padre mio!... maldecidme!... Aliza, vivirás. *Aliza queda desmayada en el sofá; Valentin se presenta por la puerta del fondo; Tristan se llega á él y le dice á media voz, señalando el dormitorio. Léjos, léjos de allí aquel fúnebre espectáculo.*

Aliza. Volviendo en sí. Dios mio! en dónde estoy?

Trist. *Se precipita á consolarla sosteniéndola.* En mis brazos, querida Aliza.

Aliza. Aterrada. Dí; es verdad que vivo todavía?... No he muerto ya para el mundo?

Trist. No, hermana mia; no, no morirás. Dios y mi padre no quieren que tú mueras.... Oh, cuánto has padecido, mi pobre Aliza!... Mira, estoy resuelto, no morirás. El honor, segun esta sociedad que desprecio y detesto, no lo comprendo... Partirémos en el primer buque que salga de Francia... no importa adonde... pero léjos, bastante léjos para que la maledicencia no pueda llegar hasta nosotros... sí... huirémos... qué importa lo demas!

Aliza. Trastornada. Dí, dí... no he muerto ya para todos?

Trist. Querida hermana... no... yo no he podido verte morir... me habia impuesto un deber superior á las fuerzas de un hombre.

Aliza. Oh!... hermano mio! hermano mio!... por qué no me dejas morir?

Trist. Por que un hermano no puede matar á su hermana... esto es horrible... impío...

Aliza. Tristan!... Tristan!... por qué no me has dejado morir?... Aquellas palabras de deshonra y vergüenza martirizan mi corazon, llenan mi alma, todos mis sentidos... Sí;...

has dicho bien... yo no debo vivir... mi padre me maldeciria..., y él... él tambien... sus miradas me matarian *cae á los piés de Tristan*. Tristan!... Tristan!... por favor... libértame de la vida; dáme la muerte.

Trist. Levantándose. Pídelo á Dios, hermana mia, no á tu hermano. Se va por el fondo.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

ESCENA XI.

ALIZA.

Aliza. Se dirige maquinalmente á la mesa; ve la carta de su esposo y esclama: Ah!... la carta de mi esposo!... la coje y la lee con agitacion. «Mi querida Aliza: El supuesto D. Juan Dubré, socio principal de la casa de comercio en cuya quiebra me ví envuelto, ha sido denunciado al tribunal por el hurto que practicó en el castillo de los Herbiere de los quinientos mil francos que mi hermano Rodolfo confió á la amistad de tu padre; probado el delito por el denunciante, su acreedor y cómplice, y por algunos papeles hallados en poder del que fué sirviente de mi hermano, ha recaído en el negocio una sentencia judicial que me ha puesto en posesion de la cantidad robada y que da nuevo realce á la

honradez del difunto Baron de Kervelane; el desdichado reo, prócsimo á expiar su crimen, ha reconocido en mí al heredero de Rodolfo. Cuán impenetrables son los arcanos de la Justicia Divina! Seguramente recibirás esta carta pocos momentos ántes de mi llegada á esa. Pronto tendré el placer de estrecharte entre mis brazos. Aliza mia, ruega á Dios por el rápido regreso de tu esposo

Nievremont.»

Declama. Dios eterno! dadme valor!... se dirige trémula á la mesa. Padre mio! perdónadme!... coje la pluma y escribe mostrando en su rostro la mayor turbacion. Despues se levanta, se dirige al sofá; coje el frasquito... ayudadme á subir hasta vosotros! apura el frasco con resolucion, se precipita vacilante dentro del dormitorio, exclamando: Dios mio!... Dios mio!... las cortinas deben ocultar á Aliza al espectador; queda la escena sin ningun personage por largo rato.

ESCENA XII.

TRISTAN Y ALIZA.

Trist. Entra llamando. Aliza!... Aliza!... sorprendido, oye algunos quejidos en el dormitorio. Cielos!... hermana mia! corre rápidamente

las cortinas y aparece Aliza agonizando, tendida en el lecho. Tristan se postra junto á la cama.

Aliza. Con voz cortada, en la mayor agonía. Perdon!... perdon!..... Tristan; he tomado el tósigo.... señalando hácia la mesa. Allí.... allí.... ay!.... Dios viene á mi socorro.... yo.... mue.... ro.... espira.

Trist. Siempre arrodillado, con dolor. Sí; yo te perdono, querida Aliza; yo te venero; tenias un noble corazon; has preferido morir á verte mancillada.... Que otros te vituperen y te condenen.... Yo te bendigo.... Y vosotros, mis nobles abuelos, bello y noble recuerdo de lo pasado, miradla con ojos compasivos! Al lado de la falta, amigos míos, hay una terrible expiacion. Se levanta, llega á la mesa, y lee para sí con semblante lastimero lo que Aliza ha dejado escrito; oculta ántes con las cortinas el cadáver.

ESCENA XIII.

TRISTAN Y VALENTIN.

Val. Por el fondo. El Dr. Herman acaba de llegar, espera en el salon.

Trist. Con sorpresa y furor. Ha venido?... Bien; hazle entrar.

ESCENA XIV.

TRISTAN Y HERMAN, con suma inquietud.

Trist. Con calma aparente. Se os ha llamado, doctor; para que certifiquéis el fallecimiento de la señora Marquesa de Nievremont que hemos tenido la desgracia de perder esta noche.

Herm. Sorprendido. Cómo!... vuestra hermana!

Trist. Ha muerto esta misma noche.

Herm. Muerto?... esta noche?... es imposible!

Trist. Impasible le conduce por la mano al lecho; y corre las cortinas. Mirad, doctor.

Herm. Observando atentamente el cadáver. Es un sueño?... una ilusion terrible?... Aliza!... Aliza!... queda contemplándola fijamente.

Trist. Con autoridad, acercándose á él. Doctor, en aquella mesa teneis lo necesario para escribir.

Herm. Contemplando inmóvil el cadáver con asombro. Señor!... Señor!.....

Trist. Con calma. Ya veis que ha muerto de su enfermedad habitual.

Herm. No; no; en su rostro veo indicios....

Trist. Cojiendo el brazo de Herman, con furor reconcentrado. Os repito, doctor, que la señora

de Nievremont ha muerto de su afección al pecho.

Herm. Cada vez más sorprendido. En sus ojos.... en sus mejillas, veo señales evidentes....

Trist. Interrumpiéndole con voz terrible. Escribid.... escribid que la señora de Nievremont ha muerto.... envenenada; aquí hay un crimen; teneis razon. Me habia propuesto sepultar en el silencio este secreto de infamia y de vergüenza; pero vos no lo habeis querido.... Sí; aquí hay un crimen.... un crimen horrible.... *coje violentamente el brazo de Her-* man, que se deja casi arrastrar hácia la mesa; dice con furor: Leed, leed, caballero.... leed en alta voz.

Herm. Lee con voz trémula el papel que escribió Aliza; mientras tanto Tristan cruza los brazos y le contempla con furor; leyendo: «Tú lo has dicho, Tristan; no puedo vivir mas, porque la vida seria para mí el deshonor; te han faltado las fuerzas; has perdido la energía de tu alma á la vista de las horribles desgracias de tu hermana. Sin duda alguna estaba muy cercano el término que Dios habia marcado á mi vida; ántes del momento que él habia señalado, me voy: quizás él en su bondad acojerá en expiación mis terribles martirios.... Adios, hermano mio; pronto

habré dejado de ecsistir. Ahora, Tristan, solo me queda que pedirte una gracia, pero arrodillada, con las manos levantadas al cielo, y anegados en lágrimas los ojos. Para tener derecho al perdon es menester tambien perdonar y yo lo hago de todo corazon. No conserves resentimiento alguno contra nadie, Tristan, si amas aun á tu desventurada Aliza.» *Declamando ocultándose el rostro.* Dios mio! Dios mio!...

Trist. Colérico. Y bien, sí; teneis razon, hay aquí un crimen.... quién es el asesino?

Herm. No; no; os engañais.... una fatalidad terrible.... una eterna desgracia.... si supiérais la historia de lo pasado!.... si supiéseis los juramentos sagrados!

Trist. Interrumpiéndole. No conozco otros juramentos inviolables que los que se hacen ante Dios, con los ojos levantados al cielo y la mano puesta sobre el honor.

Herm. Precipitándose al lecho. Lágrimas y perdon, caballero.... lágrimas y perdon para esta pobre criatura que tanto ha sufrido. *Se postra.* Señora, vedme postrado á vuestros piés.... he sido su verdugo.... *se levanta; desesperado á Tristan.* Sí.... sí.... maldecidme; descargad sobre mí vuestra justa cólera.... he sido un vil.... yo la he asesina-

do. Hace un momento vivia aun, y ahora la veo fria, inanimada. . . . Oh! caballero; puesto que me habeis llamado aquí para este triste y horroroso espectáculo, decidme que no ha maldecido al autor de su infortunio. . . . Ah! . . . vos ignorais! . . . quisiera contároslo: . . . pero me faltan las fuerzas. . . . Estaba loco! . . . queria salvarla. . . . era mi destino, mi orgullo, mi gloria. No comprenderéis jamas cual era mi anhelo por prodigarle los socorros de la ciencia. . . . Pero ahora. . . . ahora. . . . ah! por qué me habeis llamado?

Trist. *Con voz sombría.* Se os ha hecho venir para que certifiqueis que la señora Marquesa ha muerto de su enfermedad habitual.

Herm. Pero. . . .

Trist. *Con voz atronadora.* Escribid. . . . escribid. . . . No contento con haberla deshonrado en vida, quereis tambien infamarla en la tumba?

Herm. *Se sienta, coje la pluma.* Sin piedad! . . . siempre sin piedad! . . . *escribe y despues se levanta exclamando.* Condoleos de mis sufrimientos.

Trist. Dejad de lamentaros; vuestros sollozos son una nueva afrenta para toda nuestra familia. Quién es esa mujer que yace en aquel lecho. . . . fria. . . . inanimada? . . . Podréis vos darle un nombre? . . . Sabed que es mi hermana. . . .

hablais de piedad! . . . ah! ella era cuanto yo amaba en el mundo. . . . era mi orgullo. . . . mi honor. . . . mi vida. . . . era una alma bella y resplandeciente porque tenia alrededor de sí la doble aureola de la resignacion y el infortunio. . . . hablais de sufrir! . . . y porque veis en mi rostro esta aparente tranquilidad no penetráis en mi corazon? . . . No comprendéis este dolor profundo que no pueden vender las lágrimas? . . . ignorais que me lo habeis arrebatado todo? . . . Ignorais que leal y confiado os llamé aquí para volverla á la salud y á la vida, y que la habeis arrastrado á la infamia y á la muerte? . . . Sabed que va á llegar pronto un respetable anciano, al cual toda mi familia debe el honor, y que al pedirme cuenta de la mujer que me ha confiado, solo podré presentarle una tumba bien cerrada para que no pueda darse en cara con su deshonra. . . . No habeis pensado en todo esto, vos que os lamentais aquí?

Herm. *Con sumo dolor.* Dios mio! . . .

Trist. *Interrumpiéndole.* Silencio, caballero. . . . silencio! . . . respetad la muerte, vos que la habeis causado. Ahora ya nada teneis que hacer aquí. . . . Veis como domino la fuerza de mi carácter, y lo sagrado que es para mí la última voluntad de mi hermana, puesto que

salis de aquí del mismo modo que habeis entrado.

Herm. Con piedad á Aliza. Sí, sí; sobre vuestra tumba el respeto de todos, alma noble y bella como la de los ángeles, mártir del mas cruel de todos los destinos. Vos que habeis cesado ya de sufrir, rogad á Dios por los pobres de la tierra que lloran y sufren aun. *Se va por el fondo.*

ESCENA XV.

TRISTAN Y VALENTIN.

Val. Precipitadamente entra por el fondo. Señor.... Señor.... nuestro buen amo acaba de llegar.

Trist. Sobresaltado. El Marques de Nievremont?.... corre, vuela, llama á los criados, saca por la puerta del retrete el cadáver y dispon que lo conduzcan inmediatamente al castillo de los Herbiers. *Valentin sale con los criados por la izquierda; corren las cortinas del dormitorio de modo que el espectador no pueda ver el interior.* Adios, Aliza!... Adios, querida hermana mia!... te amo y te admiro mas que nunca.... todavía puedo bendecirte; todavía puedo venerarte. Y tu, padre mio, dirige desde el cielo una mirada de compasion á tu hija.... porque es digna de tí.... porque como tú ha sido mártir.

ESCENA XVI.

TRISTAN Y EL MARQUES DE NIEVREMONT.

Marq. Sollozando se arroja en los brazos de Tristan. Hermano mio!.... ha muerto!.... ha muerto!... *quedan abrazados.*

Trist. Con sumo dolor. Dios lo ha dispuesto así, noble anciano; he hecho conducir su cadáver al castillo de los Herbiers.... venid.... venid á regar su tumba con nuestras lágrimas. *Se van por el fondo.*

FIN DEL DRAMA.

salis de aquí del mismo modo que habeis entrado.

Herm. Con piedad á Aliza. Sí, sí; sobre vuestra tumba el respeto de todos, alma noble y bella como la de los ángeles, mártir del mas cruel de todos los destinos. Vos que habeis cesado ya de sufrir, rogad á Dios por los pobres de la tierra que lloran y sufren aun. *Se va por el fondo.*

ESCENA XV.

TRISTAN Y VALENTIN.

Val. Precipitadamente entra por el fondo. Señor.... Señor.... nuestro buen amo acaba de llegar.

Trist. Sobresaltado. El Marques de Nievremont?.... corre, vuela, llama á los criados, saca por la puerta del retrete el cadáver y dispon que lo conduzcan inmediatamente al castillo de los Herbiers. *Valentin sale con los criados por la izquierda; corren las cortinas del dormitorio de modo que el espectador no pueda ver el interior.* Adios, Aliza!... Adios, querida hermana mia!... te amo y te admiro mas que nunca.... todavía puedo bendecirte; todavía puedo venerarte. Y tu, padre mio, dirige desde el cielo una mirada de compasion á tu hija.... porque es digna de tí.... porque como tú ha sido mártir.

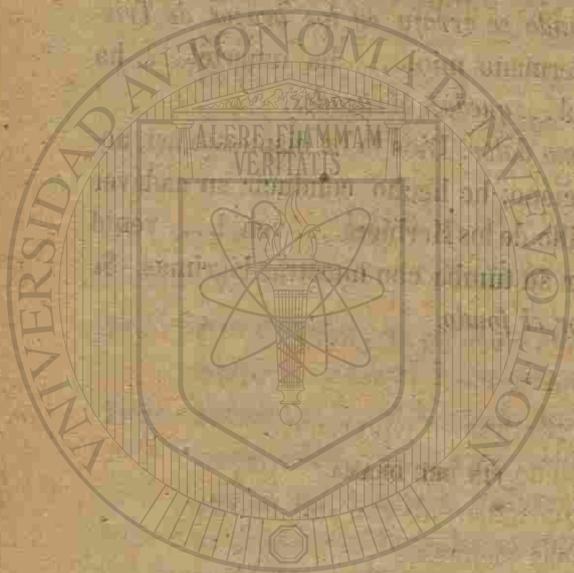
ESCENA XVI.

TRISTAN Y EL MARQUES DE NIEVREMONT.

Marq. Sollozando se arroja en los brazos de Tristan. Hermano mio!.... ha muerto!.... ha muerto!... *quedan abrazados.*

Trist. Con sumo dolor. Dios lo ha dispuesto así, noble anciano; he hecho conducir su cadáver al castillo de los Herbiers.... venid.... venid á regar su tumba con nuestras lágrimas. *Se van por el fondo.*

FIN DEL DRAMA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SIN ESPERANZA.

¡ Vivir sin esperanza,
Vivir muriendo
Como la flor marchita
Por el invierno!
¡ Ay de las almas
Que viven en el mundo
Sin esperanza!

Corazones tempranos
Llenos de amores
Que aguardais con anhelo
Dias mejores,

Dios os bendiga,
Dios os haga felices
En esta vida.

Vivid alimentando
Tranquilos sueños
Sin ver de la esperanza
Nublado el cielo.

Sed venturosos,
Vivid siempre inocentes
Siempre dichosos.

Nunca el velo sombrío
De los pesares
De vuestra fé oscurezca
La luz brillante.

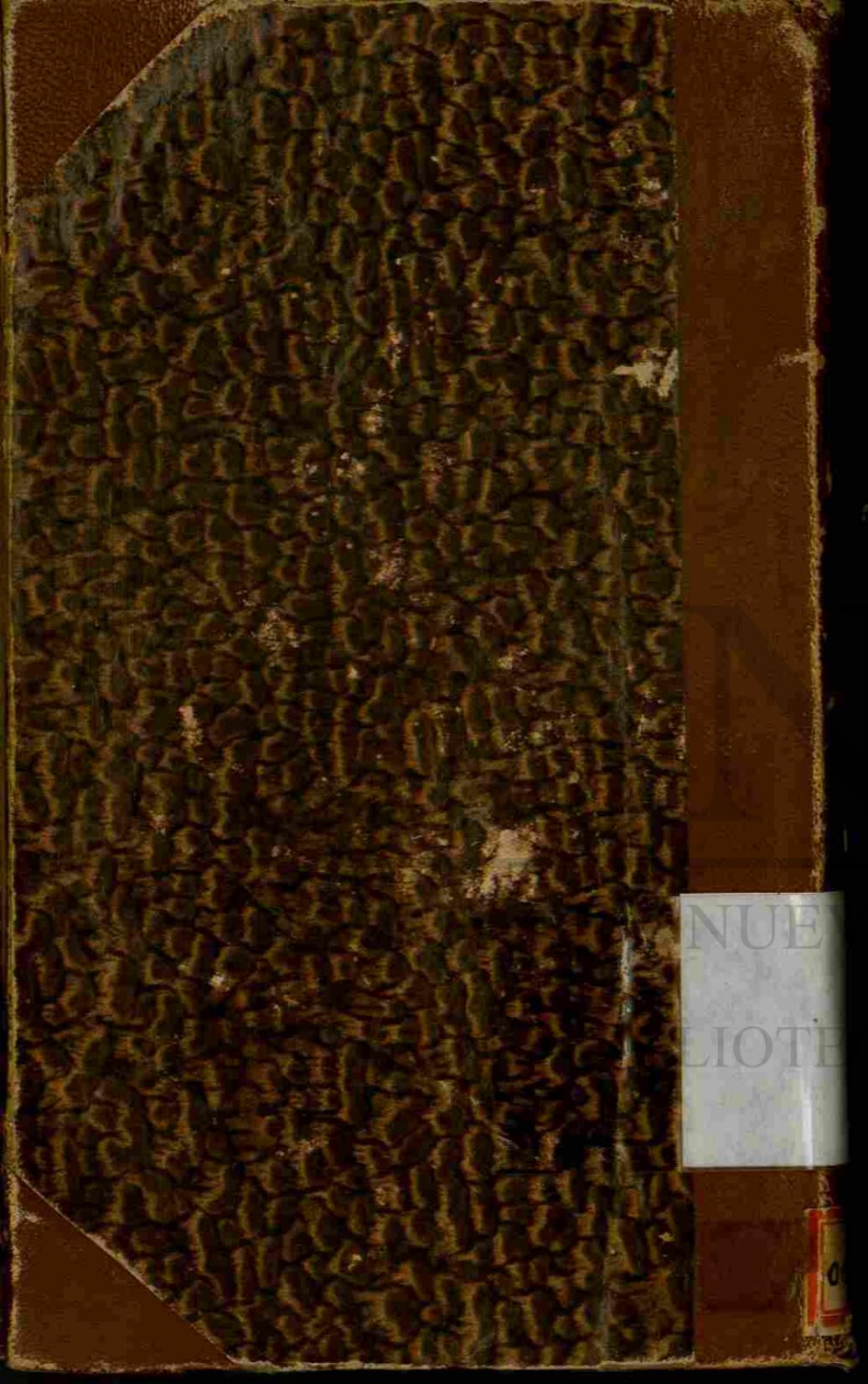
¡Ay de las almas
Que viven en el mundo
Sin esperanza!

Huid de esos placeres,
Mentidos goces,
Que secan para siempre
Los corazones;
De esas quimeras
Que pasan como el viento
Por las praderas.

MÁXIMO D. DE GIRONELLA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUVE
LIOTE

0